Guareschi

El décimo clandestino

Pequeño mundo burgués

El ambiente difícil
de la Italia de posguerra
en una colección de relatos
llenos de poesía y humor.

En esta colección de relatos se describe el ambiente difícil de la Italia de la posguerra. Los protagonistas de estas historias son personajes de la burguesía —alta, media y baja— con problemas y aspiraciones típicamente burgueses, que giran en torno a la búsqueda de una posición en la vida y a la lucha por conseguirla. Guareschi mezcla en estos deliciosos y poéticos relatos escenas del más estricto realismo con episodios en los que la fantasía y lo extraordinario vienen a transformar inesperadamente la rutina o la dureza de la vida cotidiana. Las palabras del propio autor reflejan la filosofía que impregna el libro: «Necesitamos creer en un mundo mejor que, desgraciadamente, no puede ser este en que vivimos y, entonces, hay que pedir ayuda al cielo».

Giovanni Guareschi

El décimo clandestino

Don Camilo - 9

ePub r1.0
Titivillus 07.03.2020

Título original: *Il decimo clandestino*
Giovanni Guareschi, 1982
Traducción: Mina Pedrós
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1


El décimo clandestino

Transcurrido un año después de la muerte de Giacomo, Baralli padre entendió que había llegado el momento de poner las cartas boca arriba.

Y una buena noche tocó el tema:

—Y bien: ¿qué vamos a hacer?

No se había hablado nunca, antes, del asunto; aunque todos tenían que haber pensado y discurrido mucho sobre ello, cada uno por su cuenta; tanto es así que nadie se asombró de la imprevista pregunta. Ni Marcela, la viuda de Giacomo Baralli.

Al contrario, fue la misma viuda la que contestó al viejo Baralli.

—Yo no lo sé —susurró la viuda—. Como os parezca.

—No es como nos parezca a nosotros —puntualizó el viejo—. Tenemos que estudiarlo todos juntos. Está claro que una situación así no puede eternizarse.

La verdad era que la situación era de lo peor: ahora todo el peso de la barraca caía sobre las espaldas del viejo y de su hijo Antonio, hermano del difunto. Y Antonio estaba casado y tenía cinco chiquillos capaces sólo de acabar con mendrugos de pan y suelas de zapatos.

Mientras que la viuda, a pesar de ser una recia mujer de treinta y cuatro años, no podía aportar ninguna contribución al trabajo de llevar la finca, y por razones que no dependían de su voluntad.

Nueve hijos, de ellos tres varones y seis hembras, nueve hijos de un mínimo de cinco hasta un máximo de doce años, son una pandilla difícil de gobernar. Y no se podía pretender que Marcela pudiera tener también tiempo para trabajar en los campos y en el establo.

Por otra parte, tampoco se podía pretender que los demás se mataran de la mañana a la noche para dar de comer a aquellas bocas inútiles.

Si se quería salir adelante había que tomar a un jornalero, y ya se sabe lo que cuesta un jornalero.

Había llegado el momento de tomar una decisión, y aquella noche el viejo puso las cartas boca arriba.

—Veamos de estudiar el asunto todos juntos —explicó el viejo—. Que cada uno haga una propuesta.

La viuda se encogió de hombros.

—No hay gran cosa que proponer —dijo—. Sólo sé que tengo que irme y que estoy dispuesta a irme con tal de poder estar en condiciones de dar de comer a mis hijos.

Intervino la mujer de Antonio.

—¡Es todo un decir! —exclamó—. ¡No pretenderás que vayamos a ponerte en condiciones de vivir de renta!

—Sólo os pido que me deis la posibilidad de que me gane mi pan y el de mis hijos. A no ser que me mandéis por ahí a vender los planetas de la fortuna.

—¡No compliquemos las cosas! —amonestó el viejo—. Procedamos con calma. Ante todo se trata de establecer qué es lo que te podemos dar sin hundir el negocio.

Hicieron todos juntos el balance del capital entre ganado y aperos de labranza, de las deudas, de los créditos y de las reservas líquidas.

Al final el viejo concluyó:

—Te correspondería esta cantidad. Pero para dártela inmediatamente tendríamos que vender el ganado e hipotecar la tierra.

—De momento no necesito todo el dinero —respondió Marcela—. Sólo necesito la mitad. El resto ya me lo iréis dando poco a poco. Ya nos pondremos de acuerdo.

Se pusieron de acuerdo y, al día siguiente, la viuda partió para la ciudad.

Marcela era una mujer enérgica, decidida y sabía perfectamente a lo que iba en busca en la ciudad.

Y sobre todo lo sabía porque, desde hacía seis meses al menos, trabajaba en gran secreto en torno a un proyecto suyo, ayudada por un hombrecillo discreto y hábil.

Marcela fue en busca del hombrecillo y le dijo:

—Si aún sigue en pie el negocio, estoy lista para cerrarlo. Tengo el dinero.

El negocio aún existía y, ayudada eficazmente por el hombrecillo, Marcela firmó el contrato.

—Y ahora que me ha encontrado la tienda —explicó finalmente la mujer —, tiene que ayudarme a encontrar casa.

La suerte asistía a la mujer, y el hombrecillo pudo indicarle como mínimo tres viviendas disponibles.

Fueron juntos a visitar la más cercana, compuesta por tres habitaciones discretamente amplias y limpias.

La misma propietaria acompañó a Marcela a visitar el piso, y Marcela, visto de lo que se trataba, se alegró:

—Parece hecho a propósito para mí: hay sitio para todos.

La propietaria la miró con desconfianza:

—Perdone: ¿no me ha dicho que era viuda?

—Sí, soy viuda; pero tengo hijos.

—¿Cuántos?

—Nueve —explicó con toda tranquilidad Marcela—. El más pequeño tiene cinco años, la mayor doce.

La dueña del piso abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Nueve hijos de cinco a doce años! —balbuceó—. ¡Nueve niños en la casa y usted todo el día en la tienda! Por el amor de Dios: ¡ni hablar!

El hombrecillo se secó el sudor de la frente.

—Señora —exclamó Marcela—, ¿qué quiere que haga? Cuando se tienen hijos hay que quedarse con ellos. No los voy a ahogar.

—No pretendo en ningún modo que los ahogue. Quédese con ellos, pero en su casa, no aquí.

Marcela intentó explicar a la mujer su situación, aseguró que se trataba de niñas y niños educados, tranquilos; pero la dueña meneó la cabeza:

—No es maldad la mía; pero esta casa es un infierno a causa de los niños de los inquilinos, y sólo con pensar en añadir nueve más a los que ya hay ahora me entra fiebre. Además están las leyes de higiene y el piso no tiene la cubicación suficiente para alojar a diez personas.

—Los niños son pequeños, respiran mucho menos aire que un adulto —insistió Marcela. Pero la señora fue inamovible:

—Si fueran dos o tres, o hasta cuatro, paciencia. Pero nueve es demasiado.

Marcela tuvo que resignarse a dejar de discutir y salió de la casa.

En cuanto estuvieron fuera, el hombrecillo abrió los brazos:

—¡Nueve hijos! —exclamó espantado—. ¿Y cómo espera encontrar a alguien que esté dispuesto a alquilarle un piso, aquí en la ciudad?

—¿Por qué? —objetó resentida Marcela—. ¿Aquí en la ciudad es algo deshonroso el tener hijos?

—No, ¡es el hecho de tener nueve y todos ellos de corta edad lo que no funciona! Nueve hijos pequeños, huérfanos de padre y con la madre ocupada de la mañana a la noche en una tienda. ¿No piensa en el maremágnum que pueden organizar en casa nueve niños abandonados a ellos mismos?

—¿Abandonados? El último va al parvulario y los demás a la escuela.

—¿Y durante las vacaciones? ¿Y en las horas en que no están en la escuela?

Marcela rogó al hombrecillo que la acompañara a ver la segunda vivienda.

—La acompañaré, pero me quedaré fuera a esperarla —le contestó el hombrecillo—. No quiero que me vean, no quiero responsabilidades. Éste es mi oficio y no puedo arruinarme la plaza. Vaya, pero sin decir que la he mandado yo.

Marcela fue sola y allí encontró a la portera.

—Sí —admitió la portera— hay un piso de dos habitaciones más cocina. Pero, antes de enseñárselo, tengo que preguntarle cuántos son de familia.

—Soy viuda —explicó Marcela.

—¿Tiene hijos?

—Sí, cuatro.

La portera alzó los brazos al cielo.

—Ni hablar. Los propietarios son inflexibles respecto a los niños. Admiten uno como máximo.

—Entonces, ¿tendría que matar a los otros tres, según usted? —se informó Marcela.

La portera se encogió de hombros.

—Esta casa es así. Yo cumplo órdenes.

—De acuerdo; pero es una maldad por parte de los dueños.

—Se trata de pisos pequeños —explicó la portera—, suficientes apenas para dos personas. No hay ni la cubicación suficiente…

—Entiendo —cortó Marcela—. Significa que voy a tenerme que alojar debajo de los arcos del Puente del Medio. Espero que allí haya la cubicación suficiente.

El hombrecillo no se extrañó al oír a Marcela, poco después, pedirle noticias sobre la tercera vivienda.

—Hágame caso —se limitó a contestarle—: no pierda ni el tiempo en probarlo. De las tres, ésta es la menos apropiada para usted.

—No se preocupe: lléveme hasta el sitio y del resto ya me encargo yo.

La verdad es que, al llegar ante la casa de la tercera vivienda, Marcela se sintió descorazonada.

Se trataba de un antiguo edificio lleno de dignidad y de presunción.

Un edificio más bien altivo, que cohibía. Y que tenía, delante, una plazoleta nítida, desierta, que al estar en ella uno se ponía a hablar en voz baja sin darse cuenta para no perturbar aquel secular silencio.

Pero Marcela no podía renunciar.

La portera sacó la cabeza fuera de su garita y miró a Marcela de arriba abajo.

—¿Qué desea?

El hombrecillo había aconsejado a Marcela que pidiera por la señora y Marcela contestó que deseaba hablar con la señora.

—¿Es la mujer que envía la agencia? —se informó la portera.

—Sí —respondió Marcela.

—Primer piso, la puerta frente a la escalera.

Marcela subió y, al llegar delante de la alta y brillante puerta de nogal macizo, tocó el timbre, y la puerta se abrió *ipso facto* porque, evidentemente, la portera debía de haber avisado a la señora por el teléfono interior.

Marcela, que no se imaginaba algo así, se quedó muy cortada.

—¡Adelante! —dijo una voz femenina desde la sombra.

El recibidor era tan grande como una sala y tenía las paredes llenas de cuadros al óleo.

—¿La envía la agencia? —se informó la señora, una mujer de unos cuarenta y cinco años, de buen ver, pero con una expresión más bien dura.

—Sí, señora.

La señora la miró de arriba abajo y Marcela casi se esperó que le dijera que se diera la vuelta de tan natural que le parecía que también quisiera escudriñarla por detrás.

—¿Es de ciudad?

—No, señora. Soy del campo y quisiera establecerme en la ciudad.

—¿Qué hacía en su pueblo?

—Trabajaba en una finca, con mi marido. Después mi marido murió…

—Comprendo… ¿Hijos?

—No, señora.

—¿Le gustaría venir a esta casa?

—Sí, señora.

La señora pareció muy satisfecha del examen sostenido por Marcela.

—Bien —dijo la señora—. ¿Cuándo estaría dispuesta a empezar a servir? Mi muchacha se marchó ayer.

Marcela se recobró en seguida.

—Señora —se justificó—, lo siento pero hay un equívoco. Yo no he venido por empleo, sino porque, en la agencia, me han dicho que aquí había un pisito por alquilar.

La señora mostró ostensiblemente su contrariedad.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Podía haberse explicado antes! —Perdone.

La señora volvió a observar detenidamente a Marcela.

—De modo que usted es viuda y quiere dejar el campo para venirse a vivir a la ciudad.

—Sí, señora.

—¿Por qué?

—Tengo que ganarme la vida. Con la parte de mi marido he cogido una pequeña tienda de ultramarinos…

Sacó del bolso el contrato y se lo enseñó a la señora.

La señora miró el documento y se lo devolvió.

—Sí, hay un piso —explicó como si le supiera mal—. Son tres habitaciones en el desván, en el último piso. En el desván, pero hermosas y sanas. Pero yo preferiría un inquilino de sexo masculino y de unos cincuenta años, mientras que usted es mujer y joven.

Marcela abrió los brazos:

—Señora, yo no tengo la culpa.

La señora sonrió.

—No la culpo: sólo digo que un hombre maduro inspira más confianza que una mujer joven. Ésta es una casa muy seria, muy tranquila.

—También yo soy muy seria y muy tranquila. Vengo a la ciudad para ganarme la vida, no para cometer tonterías.

A la señora, Marcela le gustaba. Lo meditó un poco y luego dijo:

—¿Me ha dicho que es viuda y sin hijos?

—Sí, señora.

—Claro que yo no voy a prohibirle que se vuelva a casar. De todos modos, que quede bien claro, y lo haremos constar por escrito, que el día en que se volviera a casar, me dejaría libre el piso. Ésta es una casa de gente de profesiones, personas maduras a quienes gusta la tranquilidad. No hay niños ni tienen que venir. Mejor dicho: pueden venir perfectamente, pero se vuelven a ir con sus padres, ¿entendido?

—Sí, señora.

La señora le dio una tarjeta.

—Preséntese en esta dirección. Es mi administrador, que la hará firmar un contrato en regla. ¡Naturalmente, nada de niños, aunque no se vuelva a casar!

Marcela se volvió a encontrar, al cabo de un rato, con el hombrecillo, en la plazoleta.

—¿Y bien?

—Asunto concluido —explicó Marcela.

—¿Y los niños?

—He dicho que no tengo. Dios me ayudará.

Marcela se trasladó a la ciudad algunas semanas después. Sola, porque necesitaba tener libre todo su tiempo para imponerse en el negocio. Pero como era una mujer despierta y que valía mucho, al cabo de dos meses ya lo tenía por la mano.

Y un domingo se fue al pueblo a buscar la mercancía.

El viejo Baralli se puso muy contento al ver que la nuera había encontrado de qué vivir.

—Si quieres dejar aquí a tres o a cuatro, mientras te instalas del todo, no hagas cumplidos.

—Me los llevo a todos —respondió Marcela.

Durante el viaje en el tren, Marcela preparó concienzudamente a la pandilla: explicó a las chiquillas y a los chiquillos como iban a tener que comportarse. Nadie tenía que advertir su presencia en la casa. Si alguien llegaba a descubrirlos estaban perdidos.

Era una triste y lluviosa tarde de invierno: exactamente la atmósfera dramática necesaria para impresionar la imaginación de los niños.

Desembarcados en la estación de la ciudad, Marcela llevó a toda la pandilla a la sala de espera de tercera clase.

Y allí toda la pandilla se zampó lo que habían traído de comer del pueblo.

—Ahora poneos ahí a dormir —dijo Marcela cuando acabaron de comer —. Hay que esperar hasta las once de la noche. Cuando la portera esté durmiendo, nosotros entraremos despacito en casa sin que nadie nos vea. Ya os despertaré al momento justo.

Cesarina, la niña mayor, no quiso dormir: la aventura misteriosa la excitaba.

A las once de la noche, Marcela y toda la pandilla emprendieron la acción, pasando por las calles más solitarias y despobladas.

Al llegar a la plazoleta, Marcela dio las últimas instrucciones:

—¡Adelante, todos de puntillas! ¡No tenéis ni que respirar! En cuanto lleguéis delante de aquel portal, paraos y quedaos quietos.

La pandilla, en fila india, se puso en marcha, deslizándose junto a la pared. Cuando los nueve estuvieron junto al portal, Marcela, tras observar las ventanas del edificio, atravesó la plazoleta, dirigiéndose decidida hacia el objetivo. Abierto el portal, hizo deslizar dentro a los clandestinos.

Volvió a cerrar sin hacer el menor ruido.

El vestíbulo estaba en la penumbra, la escalera a oscuras. Y a oscuras, despacito, los clandestinos subieron, de puntillas. Todos, menos el más pequeño, que la madre había cogido en brazos.

Llegaron hasta el desván sin ningún percance, y sólo se encendió la luz cuando todos estuvieron dentro del pisito.

Nadie hablaba: todos seguían allí quietos, mirando a la madre con unos ojos tan grandes como farolas.

Las tres niñas mayorcitas se encargaron de desvestir a los tres hermanitos y hermanitas más pequeños. Mientras tanto Marcela preparaba la gran cama de matrimonio.

Cuando todos estuvieron listos, Marcela los metió bajo las mantas: cuatro con la cabeza en la cabecera y los otros cuatro, al revés, con la cabeza en los pies de la cama, combinándolos de modo que hubiera dos grandes y dos pequeños de cada lado.

Al pequeñito se lo llevó a dormir con ella al sofá del cuarto de estar.

La portera abría la portería a las ocho: a las seis y media Marcela los despertó para que, a las siete, hora en que aún todo el mundo estaba durmiendo en el edificio los niños estuvieran listos.

Y a las siete en punto los niños dejaron la habitación donde habían descansado.

Era una mañana nublosa y también esto contribuyó a reforzar la atmósfera dramática de la aventura.

Los nueve andaban como sobre huevos, con la boca que parecía cerrada con llave.

—Ya podéis hablar —les dijo Marcela al llegar a la zona de seguridad.

Pero nadie habló.

A las siete y veinte, los clandestinos estaban en la trastienda del colmado de Marcela, y allí desayunaron y esperaron la hora de entrar en el colegio.

A las ocho y veinte Marcela, que ya había matriculado a los niños, confió ocho elementos a la enseñanza pública y dejó luego al noveno en el parvulario.

Entre las horas de escuela y las horas de permanencia después del horario escolar, la mercancía quedaba colocada hasta las cinco de la tarde. ¿Y luego?

¿Podía Marcela tener a los niños en la trastienda hasta las once de la noche?

Era un angustioso problema que se volvió tremendo cuando, a las cinco de la tarde, Marcela se encontró con toda la pandilla estibada dentro de la trastienda.

Pero la divina Providencia intervino.

Porque entró Tognone, el viejo lechero que tenía su establecimiento al lado del de Marcela. Entró por la portezuela del patio y, al encontrarse en la trastienda todo aquel destacamento, se quedó boquiabierto de asombro.

—¿Ha instalado un colegio? —preguntó a Marcela, que entraba.

Marcela le explicó lo que pasaba y Tognone, un viejo fornido y alto, que era una gran persona, reflexionó un momento y luego dijo:

—Me encargaré yo del servicio a domicilio. Esta noche ya me cuidaré yo de pasar el contrabando.

Tognone se fue a ponerse el tabardo, y luego explicó a la cuadrilla:

—Yo me encaminaré despacio, vosotros me seguís.

Los nueve clandestinos siguieron a Tognone, quien, al llegar a la vuelta de la plazoleta, se paró, e hizo señas a la banda para que se acercaran.

—Vosotros cinco venid conmigo y vosotros esperadme —dijo—. Y no rechistéis ni palabra.

Cinco clandestinos surtidos, entre ellos el más pequeño, siguieron a Tognone, que, poco antes de llegar al portal, se los metió debajo del tabardo, explicando:

—Mientras hablo con la portera, os escabullís con cuidado y subís la escalera.

Al entrar en el zaguán, el lechero se plantó delante de la garita de la portera.

—Buenas tardes, Zelinda.

La vieja entreabrió la puerta de cristales.

—¿Qué hay?

—¿Sabe si ha venido a vivir por aquí un tal Boraschi?

—¿Boraschi? Nunca lo he oído nombrar.

El lechero dijo alguna otra bola y luego se fue.

Mientras tanto, la primera tanda de clandestinos había podido salir fácilmente de debajo del tabardo y alcanzar la escalera.

Fuera esperaba la segunda tanda. Tognone tapó a los cuatro clandestinos con el tabardo y repitió la operación.

—Zelinda —dijo el lechero, volviendo a plantarse con sus anchas espaldas delante de la garita de la portera por segunda vez—. Me olvidaba de preguntarle si la señora del segundo le ha dicho algo de los huevos frescos.

—Me parece que no —murmuró la portera mientras el segundo turno se escabullía por la escalera.

Marcela estaba esperando nerviosísima, y en cuanto vio aparecer a Tognone, se le agarró al tabardo.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —contestó Tognone—. Pero no puede pensar en seguir con este sistema. No es posible ocultar a nueve hijos.

—Tengo que ocultarlos hasta que sea posible. Más bien, lo que tengo que hacer es organizar mejor las cosas para cuando han de volver a casa. Hasta las siete se pueden distraer por aquí. Me las arreglaré para poder hacer comidas en la trastienda. A las siete y media cenarán y luego dormirán en la tienda hasta las once. Se trata de montar alguna tumbona. A las once me los llevo a casa y en paz. De momento no puedo hacer nada más.

Empezó una vida infernal: los pobres desgraciados sólo encontraban un poco de tranquilidad el jueves y el domingo.

El jueves se lo pasaban encerrados en casa, solos, sin la madre.

En aquellos dos días se rehacían del sueño atrasado y de los sueños interrumpidos.

Los niños se portaban magníficamente: se sentían como si fueran delincuentes, clandestinos.

Hablaban en voz baja incluso cuando estaban fuera de casa y, cuando estaban encerrados en casa, bastaba el mínimo crujido para que se quedaran quietos como piedras.

Y aguantaron así bastantes meses y, mientras la niebla y el invierno los ayudaron, todo fue bien.

Pero llegó la primavera. Volvieron a abrirse las ventanas, la gente volvió a mirar afuera.

Y sucedió la tragedia.

Fue hacia eso de las once de un jueves de abril: la dueña, después de asearse, sintió el deseo de asomarse a una ventana del patio para ver qué color tenía el cielo.

Miró hacia arriba y vio que el cielo tenía un magnífico color azul. Pero vio también algo más que la horrorizó.

Las hojas de las dos ventanas del desván estaban cerradas, pero las cortinas no estaban del todo corridas.

Y en los vidrios de las dos ventanas estaban pegadas, por la parte de dentro, nueve naricitas. Encima de las cuales había dieciocho ojos tan grandes que parecía que fueran mil ochocientos.

La señora se retiró y se fue a espiar por la otra ventana porque quería cerciorarse del fenómeno sin correr el riesgo de ser vista. No se había equivocado.

Fue presa de una bendita indignación que luego se transformó en furor.

Actuó impulsivamente. Salió de casa, subió corriendo hasta el desván y llamó perentoriamente a la puerta.

No contestó nadie. Apoyó la oreja contra la puerta y dentro sólo había silencio.

Volvió a llamar y miró por el agujero de la cerradura. Vio que Cesarina, la niña mayor, estaba allí quieta, pegada a la pared con los ojos tremendamente abiertos, llenos de terror.

—¡Niña! —dijo con voz dura la señora—, abre inmediatamente o llamo a los guardias. Soy la dueña de la casa. ¡Venga, de prisa!

Al cabo de poco rato la puerta se abrió y la señora invadió la habitación.

—¿Quién eres tú? —preguntó la señora a la niña.

—Soy la sobrina de mamá… —balbuceó la pobrecilla, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas.

—¡Ah sí! ¡La sobrina de mamá! —dijo burlonamente la señora—. ¿Y los demás?

—Sólo estoy yo —susurró la niña, aterrorizada.

La señora abrió la puerta del cuarto de estar y no encontró a nadie. Tampoco a nadie en el pequeño cuarto de baño, a nadie en el trastero.

Entró en el dormitorio y también la gran cama estaba desierta.

Nadie dentro del armario. Nadie en los cajones de la cómoda.

La señora levantó la colcha de la cama que bajaba hasta el suelo y se agachó.

Dieciséis ojos increíblemente abiertos estaban en fila debajo de la cama y brillaban en la penumbra del escondite.

—¡Afuera todos! —gritó la señora.

La voz de la señora era terrible y, uno a uno, los clandestinos fueron saliendo de debajo de la cama y fueron todos a refugiarse al rincón donde estaba sollozando la niña mayor.

—¿Sois nueve o hay más debajo de la cama? —gritó la señora.

El pequeñito indicó que no, meneando la cabeza.

—¿Y sois todos sobrinos de mamá? —volvió a gritar la señora.

Los nueve afirmaron que sí con la cabeza.

No consiguió sacarles ni una sola palabra, por lo que, sentándose, esperó la llegada de la tía de los nueve desgraciados.

Marcela llegó al cabo de veinte minutos y, en cuanto entró, se sintió morir.

—¡O sea que usted es la viuda sin hijos que, hace unos meses, me pidió que le alquilara el piso! —dijo sarcástica la señora.

Marcela abrió los brazos.

—Muy bien —prosiguió la señora—. En el contrato consta la cláusula. Pero ¿qué pasará? Yo os intimidaré a dejar la casa y, entonces, vosotros iréis a contar vuestro caso al director del semanario comunista de la ciudad y, al cabo de unos cuantos días, leeremos que una representante de la burguesía corrompida y explotadora quiere echar a la calle a una pobre mujer con sus nueve hijitos e hijitas, etcétera, etcétera.

Marcela meneó la cabeza.

—Señora —dijo—, soy una mujer como Dios manda y provengo de una familia como Dios manda. Yo no voy a ir a recurrir a nadie, yo no hago payasadas, yo no le pido piedad ni protección a nadie. Yo sólo le digo: ¿se ha dado cuenta, señora, en estos cinco meses, de que aquí hubiera nueve niños?

—No. Pero me he dado cuenta hoy.

—Haga como si no se hubiera dado cuenta. Nosotros seguiremos viviendo tal como hemos vivido hasta ahora, sin molestar a usted ni a nadie de los de la casa. En cuanto encuentre una casa que me convenga me iré con toda la pandilla. Si quiere se lo pongo por escrito.

La señora se levantó.

—Está bien —respondió—. Ya hablaremos.

La señora regresó a su casa.

No dijo nada a nadie, ni a su marido. Pero se fue a espiar al menos cien veces entre las cortinas de la ventana para ver lo que pasaba allí arriba.

Pero siempre vio las dos ventanitas vacías y las cortinas completamente cerradas e inmóviles.

Durmió muy inquieta aquella noche y a las cinco ya estaba en guardia, tras la mirilla que daba al rellano.

A las seis descubrió cómo Marcela, seguida por toda la pandilla, bajaba andando de puntillas y conteniendo la respiración.

Pasó todo el día nerviosísima y por la tarde no se separó de la mirilla: quería saber cómo volvían a entrar aquellos condenados, y tuvo que quedarse allí hasta medianoche para saberlo.

Entonces es cuando vislumbró en la penumbra de la escalera cómo el equipo silencioso de los clandestinos subía en fila india, como si fueran fantasmas.

Sucedió lo mismo al día siguiente, que era sábado. Y llegó el domingo. Un domingo lleno de sol con cielo limpio y azul.

La señora, a las siete, ya estaba detrás de la ventana mirando hacia arriba. Pero las dos ventanitas de la buhardilla estaban vacías.

Miró arriba veinte veces y no encontró nada cambiado. A las once salió y subió al desván.

Llamó y salió a abrirle la niña mayor.

La señora llegó hasta la puerta del dormitorio y la abrió de par en par.

En la enorme cama estaba sólo Marcela, pero el alboroto que se advertía bajo las mantas delataba la vida clandestina que bullía bajo las colchas.

—Buenos días —dijo seca la señora.

—Buenos días, señora —murmuró Marcela—. Perdone si nos encuentra así. Es nuestro día libre. Pase, por favor.

Uno a uno fueron apareciendo entre el barullo de las mantas las cabecitas de los clandestinos y parecía como un jardín en el que brotaran flores.

La señora hizo un mohín al ver el extraño espectáculo; luego se fue a abrir la ventana.

—El aire, el sol y el cielo no son míos —dijo con voz áspera—, son de todos. Hasta de los inquilinos mentirosos.

La señora salió y, al cabo de poco rato, espiando desde su punto de observación, vio cómo, desde los dos ventanucos de la buhardilla, dieciocho ojos miraban el cielo.

Luego, cuando también vio aparecer la cara de Marcela, abrió las persianas y le hizo señas de que bajara.

Marcela llegó al cabo de un cuarto de hora, en cuanto se hubo arreglado. La señora la esperaba en la sala, sentada en un butacón de damasco.

—Hágame el favor de parar con la comedia de la salida al alba y el regreso a medianoche —le dijo la señora, con voz dura.

Detrás de la señora, colgado en la pared, había un gran retrato al óleo de la señora con un niño precioso en su regazo.

Marcela miró encantada la pintura. Había visto ya en algún sitio la cara de aquel niño maravilloso.

Volvió a encontrar el rostro de aquel niño en el medallón que la señora lucía en el pecho.

Entonces Marcela se puso más colorada que el fuego.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué siente? —exclamó la señora—. ¿Siente tener nueve hijos todos ellos vivos y sanos?

—Sí, señora —respondió Marcela—. Es la primera vez, en toda mi vida, que siento tenerlos.

—¡No diga tonterías! —exclamó la señora—. Y esta tarde sáquelos de paseo.

La señora se quedó allí apostada detrás de la mirilla de la escalera hasta que vio bajar a los nueve clandestinos, en fila india y de puntillas.

Luego, cuando el sol se empezó a poner, volvió a la mirilla porque quería verlos regresar.

Tuvo que esperar hasta la noche.

Y no los oyó llegar porque la pandilla andaba de puntillas y en perfecto silencio. La escalera estaba sumergida en la oscuridad, pero un ventanal estaba iluminado por los faroles de la calle, y así la señora pudo ver las sombras de los clandestinos al pasar delante de aquella pantalla clara.

Primero pasó la sombra madre y, detrás, agarrado a la falda de la sombra madre, la sombra del clandestino más pequeño.

Después, la sombra del clandestino número dos.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… La señora contó las sombras de los clandestinos. Al llegar a nueve se dispuso a retirarse, pero vio aparecer una décima sombra. Y era la sombra de un niño completamente distinto de los nueve clandestinos. Y al llegar al centro de la pantalla luminosa de la ventana, la sombra se paró y levantó un brazo y agitó la mano haciendo un saludo.

Sí: la saludó a ella. A la señora.

El décimo clandestino saludó y luego siguió su camino y salió de la pantalla y se volvió una sombra en la sombra.

Pero la señora ya lo había reconocido, y ahora sus ojos estaban anegados de lágrimas, aunque su corazón estaba rebosante de serenidad.

Una familia arruinada

Los Bigatti estaban bien porque eran propietarios de una buena finca, tenían todos el ansia del trabajo y no gastaban ni una lira.

No se ha visto nunca gente tan apegada al dinero: el tendido eléctrico pasaba a diez metros de la casa y hubieran bastado cuatro duros para hacer la conexión, y, sin embargo, los Bigatti seguían aún tirando con la linterna, considerando que se podía economizar utilizando el petróleo rojo del tractor.

El Bigatti jefe no llegaba a los cuarenta y cinco años y su mujer apenas tenía los cuarenta y dos, pero iban tan dejados que parecían los abuelos de sus hijos.

Y si el Bigatti padre era un maldito tacaño, la Bigatti madre era la tacañería personificada.

De los tres hijos, el chico de catorce años parecía la copia clavada del padre, la chica, de diecisiete, parecía la copia clavada de la madre. Y el mayor, Giacomino, de dieciocho años, reunía todos los defectos del padre y de la madre.

Aunque también las virtudes: porque era un trabajador duro e incansable. En lo referente a tacañería, hasta le daba vueltas a la madre, y, a pesar de ser ya todo un mozo, sólo se concedía las diversiones que no costaban nada.

No fumaba, no iba a bailar, ni a la taberna, no entraba nunca en un cine.

Pues bien: fue justamente él, Giacomino, el que puso en apuros a la familia, el que la arruinó y la llevó casi a la quiebra. Al menos si se da crédito a la madre.

Naturalmente, cuando un joven de dieciocho años pierde la cabeza, tiene que haber por en medio unas faldas.

En el caso de Giacomino, las faldas que le hicieron perder la cabeza se llamaba Anna. Un nombre corriente, aunque no correspondía a una chica corriente, sino a una chica más bien especial.

Giacomino Bigatti hacía ya un año que iba detrás de la chica, y cuando reunió el valor de detenerla y explicarle la situación, no recibió el tipo de acogida que hubiera deseado.

Porque Anna, que era una muchacha directa, le respondió bien claro:

—Muy bien todo lo que dices; pero yo no me voy a comprometer con el más desastroso del pueblo.

Entonces Giacomino perdió la cabeza.

Y no la perdió poco a poco, un poco cada día: la perdió de golpe.

Un sábado por la mañana, el padre le entregó unas liras y le dijo:

—Coge el coche de línea y ve a la ciudad, al carnicero Tognetti, a cobrar el dinero de aquellos animales que le hemos vendido. No vuelvas sin el dinero.

Ni se le ocurrió advertir al muchacho que fuera prudente y otras cosas del género porque le conocía y sabía que no era necesario.

Giacomino cogió el coche de línea, llegó a la ciudad a las nueve y a las nueve y cuarto entraba en la carnicería Tognetti.

El sobre con los dineros ya estaba preparado y Giacomino sólo tuvo que comprobar que fueran veinte los billetes de diez mil liras, como era lo convenido.

El coche de línea para el pueblo salía a las dos de la tarde y Giacomino pensó que la única manera de pasar el rato sin gastar era el de ir a dar una vuelta a mirar escaparates.

No fue una vuelta larga porque, después de haberse parado delante del escaparate de una mercería y de una zapatería, Giacomino se encontró ante el escaparate fatal.

Se quedó allí contemplando aquella maravilla su buena media hora, después entró decidido y preguntó:

—¿Cuánto cuesta si pago al contado y en metálico?

—Doscientas mil liras y se la entrego en dos horas lista para montarse y marchar.

Era un buen descuento y Giacomino respondió:

—Trato hecho.

A las tres de la tarde, Giacomino llegó a la era de su casa.

Llegó montado en una motocicleta maravillosa, nueva de trinca.

Bigatti padre, cuando vio aparecer al hijo así equipado, quedó como fulminado. Después, recuperada el habla, preguntó:

—Giacomino, ¿de dónde has sacado esto?

Y entonces fue cuando Giacomino salió del mundo de los sueños.

Hasta aquel momento había vivido completamente despegado de las cosas de la tierra, en una especie de dulce embriaguez. Mas, al oír la voz del padre, volvió bruscamente a la realidad.

Y se dio cuenta de haber cometido un delito horroroso, terrible. Se dio cuenta de que se había gastado las doscientas mil liras de su padre en comprar una moto.

Entonces palideció y, dejando la moto apoyada sobre el caballete, se quedó allí quieto en espera del cataclismo.

Mientras tanto había llegado la madre con los otros dos hijos y se veía que ninguno de los tres entendía lo que había pasado o lo que iba a pasar.

—¡Giacomino! —repitió el Bigatti padre—, ¿de dónde has sacado eso?

—La he comprado —masculló Giacomino—. La he comprado con las doscientas mil liras de los animales.

La mujer de Bigatti lanzó un grito desgarrador, como si le hubieran abierto el vientre con una azada.

Bigatti padre rugió y se lanzó contra Giacomino para hacerle pedazos.

Pero Giacomino tenía buenas piernas y un miedo tremendo. De un salto se apartó y huyó.

Su bicicleta estaba allí, a mano, apoyada contra la pared del establo: al pasar la agarró y la arrastró consigo.

Alcanzada la carretera, se montó en el sillín y pedaleó desesperadamente.

Bigatti padre tuvo que renunciar a perseguirle. Pero no podía renunciar a la venganza porque estaba como un loco furioso.

Volvió a la era gritando:

—¡Tengo que atraparlo! ¡Tengo que matar a ese delincuente!

Le cayó a la vista la moto brillante. Bigatti había hecho el servicio militar en una sección motorizada, como mensajero de partes. En un segundo lo recordó todo: embrague, cambio, gas.

Agarró el manillar de la moto, la bajó del caballete y dio un buen pisotón a la palanca de arranque. Un gran pisotón de estilo militar. Un pisotón bestial e inútil porque se trataba de un motor que se ponía en marcha de un soplo.

Tenía una *reprise* formidable y Bigatti, al salir a la carretera, casi estuvo a punto de estrellarse contra un pilar de la verja.

Nuestro Señor le ayudó y así Bigatti consiguió volver a enderezarse. Pero pasó un mal momento y el miedo le hizo olvidar la canallada del hijo, ahora lo esencial era entender cómo funcionaba aquel maldito artefacto para no correr el riesgo de romperse los huesos.

La verdad es que el maldito artefacto en realidad no era ni tan maldito ni tan complicado; al revés, era de lo más sencillo y estable.

Y no hablemos de la suspensión: comparadas con aquel juguete, las motocicletas militares eran carros de combate.

Bigatti alcanzó a un ciclista que iba en su misma dirección y que pedaleaba como un loco.

Tocó el claxon, luego giró el manillar y lo adelantó en un santiamén.

Cuando Bigatti se dio cuenta que el ciclista era Giacomino, ya lo había dejado un kilómetro atrás.

«¡Ya atraparé a la vuelta a ese delincuente! —se dijo para sus adentros—. ¡En cuanto encuentre sitio para girar, doy la vuelta, lo paro y lo mato!»

Después de haber recorrido quince kilómetros, Bigatti aún no había encontrado el lugar adecuado para dar la vuelta.

Pero la Carretera Cuarta ya se había acabado: le convenía llegar hasta Fiumetto, seguir la provincial hasta la Pioppazza y tomar el camino del Molinetto, que lo volvería a conducir a la Carretera Cuarta.

Quizá por la preocupación, o quizá por la gran rabia que lo devoraba, el hecho es que Bigatti, en lugar de girar a la izquierda, giró a la derecha y, para volver a la Carretera Cuarta, tuvo que tragarse veinte o treinta kilómetros.

Antes de regresar a la Carretera Cuarta, Bigatti creyó oportuno parar en la gasolinera de Torricella: no quería quedarse sin gasolina.

El gasolinero, una vez desenroscado el tapón del depósito, meneó la cabeza.

—¡Pera si tiene el depósito casi lleno! —murmuró.

—¿Casi lleno al cabo de tantos kilómetros? —se extrañó Bigatti.

—Estos motores no gastan nada —explicó malhumorado el hombre de la gasolinera—. Grandes máquinas: hace años que me muero de ganas de tener una. ¿Cuánto le han pedido, completa, con todo?

—Doscientas mil —contestó Bigatti.

—Un buen negocio. Si las tuviera, me la compraría en seguida.

Mientras tanto Giacomino, después de haber pedaleado hasta quedarse sin aliento, se había apeado de la bicicleta y se había sentado en un montón de gravilla, junto a la orilla del canal grande que bordeaba la Carretera Cuarta.

«¡Que pase lo que Dios quiera, no sigo más adelante! —había decidido—. Si me quiere matar, que me mate».

Y ahora, sentado al borde de la cuneta, esperaba que llegara el destino.

En cambio, fue su padre quien llegó, y Giacomino, al vérselo delante, montado en la moto, se quedó atónito.

—¡Si te dejas ver por casa, te corto el pescuezo, sinvergüenza! —le dijo a regañadientes Bigatti—. Vete a casa de tu tío y espérame allí. Mañana pasaremos cuentas.

La mujer de Bigatti había tenido que meterse en cama: el golpe había sido demasiado fuerte. Y seguía gimiendo: «Doscientas mil liras… Doscientas mil liras…».

Cuando el marido entró en el dormitorio, la Bigatti preguntó:

—¿Lo has encontrado?

—¡No! ¡Pero tengo que encontrarlo! ¡Tengo que retorcerle el pescuezo! ¡Doscientas mil liras tiradas en una maldita moto!

—¡Doscientas mil liras! ¡Estamos arruinados! ¡Tienes que encontrarlo, obligarle a devolver la moto y recuperar el dinero!

—¡Ya lo he intentado por teléfono! —gritó Bigatti—. No la quieren a ningún precio. Habría que pleitear. He mirado si hay manera de venderla en el pueblo: no ofrecen ni la mitad. Se aprovechan de la desgracia.

La mujer volvió a ponerse a sollozar y a lamentarse.

Bigatti pasó una noche agitadísima porque la mujer siguió desvariando mientras dormía, hablaba de ruina, de dinero, de motos, de hijos delincuentes.

Se levantó pronto, de mal humor.

Cuando estuvo vestido, fue a husmear en la cómoda.

—¿Qué buscas?

—La pistola —contestó feroz Bigatti—. La ha hecho demasiado gorda, lo tengo que matar. Tengo que encontrarlo sea como sea.

Salió gesticulando como un endemoniado después de haberse metido la pistola en el bolsillo.

Al llegar a la cochera, escondió el arma en un hueco de la pared, sacó la moto y salió.

Hacía una mañana magnífica y, en cuanto hubo llegado al asfalto de la provincial, a Bigatti le pareció como si se deslizara sobre mantequilla, de tan cómodo que viajaba.

Almorzó en Castellino, luego quiso probar cómo se comportaba la moto en montaña y marchó en dirección de Castellarco.

La moto se tragaba las cuestas como si fueran vasos de vino de Marsala.

Hizo toda la subida del Gallo sin evidenciar ni un instante cansancio.

Bigatti se encontró a mediodía en la cima de Montefollo. Un monte por llamarlo de alguna manera, pero desde allí arriba se veía la inmensa llanura verde surcada por los ríos, y eso, para Bigatti, era como el descubrimiento de América.

Nunca se habría imaginado que existiera tal maravilla sólo a cincuenta kilómetros de su casa.

Comió en la pequeña taberna en que daban comidas en la cima del monte, y nunca había comido con tanto apetito.

Volvió abajo al atardecer y tomó el camino que llevaba a la finca del hermano.

—Gino, ¿has visto al bribón de mi hijo? —gritó en cuanto estuvo en la era.

El hermano de Bigatti se acercó.

—Pietro, lo que está hecho, hecho está —le dijo—. Es inútil complicar más el asunto con otras tonterías. Y además el valor está.

Giacomino se dejó ver tímidamente:

—¡Coge la bicicleta y lárgate a casa y procura que yo no te vea al menos durante dos o tres días porque, si no, te parto la cabeza! —gritó enfurecido Bigatti.

El joven saltó a la bicicleta y se alejó.

—Oye: es una moto estupenda —reconoció el hermano de Bigatti—. Un día de éstos tienes que dejármela probar.

—¡No me hables de este maldito artefacto! —gimió Bigatti.

Y, lamentándose, contó los detalles de la canallada que le había hecho el hijo. Lloró sobre la próxima ruina de la familia.

Y se marchó imprecando contra el destino.

Al llegar a casa, guardó la moto en la cochera, sacó la pistola del hueco de la pared y entró en casa exclamando:

—¡Todo el día que lo ando buscando por todas partes! ¿Dónde se habrá escondido ese bribón? ¡Jesús, haz que lo encuentre, que lo voy a dejar seco!

Al verle empuñar amenazador la pistola, la mujer se asustó:

—Pietro, no vayas a perderte por un delincuente. Déjalo estar. No arruines del todo a la familia.

—Ahora me como un bocado y me vuelvo a poner en camino. ¡Si no lo encuentro, lo voy a denunciar a los *carabinieri*![1] —gritó como un loco el hombre.

—Ya ha vuelto —le explicó la mujer.

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese gamberro? ¡Lo voy a matar como a un perro!

Hizo ademán de ir a salir, pero la mujer se le agarró al cuello.

—Pietro, no te comprometas. En el fondo, no tiene más que dieciocho años. Y además parece que la moto tiene su valor.

Bigatti tiró la pistola sobre la cómoda.

—Está bien, no lo mato. Pero lo quiero ver. ¡Le quiero hablar! Quiero partirle la cara a bofetadas. ¡Dime dónde está!

—Pietro, estáte tranquilo o vas a hacer que me entren convulsiones. Está en el granero. Déjalo estar. Ya ha comprendido que ha cometido una canallada.

Bigatti salió empujando a un lado a su mujer.

Subió por la escalera de mano del granero.

Al llegar al granero berreó y luego dijo en voz baja:

—¿Dónde estás, asesino?

—Estoy aquí —respondió la voz de Giacomino.

Bigatti volvió a berrear y luego dijo en voz baja:

—No comparezcas ante mí al menos en dos días. Y, mañana por la mañana, mira de limpiarla y de verificar el embrague.

Bajó acaloradísimo. Estaba muerto de cansancio y, en cuanto comió un bocado, se fue a la cama.

Su mujer se reunió con él al cabo de media hora y lo encontró excitadísimo.

—¡Es ese bribón el que me pone en este estado! —explicó a duras penas —. Me ha arruinado.

—¡Cálmate, Pietro! —le dijo la mujer.

—¡Calmarme! ¡Calmarme! ¡Tú no sabes lo que son doscientos billetes de mil tirados! ¡Tirados por la ventana! Doscientos billetes de mil.

La mujer empezó a gemir y a lamentarse y, gimiendo y lamentándose, se durmió.

Poco después Bigatti oyó un ruido sospechoso y, deslizándose de la cama, se fue a espiar por la ventana. La era estaba iluminada por la luna y Bigatti vio cómo Giacomino empujaba cautamente la moto hacia la verja. Se había vuelto a vestir y, al llegar al camino, se montó en el sillín.

Un ligero golpe con el pie y el motor se puso a runrunear.

Bigatti volvió a la cama.

«¡Doscientas mil liras!», gimió en sueños la mujer.

Bigatti se durmió en seguida porque tenía prisa por soñar con todo el espectáculo que había visto desde lo alto de Montefollo.

El cirio

En el verano de 1946, el señor Alcibiade Santini, como todos los demás terratenientes de la zona, se había encontrado en grandes dificultades por la huelga agrícola y había tenido que luchar duramente para poder salvar el ganado y que no se echaran a perder las cosechas.

Una vez acabado el follón, el señor Alcibiade, considerando que a sesenta y cinco años se tiene derecho a vivir tranquilo, había renunciado a la administración de la hacienda, delegándola a un perito mercantil que sabía lo que se hacía, y se había retirado.

Esto no significa que el señor Alcibiade se desinteresara de la marcha de la hacienda. *La Grande* era una vasta finca que necesitaba muchos brazos y, cuando se tiene que contratar a braceros, se han de tener bien abiertos los ojos y sólo los ojos del dueño son los que lo ven todo.

El señor Alcibiade había renunciado al contacto directo con la mano de obra y a los asuntos contables y de detalle. Se había puesto, en resumidas cuentas, a hacer de director de empresa y, así, podía disfrutar de un poco de paz en su casa. Hacía ya ocho años que las cosas funcionaban con este sistema y hay que reconocer que funcionaban bien, porque tanto el administrador como el perito mercantil eran personas que valían y sabían desenvolverse por su cuenta sin molestar al dueño.

Recurrían a él sólo en casos excepcionalísimos; y uno de estos casos excepcionalísimos fue precisamente el de Bazzìga.

El viejo Alcibiade vio, pues, una buena mañana, comparecer ante él al perito, que mostraba una cara muy poco contenta.

—¿Qué pasa? —preguntó el viejo Alcibiade.

—Tengo problemas con el Bazzìga. Le he escrito tres veces rogándole que me mande la diferencia que nos corresponde por el aumento legal del alquiler. No me ha contestado ninguna vez; entonces he ido a su casa y no sólo no ha querido sacar ni un céntimo. Incluso me ha amenazado.

El viejo Alcibiade se extrañó:

—¿El Bazzìga le ha hecho un feo así? ¿No le ha explicado usted que es un aumento establecido por la ley?

—Claro que se lo he explicado. Hasta le he enseñado las disposiciones impresas. Ha contestado que no le interesaba. Ha dicho: «Usted no se meta. Éstos son asuntos nuestros, entre el dueño y yo».

El viejo Alcibiade se encogió de hombros:

—¿Asuntos nuestros? ¿Y qué hay entre él y yo? Yo, en 1946, le alquilé la casa por cincuenta mil liras al año. Mírelo bien, señor perito: habría de haber el debido contrato.

El perito ya había buscado por su cuenta el debido contrato: lo sacó de la cartera y se lo enseñó al viejo Alcibiade, quien, poniéndose las gafas, miró el documento.

—Me parece que no hay ningún motivo de equívoco —dijo al final, devolviendo la hoja al perito—. El contrato está firmado por el Bazzìga y está debidamente registrado. Aquí tan sólo está escrito que yo cedo en alquiler al Bazzìga, por diez años, y a cincuenta mil liras al año, una casa tal y cual, con todos sus puntos y comas. ¿Le ha enseñado el contrato?

—Se lo he enseñado. Me ha contestado que lo conoce perfectamente y que él también tiene una copia, en el cajón de la cómoda. Pero, según el Bazzìga, esto no significa nada. Es un papel que no tiene ningún valor.

El viejo Alcibiade se rió:

—Si el Bazzìga está convencido de que es un papel que no tiene ningún valor, procure hacerle cambiar de parecer. Haga que le apremie un abogado. O paga lo que tiene que pagar o se procede.

Hacía ocho años que Bazzìga vivía en Crocile, en la casucha que le había alquilado Alcibiade en 1946. Una casucha que, a decir verdad, ya no era tal casucha, sino una casita limpia y bien conservada, puesto que Bazzìga, poco a poco, había conseguido remozarla, gastándose su dinero.

Lo había hecho no por ambición, sino por necesidad, porque Bazzìga vivía de lo que le daba su tiendecita de comestibles, y la gente, cuando se trata de artículos comestibles, quiere ver orden y limpieza.

Estaba Bazzìga sirviendo a un cliente en la tienda cuando el cartero le llevó la carta certificada del abogado. Leyó la carta y no se lo pensó ni un momento en plantar la tienda y los clientes. Se montó de un salto en la bicicleta y salió a toda pastilla en dirección de la residencia del viejo Alcibiade.

Se encontró con la verja cerrada y no quisieron abrírsela.

Explicó que quería hablar con el dueño y le contestaron que el dueño no quería saber nada de nada: pagaba a un perito para que se ocupara de los asuntos de la administración. Que Bazzìga se dirigiera al perito.

Bazzìga fue entonces a recurrir al perito y le enseñó la carta del abogado.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Bazzìga.

—Significa que si no paga lo que tiene que pagar según la ley, el abogado procederá.

Bazzìga replicó que el abogado no podía hacerle absolutamente nada e intentó explicárselo al perito. Pero el perito meneó la cabeza:

—Yo no tengo ya nada que ver. Ahora el asunto está en manos del abogado. Tendrá que ir a explicárselo al abogado. En el membrete de la carta está la dirección: tome el coche de línea, vaya a la ciudad y póngase de acuerdo con él. Por nuestra parte estaríamos encantados de solucionar amistosamente el asunto y estamos dispuestos a colaborar.

Bazzìga, al día siguiente, dejó a la mujer en la tienda y se fue a la ciudad a ver al abogado.

Cuando estuvo ante la mesa del despacho del abogado, sacó la carta certificada y se la mostró.

—¡Ah! —dijo el abogado—. Usted es el de Crocile. ¡Qué! ¿Vamos a ponernos de acuerdo?

—Estoy aquí para eso —contestó Bazzìga.

—¿O sea que se ha decidido a pagar?

—No —explicó Bazzìga—. No quiero pagar porque no tengo que pagar.

—Pero si es un aumento establecido por la ley. Usted no va contra el señor Alcibiade, sino contra la ley.

Bazzìga meneó la cabeza:

—Yo estoy en paz con la ley: el contrato de arrendamiento no tiene ningún valor. Lo que vale es otro papel.

El abogado abrió los brazos:

—No me consta que existan otros papeles; aquí sólo hay un contrato en regla de arrendamiento debidamente registrado.

Bazzìga se sacó del bolsillo un sobre y se lo enseñó al abogado:

—Y entonces, ¿esto qué es?

El abogado se puso a reír:

—A primera vista parece un sobre. Si además resulta que dentro del sobre hay algo, habría que ver de qué se trata.

—Son asuntos personales míos entre el dueño y yo. Sólo podemos hablar de ello nosotros dos.

—Está bien —exclamó el abogado—. Pero, mientras, yo tengo que proceder.

—Ahórrese el trabajo —observó Bazzìga—. Porque esto está firmado por el dueño y es lo que vale. Y el dueño lo sabe perfectamente bien.

Bazzìga había hablado con tanto aplomo que el abogado se sintió en el deber de insistir.

—O sea que usted dice que, además del contrato en regla de arrendamiento, hay otro escrito especial, entre usted y el dueño.

—Claro que sí: pregúnteselo y verá.

—Está bien —dijo el abogado—. Ahora mismo le voy a telefonear y, mientras me pasan la comunicación, tenga la bondad de salir a la sala de espera a ver si liquidamos en seguida el asunto.

—Esperaré —contestó Bazzìga mientras salía.

Se tardó media hora en obtener la comunicación, y respondió el viejo Alcibiade en persona:

—¿Qué pasa, abogado?

—Ha venido ese tal Bazzìga —explicó el abogado—. Afirma que además del contrato existe un segundo acuerdo confidencial entre usted y él. Un acuerdo escrito que anula el contrato.

—Dígale que está loco. Entre el Bazzìga y yo sólo existe el contrato legal registrado. Usted, señor abogado, básese en él y no dé crédito a la palabrería de ese desequilibrado. Todo son excusas para no pagar.

El abogado colgó el auricular e hizo llamar a Bazzìga:

—Dice el dueño que no existe ningún acuerdo ni escrito ni verbal. Lo siento, pero si usted no acepta el aumento tendré que proceder.

Bazzìga se sacó del bolsillo el famoso sobre y del mismo extrajo una hoja que presentó al abogado.

Instintivamente, el abogado hizo el gesto de ir a coger la hoja, pero Bazzìga le apartó la mano.

—No es por desconfianza —explicó Bazzìga—. Pero, si lo quiere leer, deje que lo sostenga yo.

Se trataba de unas pocas líneas manuscritas:

> «El presente escrito anula a todos los efectos el contrato con el que en fecha de hoy cedo en arrendamiento por diez años, mediante el pago anual de cincuenta mil liras, al señor Giovanni Bazzìga, el inmueble de mi propiedad sito en la localidad de

Crocile y señalado con el número 106. Declaro que yo vendo al Bazzìga dicho inmueble al precio de quinientas mil liras, a pagar en diez años, resultando que las cincuenta mil liras anuales que el Bazzìga pagará, serán aceptadas por mí en concepto de pago a cuenta sobre el precio pactado y hasta llegar al total de las quinientas mil liras. Tras lo cual el Bazzìga entrará en posesión del inmueble citado y se procederá a la escritura del mismo.

Firmado:
ALCIBIADE SANTINI».

El abogado lo leyó y luego se informó cautamente.

—¿Dice usted que esto ha sido escrito de puño y letra por el dueño?

—No —aseveró Bazzìga—. El contrato lo he escrito yo dictado por el dueño porque se había olvidado en casa los lentes. Pero él lo ha firmado.

—Comprendo —murmuró el abogado, encendiendo un cigarrillo—. Pero, perdone, ¿por qué no se hizo un contrato debidamente en regla?

—El contrato de alquiler tenía que servir para la administración —explicó Bazzìga— y también por seguridad.

—¿Seguridad, en qué sentido?

—Bueno: hacía sólo un año o poco más que yo había regresado de la guerra. Para volverme a montar una casa había tenido que endeudarme un poco. Después he pagado todo hasta el último céntimo. Había que evitar que los acreedores se pudieran echar sobre la casa.

—Entiendo. Hablaré con el dueño. Puede ser que se haya olvidado.

Bazzìga volvió a su casa y se tranquilizó. Pero, dos días después, le llegó una segunda carta certificada. Pocas palabras, pero claras: el señor Alcibiade negaba absoluta y categóricamente la existencia del escrito. Bazzìga tenía que ponerse inmediatamente a la orden del día y no insistir para evitarse serias complicaciones.

Bazzìga volvió otra vez a ver al abogado, pero no pudo hablar mucho:

—Oiga: pague lo que tiene que pagar y dé gracias a Dios que no le denuncie por falsificación.

Bazzìga pagó. Pero volvió a su casa como si tuviera un gato vivo dentro del estómago.

Estuvo indispuesto durante todo un mes, sin hablar del asunto con nadie. Pero, al final, para no explotar, se desahogó.

Y se desahogó un domingo por la tarde, en la taberna del Molinetto. Había bebido bastante y quiso la mala suerte que en aquel momento pasara por delante de la taberna el viejo Alcibiade en coche de caballos.

—Va a la iglesia a pedir a Nuestro Señor que le ayude a soportar sus millones —comentó alguien en voz alta.

—¡Sería mejor que fuera a rezar por su sucia alma! —replicó Bazzìga—. ¡Viejo cerdo!

El señor Alcibiade no caía simpático al pueblo; pero era considerado como un hombre cabal, especialmente en lo que hacía referencia a moralidad.

—¡Qué porquerías quieres que haga con las mujeres ese viejo chocho! —dijo uno.

—¡No se las hace a las mujeres, sino a los hombres! —replicó Bazzìga—. Y son marranadas más gordas de lo que uno se puede imaginar.

Ya se sabe lo que pasa en los pueblos: todos lo rodearon, lo asediaron, lo atiborraron de vino y Bazzìga, al final, contó la famosa historia.

Explicó la historia tal como se la había explicado al abogado.

Pero hubo alguien que le hizo una pregunta que no le había hecho el abogado:

—¿Y cómo es que él, que es tan duro de pelar, te ha firmado un contrato así sin rechistar, renunciando a los intereses?

Bazzìga dio un hondo suspiro.

—Acababa apenas de volver de la guerra, entonces, estaba endeudado y tenía que hacer lo que fuera para vivir. Hubo la huelga agrícola y el viejo se encontró en dificultades porque los animales estaban a punto de morírsele en el establo. Se arriesgaba el pellejo, pero yo lo hice igualmente: fui a trabajar a *La Grande*. Trabajaba día y noche, sin un minuto de descanso, como una bestia. Y además de trabajar, tenía también que hacer trabajar a aquellos cuatro andrajosos que el viejo había conseguido pescar del otro lado del Po. Y tenía también que hacer la guardia con la escopeta. Total: que fui yo quien le salvó el capital del establo. Por eso el viejo, en reconocimiento y también para tener un apoyo seguro en caso de otras dificultades, me dio la casa en esas condiciones. Y ahora que he sudado sangre durante ocho años seguidos para remozar la casa y pagar los plazos, ese marrano niega haberme firmado el contrato. Así, me birla la casa y cuatrocientos billetes de mil.

Bazzìga acabó su relato e inmediatamente una voz recia dijo:

—Bien, así aprenderás a hacer de esquirol a favor de los intereses del que explota a los trabajadores.

Bazzìga se volvió de golpe, apretando los puños, mas en seguida se calmó porque el que había hablado había sido Peppone. Y con Peppone era mejor dejarlo correr.

El Flaco no estuvo de acuerdo con Peppone.

—Jefe —le dijo en voz baja—, ¿no habría que olvidar al esquirol que es un pobrecillo, y tomarse a pecho lo del terrateniente que es rico y deshonesto?

—No —contestó Peppone—. El Bazzìga y el viejo, los dos, son adversarios políticos nuestros. Que se las arreglen entre ellos. Es suficiente con que nos quedemos a observar.

Peppone, en realidad, no se ocupó del asunto, pero se ocupó todo el resto del pueblo. Y Bazzìga volvió a contar mil veces la historia en público.

Por eso, un buen día, el viejo Alcibiade se fue al comandante de puesto de los *carabinieri* y le dijo:

—Hay un tal Bazzìga, inquilino mío, que desde hace un montón de tiempo va por el pueblo acusándome de actos deshonestos, me insulta y me denigra. Puedo aportar al menos cincuenta testigos. Vengo a denunciarlo.

Recibida la denuncia, el comandante de puesto tomó las declaraciones de los testigos y luego mandó llamar a Bazzìga:

—Me consta que desde hace tiempo está difamando públicamente al señor Santini —empezó el comandante de puesto. Mas Bazzìga no le dejó seguir.

—Sí, es cierto —exclamó—. Y le juro que seguiré toda la vida diciendo públicamente que el Santini no es honrado.

—Dudo que pueda seguir aún por mucho tiempo difamando al señor Santini —observó el comandante de puesto—. Se lo explicarán mejor en el juzgado.

De modo que un mal día, Bazzìga tuvo que presentarse en el juzgado.

Cuando le tocó su turno, le preguntaron cómo se llamaba y luego le leyeron la acusación.

Le acusaban de haber dicho un montón de cosas malas sobre el viejo Alcibiade y referían textualmente las expresiones empleadas por Bazzìga.

Bazzìga escuchó atentamente y luego dijo:

—Todo es verdad menos que le haya llamado filibustero, porque ésta es una palabra que oigo ahora por primera vez. Pero si filibustero significa maldito cerdo o algo así, siento no haberlo dicho.

Todos se pusieron a reír y el presidente tuvo que tocar la campanilla.

—O sea que usted reconoce que todo de lo que se le acusa es verdad.

—Totalmente verdad. He dicho que es deshonesto porque se ha portado deshonestamente. Y ésta es la prueba.

Bazzìga se sacó del bolsillo el famoso contrato y se lo entregó al presidente, explicando cómo habían pasado las cosas.

—Esto no tiene nada que ver —observó el abogado del viejo Alcibiade—. El acusado tiene que responder por difamación.

Bazzìga tenía un abogado de oficio que era la primera vez que veía; pero se trataba de un joven despierto.

—Claro que tiene que ver —replicó el abogado de Bazzìga—. Sirve, si no para justificar, para explicar el resentimiento del acusado respecto al querellante.

—¡Servirá, más bien, para agravar la posición del acusado! —exclamó el abogado del viejo Alcibiade—. ¡Porque se trata de un documento falso!

Hubo una pequeña discusión entre los miembros del tribunal y, por fin, el presidente llamó al viejo Alcibiade.

—Que el testigo jure decir la verdad y nada más que la verdad —apremió el presidente.

—Lo juro —respondió el viejo Alcibiade.

El presidente le mostró la hoja:

—¿Reconoce ser suyo este escrito?

—No —contestó el viejo—. Ésta no es mi caligrafía.

—¡Claro! —gritó Bazzìga—. ¡Lo escribí yo porque usted no llevaba los lentes! ¡Pero la firma sí que es suya!

A Bazzìga le condenaron a la mínima pena porque todos estuvieron de acuerdo en que se trataba no de un falsificador, sino de un pobre cretino.

Y como la verdad era que nunca había enseñado por ahí el papel y que no se podía hablar en realidad de uso de documento falsificado, no pasó de ahí la cosa.

El viejo Alcibiade regresó al pueblo triunfante. Llegó que ya era de noche y llovía, pero su primer pensamiento fue el de ir a dar gracias a Dios por haberle ayudado a hacer triunfar la verdad.

Compró un gran cirio en la droguería grande y lo llevó a la iglesia.

—Enciéndalo ante la imagen de la Virgen —dijo el viejo Alcibiade a don Camilo—. Cuando se va al juzgado siempre hace falta la ayuda de la Virgen, aunque se tenga toda la razón. Al contrario, precisamente el que tiene razón,

es el que parece más inseguro y confundido, porque la verdad a menudo es tan simple y elemental que parece increíble.

El viejo Alcibiade, tras haber susurrado devotamente una oración arrodillado en el peldaño del altar mayor, se santiguó y se fue.

Entonces don Camilo, tomando un gran candelabro, puso en él el cirio y se fue a llevarlo al altar de la Virgen.

Luego encendió el cirio.

La llamita tembló unos instantes y después se apagó. Alguna corriente de aire, seguramente. Don Camilo desplazó un poco el cirio y lo volvió a encender. Ahora no había corrientes porque el cirio del viejo Alcibiade estaba al lado de los otros cirios que ardían tranquilamente. Pero tampoco esta vez quiso quedarse encendido.

Debe de tratarse de un defecto de la cera o de la mecha.

Don Camilo se llevó el cirio a la rectoría y lo estudió a la luz de la gran lámpara eléctrica que estaba colgada encima de la mesa.

Con una navajita quitó un poco de cera alrededor del pábilo, que deshilachó.

Encendió el cirio y la llama brilló segura y firme, y siguió brillando.

«Ya funciona —murmuró don Camilo—. Era cuestión de rodaje».

No apagó el cirio para no hacer mal olor y, protegiendo la llamita con su manaza, salió de la rectoría y regresó a la iglesia.

Volvió a colocar el cirio en el candelabro que había dejado encima del altar en la capilla de la Virgen.

El cirio se apagó.

Volvió a encenderlo… y volvió a apagarse.

Don Camilo era tozudo. Llevó el cirio, con el candelabro, a la sacristía. Volvió a limpiar el pábilo, le prendió fuego.

Ardía magníficamente y don Camilo lo dejó arder durante un cuarto de hora. Después, protegiendo la llama con la mano, volvió a llevar el cirio encima del altar de la Virgen.

E inmediatamente el cirio se apagó.

Con toda evidencia su primera observación era la buena: se trataba de una cuestión de aire, de corrientes.

Volvió a encender la mecha y llevó el cirio encendido al altar mayor. Y también ahí, en cuanto el candelabro tocó los manteles del altar, la llama se apagó.

Probó el experimento dos veces más y sucedió siempre lo mismo.

Don Camilo miró el cirio con desconfianza: lo sacó del altar, lo llevó a la sacristía, lo puso en el suelo. Lo encendió.

Lo dejó allí ardiendo alegremente, dentro del candelabro, y se fue a la rectoría.

Pasó una hora y media inmerso en sus cartapacios, y, en el momento de irse a la cama, volvió a la sacristía.

El cirio seguía ardiendo y la llama era firme y resplandeciente.

Lo levantó del suelo con cuidado y, lentamente, llevó el candelabro hasta la capilla de la Virgen.

Al llegar allí se detuvo. El cirio seguía ardiendo.

Lentamente llegó hasta el altar de la capillita y, mientras el candelabro estuvo en manos de don Camilo, el cirio siguió ardiendo.

En cuanto el pie del candelabro tocó los manteles del altar, el cirio se apagó.

Eran las diez de la noche; a medianoche don Camilo estaba aún repitiendo sus experimentos y tenía la frente perlada de un sudor helado.

Ahora el candelabro estaba apoyado en el suelo, en medio de la iglesia, y el cirio ardía. Probó a levantar el candelabro y lo mantuvo así, a la altura de los hombros durante un buen rato y el cirio no se apagó. En cuanto lo depositó sobre los manteles del altar de la Virgen, la llama murió.

Entonces don Camilo se sacó del bolsillo su gran pañuelo y, tapándose con el mismo la palma de la mano, sacó el cirio del candelabro.

Salió de la iglesia y caminó por la oscuridad hasta llegar al canal.

Se paró a orillas del canal porque quería echar al agua fangosa el cirio.

Pero el cirio se le escurrió de la mano como si se hubiera vuelto una serpiente.

—Menos mal que no me ha mordido —susurró don Camilo, que ya no entendía nada.

Residuos de pertrechos

Milca no sabía por dónde empezar, pero acabó por decidirse:

—Se trata del asunto de la alemana —dijo—. Hoy es día veintiséis, y mañana caerá por aquí.

Milca daba la impresión de estar muy preocupado y don Camilo no acababa de comprender la razón:

—Es desde el cuarenta y seis que la alemana viene cada veintiocho de marzo. Deja que caiga por aquí también este año.

Milca meneó la cabeza.

—Usted no lo puede entender porque no sabe cómo están las cosas, padre —rezongó Milca.

En realidad, don Camilo sólo sabía lo que todos sabían en el pueblo.

Una historia que había empezado a finales de septiembre de 1943, cuando un presidio alemán se había instalado en el pueblo, y de la pequeña guarnición formaba parte el sargento Fritz, encargado de la intendencia, de los suministros de carburante, de los alojamientos y otras cosas por el estilo.

El sargento Fritz se había alojado en casa de Milca, en la Torretta, una finca poco distante del pueblo, entre la carretera provincial y el torrente Stivone.

Milca, entonces, tenía treinta años, pero lo habían dejado en casa por la pierna mala y, más que nada, porque —aunque medio tullido— era el único hombre válido a efectos de llevar la finca. La mujer de Milca era una mujer que estaba bastante delicada, y su hijo, a pesar de estar más sano que un roble, aún no había cumplido los once años.

Toda la familia de Milca era ésa y no se pueden dejar fincas abandonadas, en tiempos de guerra, cuando la agricultura se convierte en algo tan importante como la industria y, tal vez, hasta más y todo.

El sargento Fritz era un buen hombre de unos treinta años y hacía la guerra como otro hubiera hecho de mozo de almacén o de contable. Como buen alemán tenía debilidad por el vino italiano y, cuando se echaba al coleto un poco más de lo debido, sacaba de la cartera la fotografía de una hermosa

mujer rubia de unos veinticinco años y de un precioso niño rubio de unos diez meses y se ponía a llorar.

El sargento Fritz se encontraba muy a gusto en casa de Milca, y Milca y su mujer lo trataban como si fuera de la familia, porque, además de ser un buen diablo, el sargento Fritz llevaba el control del avituallamiento y no volvía nunca a la Torretta con las manos vacías.

El sargento Fritz se quedó en casa de Milca hasta el 28 de marzo de 1945.

La noche del 28 de marzo de 1945, el sargento Fritz no volvió a casa y, la mañana siguiente, lo sacaron de las aguas del Stivone, cerca de Brugello.

Pero no había muerto ahogado, porque tres balas salidas de una P 38 le habían atravesado la cabeza de parte a parte.

Eran los días en que los partisanos se movían mucho y el sargento Fritz había tropezado con una patrulla de partisanos.

Acabó la guerra y, el día 28 de marzo de 1946, llegaron a la Torretta una mujer joven rubia y un niño rubio. La mujer sabía cuatro palabras de italiano. Milca sabía cuatro de alemán y, así, consiguieron entenderse perfectamente.

—Soy la viuda del sargento Fritz —explicó la mujer—, y he venido a poner unas flores en la tumba de mi marido.

Milca la acompañó al cementerio y la mujer dejó sus pobres flores al pie de la rústica cruz de madera en la que estaba escrita la historia del sargento Fritz:

FRITZ HAUSER
3-2-1925 28-3-1945

Milca y su esposa hicieron que la mujer y el niño se quedaran una semana en su casa. Y la alemana habló de las tremendas dificultades por las que atravesaba Alemania, de lo terriblemente difícil que le había sido poder llegar desde Alemania hasta el pueblo de Milca. Pero, sobre todo, habló de Fritz.

Y contó que Fritz le había escrito cosas conmovedoras sobre Milca y su familia, y puntualizó que sí, que había venido a poner unas flores en la tumba de Fritz, pero también y, sobre todo, por la deuda de gratitud para con ellos.

Para agradecer a Milca y a su mujer todo lo que habían hecho por Fritz.

—Para venir hasta aquí —explicó la alemana— he tenido que vender todo el poco oro que tenía y que era nuestra única riqueza. Pero espero poder encontrar un trabajo y así poder ahorrar para volver también el año que viene para llevarle flores a Fritz y saludarles a ustedes.

Mantuvo la palabra y al año siguiente volvió. Y volvió cada año. Puntualmente, cada veintiocho de marzo aparecía en la Torretta con su niño y

se quedaba allí una semana. En el pueblo todos conocían ya a la alemana rubia y su historia. Y todos, cuando la encontraban, saludaban amistosamente a la alemana porque, además, era una muchacha muy guapa. Una belleza de esas abundantes, sustanciosas, de esas que impresionan en la Tierra Baja, donde se da mucho peso a la cantidad.

Don Camilo miró extrañado a Milca:

—No entiendo qué tiene de especial —murmuró—. Aunque ahora estés viudo, nadie tendrá nada que decir porque la tengas de invitada una semana, porque no vives sólo en casa, sino con tu hijo y con esa especie de cabo de vara de su mujer. Y, además, oye: cuando la alemana vino el año pasado, tu mujer, que en gloria esté, ya se había muerto. ¿Qué ha pasado de nuevo desde el año pasado hasta este año?

Milca vaciló, antes de responder. Al fin dijo con decisión:

—Ha pasado que no quiero volverla a ver.

Don Camilo se encogió de hombros:

—Milca, ¿y qué tengo yo que ver? ¿Por qué vienes a contármelo precisamente a mí? ¡Si se te ha vuelto antipática o que sé yo, escríbeselo!

Parecía que a Milca le estuvieran royendo las entrañas, se notaba sólo al ver cómo le daba vueltas y más vueltas al sombrero entre las manos.

—Hasta que vivió mi mujer —musitó— me podía desahogar con ella. Pero ahora ¿con quién vacío el buche? Padre, ¿cuando paso el mal rato a quién puedo contarle mis cuitas?

Ahora ya se había abierto el grifo y don Camilo dejó que Milca se despachara a su gusto.

—Padre —explicó Milca—, usted lo sabe: entonces yo estaba comprometido con los de la resistencia y me habían confiado la radio para transmitir los mensajes. Tenía el aparato en la cochera, escondido debajo de un barril. La noche del veintiocho de marzo del cuarenta y cinco, Fritz me pescó…

—¿Fritz te pescó? —balbuceó don Camilo.

—Sí. Todo había transcurrido como las otras veces que tenía que transmitir. Al acabar de cenar dije: «Me voy a hacer una partida con los Ronchini». «Buena suerte», me contestó Fritz como de costumbre. Salí, me encaminé a través de los campos, luego, al llegar junto a la haya, me quedé allí durante un cuarto de hora y luego volví hacia casa. Detrás de la cochera había una puertecita que sólo yo conocía; entré en la cochera y, tras sacar el

transmisor, empecé a trabajar. Lo había hecho más de cien veces, sin que me pasara nada. Aquella noche pasó lo peor que me podía pasar. Fritz entró y me encontró con las manos en la masa…

Milca se interrumpió y se secó el sudor que le empapaba la frente.

—Se encendió la luz —continuó—; yo me volví y me encontré ante Fritz. Me miró con unos ojos que no parecían los suyos… ¡«Traidor»!, me dijo llevando la mano a la culata de la pistola… Yo tenía la P 38 allí, lista para disparar, cargada… Disparé antes que Fritz desenfundara la pistola… ¡Maldita guerra!…

Milca volvió a secarse el sudor de la frente.

—Si no me hubiera llamado «traidor», quizá no habría disparado… «Traidor»: me pareció el motivo de mi condena a muerte… Ya era de noche. Llovía. Me lo cargué a hombros y lo llevé hasta la orilla del Stivone. Lo eché al agua. El Stivone tenía una crecida y se lo llevó río abajo, a tres kilómetros, donde lo encontraron. Nadie supo nada. Nadie sospechó nada. Sólo lo sabía mi mujer. Y ahora mi mujer está muerta.

Don Camilo rumió en silencio la historia que había escuchado, luego murmuró:

—Milca, ¿qué quieres que te diga? ¿Quieres que te felicite por ser un benemérito de la resistencia, o quieres que te maldiga por haber asesinado a un hombre? Es una cuestión que tienes que ajustar con tu conciencia.

—¡Por eso he venido a verlo! —exclamó Milca—. Padre, yo no pienso en la resistencia, ni en las exigencias de la guerra ni en cosas así. Aunque me concedieran una medalla, yo no podría dejar de pensar que he matado a Fritz. Este pensamiento no me deja dormir. Padre, la primera vez que vi aparecer ante mí a la alemana, cuando la oí darme las gracias por lo que había hecho por su marido, me sentí morir de vergüenza y de asco. Padre, yo le he matado al marido y ella viene a buscarme y a darme las gracias. Y el niño, al que le he matado al padre, ¡me hace caricias y me llama tío Milca!… ¡No! No se puede seguir así. Yo no puedo vivir cincuenta y una semanas al año esperando con horror la que hace la cincuenta y dos. No quiero ver más a esa mujer. No quiero que se me desgarre el corazón. Usted no se imagina lo que vengo sufriendo desde hace diez años.

—Me lo imagino —dijo don Camilo—. Y estoy contento de que sufras porque esto significa que tienes conciencia.

—Sí, tengo conciencia —gritó excitado Milca—, y por eso he venido a verlo… No, no he venido a pedir consuelo: podrá usted decirme todo lo que quiera, pero yo sé que he matado a Fritz, y son los hechos los que cuentan.

Tiene usted que ayudarme con la alemana. ¡Yo no tengo el valor de hacerlo, pero usted se armará de valor y se lo contará todo!

Don Camilo abrió los ojos desorbitadamente:

—¿Yo?…

—Sí. Usted. Llega pasado mañana. Usted le hablará y le contará toda la historia… No es justo que me dé las gracias por lo que he hecho por su marido. ¡No es justo que me considere un amigo! ¡Es un afecto robado! ¡Traicionado! Tiene que saber que yo he matado a su marido: y tiene que decírselo también a su hijo. Así dejará de venir. Así acabará esta tortura.

Don Camilo sacudió la cabeza.

—No, Milca: eres un hombre de conciencia; si de verdad te pesa lo que has hecho, no tienes que eludir el sufrimiento. ¡No basta con arrepentirse: hay que pagar! Si ver a esa mujer aumenta tu sufrimiento, agradécele a Dios que te permita verla. Y además, ¿por qué quieres hacerle daño a esa mujer? ¿No te basta con haberle matado al marido?

Milca agitó los brazos:

—¡Yo no quiero hacerle daño!

—Sería hacerle daño. Esa pobrecilla confía en ti, te considera como a alguien de la familia. ¿Y tú le quieres quitar hasta su última ilusión? Milca, muchas veces una persona confía aún en la humanidad porque aún confía en *un hombre*. Si su presencia te hace sufrir, mejor. Deja las cosas tal como están. Yo rezaré por ti.

Milca se fue y don Camilo se precipitó a la iglesia a rezar por el pobrecillo.

Mas fue una extraña oración.

«Jesús —dijo don Camilo al Cristo del altar mayor—. En este cochino país hay decenas de millares de personas que han asesinado a otras decenas de millares de personas y, ¡no sólo no se arrepienten, sino que se vanaglorian! Y pretenden medallas por esas matanzas, y pretenden convertirse en diputados, senadores, directores de grandes empresas… ¡Y pretenden que sus retratos se impriman en los libros escolares! Aquí, por el contrario, tenemos a un pobrecillo que sí que ha matado, pero que hace diez años que está sufriendo todas las penas del infierno. ¡Y no podemos ayudarle! ¡No podemos echarle una mano! No podemos decirle: "Milca, Fritz, cuando te encontró manejando el transmisor, te trató de traidor. ¡Pero tú también habrías podido llamarle traidor porque, mientras tú por las noches estabas en la cochera trabajando para la resistencia, tu mujer, ayudada por el sargento Fritz, trabajaba para el Eje[2] y no resistía un cuerno!…". No, Señor, no podemos decirle esto a

Milca, porque aquella santa mujer de su esposa me lo confesó en trance de muerte y nadie puede violar el secreto de confesión… Señor, todo ello está bien: ¿pero es justo?»

«Sí, don Camilo —respondió el Cristo crucificado—. Las culpas de la mujer no pueden aminorar la gravedad de las culpas del marido. Que cada uno expíe la suya».

Llegó el 28 de marzo y llegaron la alemana y el alemanito. Don Camilo, en cuanto lo supo, inmediatamente fue a la Torretta, y Milca, al verle aparecer en la era se sintió aliviado.

Era un hermoso día soleado y, mientras el alemanito se quedaba a jugar con el perro en la era, don Camilo, Milca y la alemana fueron a echar una ojeada a los campos que estaban despertando del largo letargo invernal.

—Usted muy pálida —dijo de sopetón don Camilo a la alemana.

—Yo trabajar dentro fábrica, vivir en gran ciudad con mucho humo —explicó la alemana.

—¡Malo! —exclamó gravemente don Camilo—. ¿Y usted todos los años hacer grandes sacrificios para venir aquí?

—¡Pequeño sacrificio! —contestó sonriendo la alemana.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Más cómodo venir a vivir aquí, cerca de Fritz. Contento también Fritz.

La alemana lo miró desconcertada.

—¿No gustar aquí? —preguntó don Camilo.

—¡Muchísimo! —exclamó la alemana—. Italia maravillosa. Pero yo tener allí casa y trabajo.

Don Camilo se volvió e indicó la bonita casita de Milca:

—¡También aquí tener casa, también aquí tener trabajo!…

Don Camilo no estaba hecho para estas cosas y, cansándose de jugar con las palabras, disparó:

—Usted casarse con él, él casarse con usted; yo casarlos a los dos. ¡Todos contentos y en paz!

La alemanota tenía treinta y seis años, pero sabía aún ruborizarse y aprovechó la ocasión.

Milca, que tenía cuarenta y dos y ya no podía sonrojarse, palideció.

Don Camilo, que jamás en toda su vida había hecho de casamentero, se sintió muy cohibido.

—Bien —masculló—. Ustedes pensar. Después, cuando decidido, venir. Yo siempre en despacho. *Guten aben*.

Y se fue.

Se ve que los dos se lo pensaron: tanto es así que tres días después Milca llegó a la rectoría y dijo:

—Bien; tal como usted quiere, padre: nos casamos.

—Puntualicemos: os casáis *tal como queréis vosotros*.

Milca suspiró.

—Esperemos que el verla siempre a mi lado no agrave mis cuitas internas. El remordimiento…

—Milca —le interrumpió don Camilo—, no nos confundamos. Respecto a Fritz las cosas no cambian: tú le has quitado la vida que no le puedes devolver y tu culpa sigue siendo la misma. E igual permanece tu caso de conciencia. En cambio, respecto a la mujer y al chiquillo, las cosas son profundamente distintas, puesto que a ella le has quitado un marido y se lo vuelves a dar, y a él le has quitado un padre que le vuelves a dar. No hay que confundir las dos vertientes.

—¡Dios mío, buena me ha caído! —exclamó Milca.

—Y tú que lo digas —afirmó categórico don Camilo.

La parte de Diego

La historia de Minta de la Casa Roja es larga porque es la historia de medio siglo de trabajo duro, pero lo esencial del caso se puede contar en un abrir y cerrar de ojos. Minta, a los veintidós años, se había encontrado sin familia, con un poco de dinero y con un montón de ideas.

La primera de ellas era la de hacerse una familia; la segunda, la de hacerse un patrimonio; por eso se casó y se compró los *Arenales*.

La mujer era una mujer normal y corriente que no vale la pena ni mencionar. De los *Arenales*, en cambio, sí que vale la pena hablar, porque se trataba de una franja de tierra sin cultivar entre la pared maestra del dique de contención y el río grande: una maldita rastrojera que sólo al mirarla estremecía de melancolía.

Minta la consiguió por poco, o casi nada, porque era terreno ribereño baldío, y mientras todos lo compadecían por su locura, construyó como pudo una casa en medio del erial y la pintó de rojo.

Luego comenzó su dura batalla con el arado, y la gente se preguntaba qué gusto podía encontrar Minta en revolver arena. Pero la tercera idea de Minta era la de sacar la tierra grasa que estaba debajo de la arena y, por eso, araba de modo que los terrones quedaran de pie, sin revolverlos. Así la arena se escurría para abajo, al fondo del surco, y la tierra, seguidamente, al deshacerse, la cubría.

Al cabo de veinte años, los *Arenales* se habían convertido en seiscientas fanegas de tierra bendita, y la Casa Roja ya no estaba sola, sino que tenía a su alrededor las casas de los trabajadores, establos, pocilgas, almacenes, gallineros, etc. Y ya no era la barraquita de entonces, sino que se había convertido en una gran casona porque, además de Minta y su mujer, vivían en ella cinco entre hijos e hijas: Gion de dieciocho años, María de diecisiete, Gino de dieciséis, Nilde de quince y Gesco de catorce.

Mas el hijo del milagro: Diego, de un mes.

Ganado el patrimonio para él, Minta, a los cuarenta y cuatro años, empezó a conquistar el patrimonio para los hijos.

Dividió las seiscientas fanegas en seis partes y puso como finca autónoma la primera parte, construyendo en ella una vivienda con sus aledaños. Más tarde, cuando Gion volvió del servicio militar, lo casó y le entregó la nueva finca llamada *Pioppaccia*.

Luego les tocó el turno a Gino, Gesco, Nilde y María, y así Minta se encontró a los cincuenta y cuatro años solo en la Casa Roja, con la mujer y el pequeño Diego.

La finca la administraba él, claro está, y el que mandaba era sólo él; pero, a excepción de las cien fanegas anexionadas a la Casa Roja, la otra tierra la tenían que trabajar los hijos, cada uno la parte que le había sido asignada.

Toda la familia se reunía cada domingo y fiestas de guardar y, de esta manera, la familia estando unida estaba separada, y estando separada estaba unida.

Todo funcionó bien hasta el día en que el pequeño Diego, que estaba a punto de cumplir los doce años, murió.

Entonces Minta bordeaba los cincuenta y seis y era aún fuerte como un roble, pero el golpe fue demasiado duro y se volvió hosco y de pocas palabras.

La cosa se agravó cuando, dos o tres años después, la mujer fue a reunirse con Diego.

Minta se quedó solo en la Casa Roja, con una vieja sirvienta, y la reunión plenaria con la familia se hizo, desde entonces, sólo por Navidad.

El tiempo fue transcurriendo sin especiales acontecimientos y parecía como si en los *Arenales* no tuviera que volver a pasar nada. Aunque, de repente, a Minta se le ocurrió la idea de morirse.

Minta tenía setenta y cuatro años y, cuando vio que le había llegado su hora, se metió en la cama.

Acudieron todos: hijos, hijas, nueras, yernos, nietos. Todo un ejército de gente. Minta los miró uno a uno, les dio las gracias por haberse molestado, deseó buena suerte a toda la brigada y luego les ordenó que regresaran a sus casas.

—Para morir no preciso de ninguna ayuda —explicó—. Me basto yo solo.

Minta era un hombre que sabía hacerse obedecer y nadie resolló: tomaron la puerta y se marcharon de lo más mustios.

El último en salir fue Gion, y Minta lo llamó cuando llegó al umbral:

—Tú quédate, porque tengo que darte explicaciones sobre la finca.

Gion volvió sobre sus pasos y se acercó a la cama.

—En el armario hay una cajita —dijo Minta—. Dentro de la cajita hay un sobre amarillo sellado con lacre. En cuanto me muera, coge el sobre, llama a todos los demás y lee el testamento.

—¡Papá, déjelo estar! —murmuró Gion—. No es momento de pensar en estas cosas.

—¡Sí que es el momento, por el contrario! —replicó agresivo Minta—. ¡Tú cogerás el sobre y leerás el testamento a los demás, y en seguida! Quiero estar aún yo presente. Quiero salir de esta casa sólo cuando todo esté arreglado. Y todo tiene que ser arreglado tal como yo lo he dispuesto, ¿entendido?

—¡No le hemos desobedecido en vida y no vamos a desobedecerle una vez muerto! —afirmó Gion—. Tenga la seguridad.

Minta suspiró:

—De ti estoy seguro, Gion. De los otros no me fío…

El viejo había hablado demasiado y, del cansancio, se quedó adormilado. Cuando volvió a abrir los ojos buscó a Gion y lo encontró, inmóvil como una estatua, sentado a los pies de la cama.

—Gion —dijo Minta—. El cura ya ha venido, el doctor ya me ha liquidado. ¡En esta casa ya no tiene que entrar nadie más!… ¡Nadie! ¡Si hay alguien en casa, échalo!

Gion se fue a dar una vuelta por la casa y se llegó hasta el granero y abajo hasta la bodega.

Volvió con el viejo a decirle:

—Aún estaba la Gisa, pero la he mandado a dormir a casa del vaquero. Ahora ya no queda nadie.

—Está bien —respondió el viejo—. No tiene que haber jaleo cuando llegue él.

Gion lo miró extrañado.

—¿Quién tiene que venir? —preguntó.

—¡Diego! —contestó el viejo.

Gion se sentó y no hizo más preguntas. Al revés: hasta trataba de respirar despacio para no molestar al viejo.

Dieron las once de la noche y Minta se espabiló.

—Gion —dijo el viejo—, ¿te acuerdas de cuando me lo trajiste a casa?

—Sí, papá.

—Fuiste tú el que lo sacaste del río… ¿Te acuerdas qué guapo era hasta de muerto?

Para contestar que sí, Gion tuvo que hacer un gran esfuerzo. ¡Cómo no iba a acordarse de aquel momento! Le parecía tener en brazos a un angelito.

—Aún es un niño, igual que hace veinte años —dijo el viejo—. Él ha seguido tal cual como cuando el río se lo llevó.

Minta suspiró.

—Pero no se puede maldecir al río… El río da y quita… A nosotros nos ha dado la tierra y nos ha quitado a Diego… Aunque os lo ha dado todo a vosotros y sólo me lo ha quitado a mí y a aquella pobrecilla de tu madre…

—También me lo ha quitado a mí —exclamó angustiado Gion—. Cuando pienso en Diego me parece como si se hubiera muerto uno de mis hijos.

Minta asintió con la cabeza. Sabía que Diego seguía estando también en el corazón de Gion.

El viejo se había amodorrado y se quedó como si estuviera muerto una media hora. De repente, un golpe de viento abrió las persianas de la ventana y el viejo abrió los ojos y sonrió.

Entonces Gion comprendió que Diego había venido a buscar a su padre.

Era ya medianoche y todos estaban durmiendo, mas en cuanto les avisaron que Gion los esperaba en la Casa Roja, en seguida se levantaron y acudieron precipitadamente.

Cuando los tuvo a todos ante sí en la gran cocina, Gion se sacó del bolsillo el sobre amarillo sellado con lacre y dijo:

—Hago lo que me ha ordenado papá. Quiere que arreglemos la cuestión del testamento mientras aún está aquí.

Gion hizo circular el sobre y todos verificaron que los sellos estaban intactos.

El sobre fue abierto y Gion leyó en voz alta el documento:

—«Lo dejo todo a mis hijos y quiero que los bienes sean repartidos así: finca *Pioppaccia*, a mi hijo Giovanni; finca *San Donato*, a mi hija María; finca *Torretta*, a mi hijo Gino; finca *La Baca*, a mi hija Leonilde; finca *Fontanile*, a mi hijo Francesco; finca *Casa Roja*, a mi hijo Diego…».

Esto era la esencia del testamento y, en cuanto Gion hubo acabado de leer, María observó:

—Creo que no hay que discutir: cada uno conserva lo que tiene. En cuanto a la *Casa Roja* yo soy de la opinión de venderla y de repartirnos lo que saquemos…

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Nilde—. Hay que pagar los derechos reales de sucesión y vamos a necesitar liquidez.

Del mismo parecer fueron también Gino y Cesco. Pero Gion no estuvo de acuerdo:

—Aquí está escrito bien claro que la finca *Casa Roja* tiene que ser para Diego. No dice que tengamos que repartirla entre nosotros.

—¡Claro! —exclamó María—. ¡Cuando papá hizo el testamento, Diego aún vivía!

—No —le respondió Gion, enseñándole el documento—. El testamento lo escribió de su puño y letra hace dos años. Y, hace dos años, Diego ya estaba muerto, y de eso hace dieciocho años.

Nilde saltó con voz áspera:

—Esto corrobora lo que todos saben: que el viejo chocheaba desde hace cinco o seis años.

—¡Papá no chocheaba! —la contradijo, duro, Gion—. ¡Y hasta el final nos podía enseñar a vivir a todos nosotros!

Intervino Gino:

—Chocheante o no, lo que está claro es una cosa: ¡Diego está muerto y no podemos mandarle la tierra al cielo!

—¡La tierra que él necesita ya la tiene! —añadió María.

—¡Ésa también la tendremos nosotros! —gritó Gion—. Pero la tierra de la *Casa Roja* es suya y le corresponde.

Cesco, que era el más tratable de toda la familia, dio su opinión:

—Gion, el testamento de papá es sagrado y tiene que ser respetado. Dinos qué harías tú en lo concerniente a la tierra del pobre Diego.

—Sólo hay una alternativa —explicó Gion—. Nosotros administramos la tierra y la renta se la pasamos al asilo de ancianos, a la guardería, o algo así. Diego no necesita dinero, pero debe tener lo que le corresponde y disponer de ello de manera que todos le recuerden y le quieran.

—¡Tonterías! —gritó María—. La ley es la ley. Las propiedades son de los vivos, no de los muertos, y, por tanto, la *Casa Roja* es nuestra; vendámosla y repartámonos el dinero.

—De lo tuyo puedes disponer como tú quieras —añadió Nilde—. Pero de lo nuestro disponemos nosotros. Y como la mayoría ha decidido vender, venderemos.

Gion no podía coger la escopeta y matarlos a todos. Tuvo que rendirse.

No se quedó allí a discutir; cogió el sombrero y se fue. Mas antes de cruzar la puerta se volvió y gritó:

—¡Dais asco! ¡Robarle lo suyo a un niño de doce años!

Minta fue llevado al cementerio y, el mismo día, Gino, Cesco y las dos hermanas empezaron las gestiones para vender la *Casa Roja*.

Mas, dos días después, las gestiones, que ya llegaban a buen puerto, fueron interrumpidas.

El gran río había empezado a hacer de las suyas y cuando el gran río se despierta, nunca se puede saber cómo va a acabar la cosa.

Y acabó mal, porque el gran río hizo una de sus bromas más pesadas.

Hundió la pared de contención en cierto punto de los *Arenales* y entró a dar una pasada por la tierra del difunto Minta.

No causó grandes daños; al ver que todo marchaba bien se retiró en seguida. Pero no abandonó toda la tierra.

El gran río había hundido el dique que protegía la parte de tierra de la *Casa Roja* y se llevó una porción de ella.

El gran río, de vez en cuando, tiene estas incongruencias: quita sitio de un lado para darlo a otro.

Empobrece a fulanito para enriquecer a menganito.

El río cavó profundamente la parte de tierra de la *Casa Roja* y se lo llevó todo.

¿A quién habrá ido a parar la tierra de la *Casa Roja*? No se sabe. Pero un hecho es cierto: Diego tuvo su parte y la compartió con quien quiso.

La verja cerrada

La carretera provincial despliega su brillante cinta de asfalto por encima del dique de contención, y sigue el tranquilo y extendido curso del río grande. Pero los caminos que se entrecruzan con la provincial, a pesar de discurrir por un terreno tan liso como una mesa de billar, son sinuosos y tortuosos, con curvas cerradas, violentas.

Caminos inaceptables para el ciudadano alienado por la manía de la velocidad, aunque lógicos, necesarios para quien trabaja la tierra y es, por eso, celoso de la unidad de su finca.

La Carretera Cuarta es uno de esos fantasiosos ex caminos rurales que, saliendo del pueblo principal, a pocos centenares de metros de la provincial, después de un tortuoso recorrido de seis o siete kilómetros, desemboca en la provincial, poco más de kilómetro y medio más abajo del pueblo principal.

En su último trecho, la Carretera Cuarta discurre paralela al río y a la provincial; después, a un kilómetro del dique, hace un recodo en ángulo recto, y arremete contra el dique sobre el que rápidamente se encarama.

El *Cantone* está plantificado justo allí, en la parte interna de la curva, y la carretera bordea dos lados del edificio.

Es imposible imaginarse una curva más ciega y más maldita que la del *Cantone*; porque, a pesar de ser secundaria, la Carretera Cuarta pone en comunicación con el pueblo principal, y con la provincial, además de a un montón de fincas, también al núcleo de la aldea de Torricella, y está bastante transitada.

La era del *Cantone* se extiende a lo largo del trozo de carretera que parte de la esquina sudoeste de la casa, y sigue decidida hacia levante. La era del *Cantone* es, pues, un rectángulo de tierra batida que tiene del lado oriental el cobertizo y el acceso al camino de carros; del lado meridional, la carretera; del lado occidental, el edificio de la vivienda y, al norte, enfrente de la carretera, las edificaciones del establo y del granero, comunicadas con la vivienda por la puerta trasera.

Naturalmente, la verja está junto a la puerta trasera y, por eso, pegada a la esquina sudeste de la edificación.

Todo este despliegue de puntos cardinales es para explicar la cosa más trivial del mundo: si un desgraciado —en el buen sentido— sale distraído del *Cantone* y si, al mismo tiempo, otro desgraciado, en el mal sentido, llega en coche a toda velocidad a la maldita curva, lo más natural es que los dos desgraciados acaben mal.

Eso es lo que ocurrió y por lo que se cerró la verja, quedando cubiertos los barrotes por una parra.

Marchino Stocci había heredado el *Cantone* de su padre, tras haber trabajado duramente las tierras del *Cantone* junto a su padre. Ahora salía adelante con la ayuda de su mujer y de un asalariado.

Marchino rondaba ya los cuarenta, pero como había tardado en casarse, la mayor de sus tres hijos, Gisa, apenas tenía más de doce años.

Con una situación familiar semejante y con tanta tierra que trabajar, no tenía nada de raro que Marchino fuera, en la práctica, un hombre más bien nervioso y difícil de tratar.

Perdía el control con facilidad y, si los niños le molestaban, no tardaba en repartir pescozones que hubieran sido más bien duros incluso para muchachitos fornidos.

Los dos varones, uno de ocho y el otro de diez años, aceptaban las cosas muy deportivamente y su única preocupación era la de mantenerse fuera del alcance de los mamporros paternos. Gisa, en cambio, más sentimental y menos práctica, a base de soplamocos y de malas palabras, había llegado a cogerle un miedo tremendo a su padre.

Gisa era una niña delicada y, cuando su padre le maltrataba en presencia de extraños, sufría una barbaridad.

Y parecía como si Marchino disfrutara maltratándola precisamente cuando había gente en casa o en la era.

La última vez que Marchino maltrató a su hija fue justo en la ocasión en que la era estaba llena de gente para la trilla.

Mal asunto, aquel año: el invierno había sido asqueroso y el escaso trigo recogido no daba para nada. Stocci estaba negro; de vez en cuando iba a meter la mano en el saco debajo de la salida de la trilladora, sacaba un puñado de grano y lo volvía a tirar dentro del saco blasfemando.

Para acabar de arreglarlo, la mejor vaca estaba mala y el veterinario no se dejaba ver.

Los dos chicos, en vista de la situación, habían desaparecido: Gisa no se había podido largar porque había trabajo también para ella y se afanaba en llevarles de beber a los que trabajaban en la máquina.

El veterinario llegó justo a eso del mediodía, cuando los hombres de la brigada estaban a punto de sentarse a la mesa y reinaba un maldito barullo. Visitó a la vaca enferma, escribió una receta y explicó a Stocci:

—Ahora la farmacia está cerrada. A las tres, cuando abran, mande a buscar esto. A las cuatro volveré para ponerle la inyección.

Mientras los hombres de la brigada comían en el largo zaguán fresco, Stocci se retiró un momento a la salita: se había acordado de que el farmacéutico había mandado ya la nota hacía un mes y le pareció que lo apropiado era aprovechar la ocasión para pagarle.

Encontró el sobre amarillo con la nota. Eran cuatro mil quinientas liras; con diez mil podría pagar la nota antigua y lo de ahora.

Puso la receta del veterinario en un sobre azul claro que encontró allí, a mano, junto con el billete de diez mil. Después pensó que era innecesario complicar las cosas y lo metió todo dentro del sobre amarillo del farmacéutico junto con la nota por pagar.

Era un día bochornoso y los de la trilladora querían acabar rápido porque tenían otros compromisos. Stocci apenas tuvo tiempo de tragar un bocado de algo y media botella de vino, que ya había vuelto a reanudarse el trabajo.

A las dos y media, cuando las últimas gavillas estaban a punto de ser tragadas por la trilladora, Stocci se acordó del veterinario y de la vaca y llamó a Gisa:

—Coge el sobre amarillo que está encima de la mesa de la salita y ve corriendo al farmacéutico. Dale el sobre y espera. ¡Date prisa!

Gisa fue a buscar el sobre y se puso en camino llevando la bicicleta de la mano, tal como su padre y su madre le habían dicho más de mil veces que tenía que hacer.

Salió por la verja y, llevando siempre la bicicleta de la mano, se encaminó por la carretera hasta llegar a la maldita vuelta que tapaba la casa.

Luego se montó en el sillín y se dirigió al pueblo por la carretera más corta, la del dique.

Cuando Gisa regresó del pueblo, habían acabado de trillar y, mientras los mecánicos preparaban la trilladora y la empaquetadora para irse, los del equipo de la era se refrescaban el gaznate con unos vasos de vino.

Llegó Gisa con el paquete atado al manillar. Stocci estaba en el granero encima de la puerta trasera y se asomó al hueco:

—¿Está todo? —preguntó a Gisa.

—Sí.

—¿Cuánto te ha devuelto de cambio?

La chiquilla lo miró extrañada.

—¿Qué cambio? —musitó.

—¡El cambio de las diez mil liras que había dentro del sobre! —gritó Stocci.

La chiquilla meneó la cabeza:

—En el sobre sólo había dos hojas. No había dinero.

Que no se toque a un campesino en asuntos de dinero. El campesino ve poco dinero, y el poco que ve, le ha costado un esfuerzo enorme.

Antes arrancarle una oreja al campesino que tocarle su dinero.

Stocci lanzó un alarido:

—¡Que no había dinero! ¡Si lo he puesto dentro yo! ¡Lo has perdido, vagabunda!… ¡Si no lo encuentras, te mato!

No tenía bastante con gritar: la rabia hacía que las venas se le hincharan y que se le nublara el cerebro.

En el hueco de la abertura estaba apoyada la escalera de madera que servía para llevar arriba los sacos de grano.

Stocci, gritando, empezó a bajar rabiosamente por dicha escalera; pero Gisa, con el corazón encogido de miedo, no esperó a que su padre llegara hasta el suelo.

Saltó a la bicicleta y apretó desesperadamente los pedales, dirigiéndose hacia la verja.

El padre la persiguió enfurecido, pero Gisa ya estaba lanzada: atravesó el portal de la verja y alcanzó la carretera.

Había gravilla en la carretera, y al girar repentinamente a la derecha la bicicleta patinó y fue a parar totalmente a la izquierda, junto a la cuneta.

La camioneta llegaba a toda velocidad y, al salir de la maldita curva, se encontró delante del radiador a Gisa.

No pudo evitar matarla.

Allí, a los pies de su padre.

Por eso, Stocci cerró la verja. La bloqueó con una gruesa cadena y un gran candado cuya llave se guardó en el bolsillo.

Por allí ya no iba a pasar nadie más.

El camino de carros, que corría paralelo a la carretera saliendo de la era, a cincuenta metros de la casa, fue conectado con la carretera.

La parra, que al principio se limitaba a cubrir los pilares, se fue enredando también por los barrotes de la gran verja de hierro.

Stocci, después de pasarse un mes desvariando, se calmó.

Era el mismo de antes, pero ya no gritaba. Dejaba que de los chicos se cuidara la madre.

Uno de los pilares de la verja está pegado a la esquina de la casa; del otro, arrancaba el seto que separaba la era de la carretera; junto al pilar no adosado a la pared hay un gran álamo, y Stocci, en verano, se sentaba en la era, a la sombra del álamo, a mirar la verja cerrada; y por entre los barrotes y las hojas de la parra veía la carretera blanca y desierta, acribillada por el sol.

Era una tarde de agosto: el bochorno se abatía sobre los campos de la Tierra Baja; la gente dormía y todo era silencio y soledad.

Stocci, sentado en el taburete a la sombra del gran álamo, miraba la verja cerrada.

Y de repente alguien llegó en bicicleta y se paró en la carretera, delante de la verja.

Stocci no distinguía bien a la persona por las hojas que se espesaban en lo alto de la verja.

Entonces se puso de pie, se acercó a la cancela. Y era ella, Gisa. Y lo miraba con sus grandes ojos azul claro.

Stocci buscó en el bolsillo del chaleco y encontró la llave. El candado estaba oxidado y le costó abrirlo. Luego tuvo que bregar para arrancar los sarmientos de la parra; pero Stocci estaba enfebrecido y consiguió abrir la verja.

—Entra —dijo a Gisa.

Gisa meneó la cabeza.

Luego volvió a montarse en la bicicleta y se dirigió hacia el recodo maldito.

Stocci se quedó como atontado sobre el puentecillo, hasta que no la vio tomar la curva. Entonces le entró el ansia.

Volvió a entrar en la era: su bicicleta estaba allí, apoyada contra una columna del cobertizo. Se fue corriendo a cogerla y se montó en el sillín. Empezó a pedalear desesperadamente.

Salió disparado por el portal de la verja, como había hecho Gisa aquella vez. Patinó por culpa de la gravilla al girar a la derecha y aquel condenado que llegaba en coche se encontró delante del radiador a Stocci y lo dejó allí clavado.

Eran más o menos las dos de la tarde. La vieja Antonietta, que padecía insomnio y que, en aquella agobiante tarde de agosto, era la única que estaba despierta, juró que a las dos y unos minutos había visto pasar por delante de su casa a Stocci y a Gisa en bicicleta.

Iban uno al lado de la otra, como todos los ciclistas, y de vez en cuando se miraban y sonreían.

Cuentos, claro está.

Pero dentro del compartimiento secreto de la cartera de Stocci encontraron un sobre azul claro que tenía dentro un billete de diez mil liras.

Aquel condenado billete de diez mil que Gisa no había podido perder porque su padre se había equivocado con los sobres y no se lo había dado.

Esto no son cuentos, y la viuda de Stocci dio el billete de diez mil a don Camilo:

—Para misas.

—¿Por el alma de quién?

—De los dos, padre.

Así lo estableció la viuda de Stocci, e inutilizó la verja haciéndola soldar.

Y la parra prosiguió su trabajo interrumpido.

Viaje de novios

Giacomone había vivido sus buenos cuarenta años sin habérsele pasado por la imaginación ser un bárbaro mal criado y, cuando se lo dijeron, le sentó mal.

Giacomone estaba fabricado con el mismo molde y con los mismos materiales empleados por aquel que había puesto en el mundo a Peppone y a don Camilo: se trataba, pues, de un hombre rústico, de esos que hay que reformar por excedencia torácica, con dos manos tan grandes como palas, y dos hombros capaces de aguantar una arcada del puente de Placencia.

Se ha perdido el molde de esos hombres en el campo, porque el progreso ha inculcado en los campesinos la manía de la ciudad, y, por eso, hasta las campesinas menos agraciadas han dejado la producción del tipo de uso local y buscan desesperadamente la del tipo ciudadano de exportación.

También en lo concerniente a su parte interior, Giacomone estaba hecho a la antigua, sin complicaciones: un motor con brío y honrado como el del 18 BL; un motor que daba magníficamente sus prestaciones sin necesidad de todos esos interruptores, manómetros, relojes, botones, mandos, palancas y otras infinitas y malditas porquerías eléctricas, hidráulicas, etc., que constelan hoy los salpicaderos de todo coche moderno.

Giacomone no padecía ningún complejo; ni ese condenado complejo de caballero que vuelve insoportables a las personas cabales y que las induce a cometer tantas barbaridades.

Todo esto, para explicar que cuantos conocían a Giacomone lo estimaban por buena persona, y que Giacomone vivía tranquilo creyéndose lo que decía de él la gente.

Y también para explicar qué duro golpe recibió Giacomone el día que le explicaron que él no era una buena persona, sino un sinvergüenza y un incivilizado.

La cosa sucedió en 1945, durante el período en que, acabados los desmanes de la guerra, comenzaban los desmanes de la paz y nuestro estrafalario país estaba lleno a rebosar de libertadores de toda clase y ralea.

Giacomone, que había pasado los largos años de la guerra simplemente intentando hacer funcionar más o menos bien su pequeño mesón, declarada la paz, continuó en afanarse honradamente para mantener el negocio en pie.

Aquel día había salido al alba, en bicicleta, para ver si se hacía con algunas aves y, tras haberse tragado un montón de kilómetros, había encontrado en Castelletto dos pavos y dos capones.

En cuanto hubo pagado lo que tenía que pagar, Giacomone cargó con la mercancía y partió a toda velocidad hacia su casa.

Pedaleó sin tropiezos un buen rato y luego, al llegar al puente del Stivone, lo pararon.

Eran cuatro de la policía militar inglesa y, para parar a Giacomone, pusieron el mismo interés como si se hubiera tratado de un tanque.

El de mayor graduación conseguía dar a entender que comprendía el italiano y fue él quien se enfrentó con Giacomone: se le plantó delante e, indicando los capones y los pavos que colgaban atados por las patas, de dos en dos, del manillar de la bicicleta, preguntó ceñudo:

—¿Qué es esto?

—Éstos son pavos —explicó Giacomone— y éstos son capones.

—¡Y tú eres un cerdo! —gritó el militar, propinándole una bofetada en la cara a Giacomone.

Parecía como si los otros no esperaran más que esa señal: se lanzaron bramando sobre Giacomone y lo llenaron de puñetazos, patadas y golpes.

Giacomone no se movió ni un milímetro: se quedó allí agarrado al manillar de la bicicleta intentando simplemente encoger lo más posible la cabeza entre los hombros para protegerse la cara.

El de más graduación se había reservado la cara de Giacomone para él, como trabajo de concepto, y, pronto, Giacomone, tuvo la cara ensangrentada.

La fiesta duró hasta demasiado, y los cuatro pararon sólo cuando se cansaron. Giacomone lloraba de rabia: se trataba de cuatro mequetrefes y, si hubiera podido moverse, Giacomone los habría arrojado todos al Stivone, junto con su *jeep*. Pero ¿cómo puede uno rebelarse contra la policía inglesa?

Giacomone sacó el pañuelo de la faltriquera y se secó las lágrimas y la sangre. En su cabeza le bullía todo un temporal y no conseguía comprender la causa de aquel trato infernal.

Intentó explicar que no había robado las aves, que las había comprado en tal sitio, a tal campesino.

Enseñó el recibo, pero el graduado se lo arrancó de la mano, rompiéndolo y tirándolo.

Luego, gritando, le explicó que sólo el cerdo más miserable que jamás cochina marrana haya parido, habría tratado de forma tan bárbara a cuatro criaturas de Dios.

Giacomone seguía sin entender.

Giacomone había comprado dos pavos y dos capones, los había pagado y, atados de dos en dos por las patas, los había colgado, dos a un lado, y otros dos al otro lado del manillar.

Dijo que siempre lo había visto hacer así.

—Aquí estamos nosotros para enseñarte civismo —le respondió el de mayor graduación, tras haberle hecho callar de una bofetada.

Después le ordenó sacar a los animales de allí y ponerlos tal como un hombre civilizado los habría colocado para no hacerlos sufrir inútil y bárbaramente durante el transporte.

Giacomone desató con mano temblorosa los nudos y soltó a los animales, intentando apretarlos contra su pecho para evitar que se escaparan; pero, como era natural, también los dos pavos y los dos capones de Giacomone, apoyados por la ayuda inglesa, se sintieron águilas.

Y así, con la traba de la bicicleta, dolorido por los golpes recibidos, el pobre tuvo que renunciar a la lucha.

Nunca se había visto capones y pavos escapar más de prisa y jamás, creemos, nadie se ha divertido tanto como se divirtieron los cuatro ingleses de la policía militar.

Giacomone se había quedado allí alelado; el graduado, entre carcajada y carcajada, le ordenó circular. Y como Giacomone parecía no haberle entendido, se lo explicó con una última y vigorosa patada en el trasero.

Giacomone era un hombre razonable: estaba completamente dispuesto a admitir que no está bien llevar por el mundo animales vivos atados por las patas y boca abajo.

Pero lo que no estaba dispuesto a admitir era que, para explicarle a un hombre que no está bien tratar así a los animales, fuera lícito insultarlo y llenarlo de golpes, como si fuera el peor de los maleantes.

Intentaron explicarle que los ingleses tienen una mentalidad muy distinta a la nuestra, que en Inglaterra aún se emplea, en la enseñanza, el sistema *duro*, que, si se quiere salvar a Europa, hay que dejar a un lado la anglofobia e intentar fomentar cada vez relaciones más cordiales con Inglaterra y otras bonitas historias; Giacomone seguía meneando la cabeza y repitiendo su estribillo:

—No tengo nada contra los ingleses ni contra Inglaterra. Ni tampoco contra aquellos tres: sólo contra el graduado.

Pasaron los años, pero para Giacomone seguía siendo como si hubiera recibido los mamporros el día anterior, y cuando empezaron a llegar a Italia los turistas y algún coche extranjero se paraba en su mesón, Giacomone sentía desgajársele el corazón.

El mesón de Giacomone estaba más bien apartado: una pequeña casa aislada en una carretera secundaria que llevaba a la principal. Era difícil, pues, que un forastero se saliera de ruta para ir allí precisamente. Aun así, alguno que otro llegaba, y no lo sentía, porque en casa de Giacomone se comía tan bien que hasta lo entendían los norteamericanos.

Giacomone se sulfuraba cada vez que algún extranjero se dejaba caer por su establecimiento; pero era cuestión de pocos segundos, porque siempre se trataba de gente que no tenía nada que ver con Inglaterra. Mas una vez, a eso del mediodía de un abrasador día de agosto, mientras Giacomone seguía tranquilamente entreteniéndose en la bodega porque estaba seguro que nadie iba a ser tan loco como para aventurarse por el Sahara verde de la Tierra Baja, para ir a comer a su mesón, vio aparecer, de repente, a su mujer. Y la mujer daba miedo de lo impresionada que estaba.

—Giacomone —dijo la mujer, jadeando—, si no quieres que me muera del susto, quédate aquí… Ha llegado un coche con la matrícula GB.

Giacomone dejó caer la botella que estaba manipulando y dio un resoplido que hubiera podido inflar todos los neumáticos de un camión con remolque.

—¡Giacomone —imploró la mujer—, no hagas ninguna locura! Piensa en tus hijos.

Giacomone recuperó su presión normal.

—No tienes por qué preocuparte —dijo bastante tranquilo—. No tengo nada contra los ingleses. Sólo contra aquel maldito graduado. Los otros no tienen nada que ver.

—Son dos recién casados —explicó la mujer, calmándose—. Se ve por como se hablan y se sonríen. Ahora están sentados en la sala pequeña y están bebiendo el aperitivo. Me parece haber entendido que quieren comer.

—Ve a ver. Mientras tanto, voy a acabar con esto.

La mujer se marchó tranquilizada y, al cabo de diez minutos, volvió a la bodega.

—Sí, son dos recién casados en viaje de novios —explicó, excitada, a Giacomone—. Parecen muy señores. Él habla bastante bien italiano; dice que

quiere comer a nuestro estilo: salchichón, espaguetis, pollo a la diablesa, vino de lambrusco y cosas así.

—Hay que servirles bien —afirmó gravemente Giacomone y, descolgando un salchichón del techo, lo cortó por la mitad y lo olió.

No era perfecto. Ni tampoco resultó perfecto el segundo. El tercero era toda una obra de arte.

Referente al vino, Giacomone se fue a tiro hecho a buscar algo de la reserva especial.

—Escoge el mejor pollo y controla la cocción de la pasta al segundo; hay que demostrar a Inglaterra que no tenemos nada contra ellos.

Aquélla fue una comida extraordinaria, y cuando Giacomone, terminado su trabajo de bodeguero, apareció por la cocina, la pareja de recién casados ya estaba en el café.

—Han quedado entusiasmados —explicó muy excitada su mujer, mientras preparaba la bandeja con las tacitas y el azúcar—. Él me ha dicho que nunca había comido tan bien. Quiere la nota en seguida, junto con el café. Tienen que ir hasta Rímini.

Giacomone hizo la nota y, cuando la mujer estuvo lista, se la pasó.

La mujer miró la nota y luego miró a Giacomone.

—¡Si te has equivocado! ¡Les haces pagar como si en vez de dos cubiertos, fuera uno solo!

—Así es como se trabaja por el turismo y el entendimiento —afirmó, seguro, Giacomone—. No aceptes propina. Di que ya está incluida en el total.

Pero Giacomone no se contentó con eso: tenía que demostrarle a Inglaterra que no tenía nada en contra suyo y, mientras los dos recién casados, pagada la nota, estaban acabando de beber el café, Giacomone apareció en el comedor con una bandeja con dos copas.

Al llegar a la mesa se inclinó para saludar, y luego explicó:

—Espero que los señores hayan comido bien y quieran aceptar este pequeño obsequio de la casa.

Puso una copa delante de la señora y otra delante del marido. Y como la copa de la señora contenía sólo dos dedos de licor, mientras que la otra estaba llena en sus tres cuartas partes, creyó su deber explicar:

—Es Cordial, un poco fuerte para las señoras.

El marido tradujo y la señora sonrió.

Mientras, Giacomone, amablemente, y sin que la señora se diera cuenta, había agarrado al inglés de un brazo y le iba confidencialmente contando algo.

El inglés parecía muy interesado por lo que le decía y, de vez en cuando, levantaba la vista para mirar a la cara de Giacomone.

Mientras el marido se entretenía tan gratamente, la señora probó el licor y dio a entender con exclamaciones de alegría que se trataba de algo verdaderamente exquisito.

—¡Beba también usted, a mi salud; le sentará bien! —exclamó Giacomone, atenazándole aún más el brazo que estaba casi triturándole al inglés.

Éste se comportó como un auténtico *gentleman*: alzó la copa, se la llevó a los labios y bebió hasta la última gota.

Luego, como Giacomone había dejado de atenazarle, se levantó, saludó y se dirigió con toda dignidad hacia la salida.

Giacomone acompañó a los dos clientes de compromiso hasta el umbral; al llegar allí, saludó inclinándose y se retiró.

Naturalmente, al dejar la puerta, se fue a curiosear por la ventana.

Vio cómo la señora subía al coche y vio cómo el marido se disponía a subir, pero, de repente, se paraba desagradablemente sorprendido.

Una de las ruedas de atrás estaba completamente desinflada.

No cuesta mucho cambiar una rueda; pero requiere su tiempo. Y con aquel condenado calor, y después de una comida como aquélla, la operación no podía resultar cómoda.

Tanto más que Giacomone, no contento con haber desinflado el neumático, había apretado los tornillos de la rueda con toda su fuerza y, lo que era fuerza, le sobraba.

Aun así, se cambió la rueda y los dos ingleses volvieron a subirse al coche.

Faltan datos concretos sobre el particular y no se sabe a ciencia cierta lo que pasó; lo que, sin embargo, es cierto es que cuando el marido se sentó al volante, algo grave sucedió a juzgar por la cara de susto con que la recién casada miró al marido.

Luego el coche salió de estampida y desapareció junto con la delicada inglesita y el ex graduado, que, *temporibus illis*, en el puente del Stivone, le había enseñado a Giacomone lo bárbaro que es llevar capones y pavos vivos cabeza abajo. Y que, aconsejado por Giacomone y por las circunstancias, se había bebido un digestivo bastante distinto del servido a la recién casada.

La noche de los milagros

(UN CUENTO DE NAVIDAD)

De repente sintió un ramalazo de viento que le llevó a la nariz el olor de la nieve.

Pensamientos y recuerdos lejanos le volvieron impetuosamente a la mente y le confortaron el corazón. Aunque sólo por un instante, porque en seguida volvió a sentir en la sangre y en los mismos huesos el hielo de la angustia.

Se dio cuenta que estaba andando por la gran avenida y se paró sobresaltado: su casa estaba allí, a cien pasos.

—No te preocupes por nada —le había dicho a su mujer doce horas antes —. Yo me encargaré de todo.

Ahora, tras haberse gastado hasta la última lira en billetes de tranvía y en fichas de teléfono, tras haberse machacado a pie tantos kilómetros y haber subido y bajado tantos peldaños y llamado a tantas puertas, estaba de vuelta, más miserable aún que cuando había salido de casa.

Pasó, como un fantasma, un filobús vacío, en dirección al centro. Eran las ocho de la tarde; el lechero se asomó, miró a su alrededor y bajó la puerta metálica.

Bajaron otras puertas metálicas: a aquella hora la gente ya había comprado todo lo que podía comprar y estaba disfrutando del calor de sus casas.

El hombre se encontró solo en la gran avenida desierta: buscó en los bolsillos un cigarrillo que no encontró; luego se encaminó lentamente. Cuando llegó ante el portal de su casa, le entraron ganas de escapar. De seguir andando así hasta el final de la avenida, y luego más allá del final del filobús; pasar por debajo del puente, adentrarse en la carretera entre los campos.

Y seguir andando siempre, hasta dentro del canal, hasta que el agua le cubriera la cabeza.

Después pensó en la niña y entró.

Atravesó de puntillas el vestíbulo medio a oscuras: le daba vergüenza que le viera la portera.

La portera, su marido y los dos hijos estaban sentados a la mesa —una mesa llena de buenas cosas— la mar de atareados comiendo, y no se dieron cuenta.

El hombre ni encendió la luz de la escalera: subió con cautela y, al llegar al rellano del séptimo piso, buscó a tientas el agujero de la cerradura. «¿Qué me va a decir ella?… ¿Qué le diré a la niña?…». Este pensamiento le dejaba sin aliento y hacía que le temblaran las manos.

Mas no tuvo nada que escuchar ni nada que explicar: en casa sólo encontró oscuridad y silencio. Y, en medio de la mesa de la cocina, una hoja:

> «Me voy con los míos. Me quedaré con ellos hasta que encuentres una colocación. Hace tiempo que pensaba en dar este paso y lo doy hoy porque no me siento con fuerzas de soportar la tristeza de una Navidad de miserables. Por mí y por la niña».

El hombre se sentó y volvió a leer atentamente la corta carta. Por más que tuviera la cabeza terriblemente confusa, captaba el sentido: su mujer y su hija se habían marchado.

Se resistía a aceptar la idea de quedarse desesperadamente solo.

> «Me quedaré con ellos hasta que encuentres una colocación…».

Hacía siete años que luchaba duramente por crearse una situación. Pero si no lo había conseguido cuando su lucha tenía una finalidad, ¿cómo iba a conseguirlo ahora que le habían arrebatado todo lo que le mantenía unido a la vida?

Aunque consiguiera hacerse rico, nunca más iba a recuperar a su mujer ni a su hija.

Los Degossi habían ganado la larga batalla: habían conseguido enemistar a su mujer en contra suyo. Iban a indisponer a la niña en contra suyo, también.

Luci le quería, pero ¿iba a poder resistir una pobrecilla de ocho años contra toda la familia Degossi entera?

Los Degossi lo odiaban. Burgueses llenos de dinero y de pretensiones, habían soñado grandes cosas para los dos hijos: el varón no los había

decepcionado y se había convertido en un capitoste de la industria, coronando su carrera con una magnífica boda.

La chica se había convertido simplemente en la mujer de un pordiosero.

Lo odiaban y lo despreciaban. Cuando se enteró del asunto, Degossi padre había arremetido contra el chico como un carro de combate.

—Joven, sé quién eres y lo que buscas. Vas por el dinero. Y crees que tienes bazas porque mi hija es una niña.

—Tengo dieciocho años, igual que su hija —había objetado el muchacho.

—La edad no tiene importancia. Procura dejar en paz a mi hija o te romperé los huesos.

Pero la chica había perdido la cabeza y no quería saber nada de que la dejaran tranquila; la historia continuó.

Cuando el muchacho se fue de alumno oficial a donde Cristo dio las tres voces, los Degossi respiraron. Pero resulta que la chica se escapó para ir a vivir junto al muchacho, y a los Degossi les costó mucho convencerla para que volviera a casa.

Volvió a escaparse cuatro meses más tarde, cuando, acabado el curso, el muchacho fue enviado al regimiento.

Era el agosto del 43, y emprender un viaje era una empresa de desesperados; los Degossi, sin embargo, salieron en su busca y encontraron a la fugitiva.

Sólo que, a pesar de haber partido el mismo día de la fuga de la hija, y a pesar de haber empleado en el viaje sólo dos días, los Degossi llegaron con cuatro meses de retraso.

Y como la situación era insegura y el joven podía ser trasladado vete a saber dónde de un momento a otro, los Degossi tuvieron que dejar que la hija se casara.

Se marcharon llenos de rabia y con la firme decisión de considerar como muerta a la hija.

La boda se celebró la mañana del 8 de septiembre; tres días después, un joven entregaba a los Degossi una carta de la ex hija:

> «Gianni, caído prisionero en el cuartel pocas horas después de la boda, ha sido deportado a Polonia. Me he quedado sola, en medio del caos, sin dinero».

Los Degossi recuperaron a la hija rogando a Dios que no volviera nunca el sinvergüenza.

Luci —que entraba oficialmente en los acontecimientos el día 10 de diciembre, como hija de Gianni Maloi y como responsable del desgraciado matrimonio de la madre—, no podía ser acogida con simpatía por los Degossi; el hecho de que el padre no hubiera dado aún señales de vida, hizo que, si no grata, resultara tolerable.

El mismo Gianni Maloi, siguiendo representando el papel de desaparecido incluso después del nacimiento de Luci, se hizo menos odioso.

Pero volvió a resultar de lo más odioso el día 5 de octubre de 1945, cuando se presentó vestido como un pordiosero a la puerta de los Degossi y explicó:

—Durante un traslado en Polonia, hemos huido yo y un amigo. Mi amigo ha sido alcanzado, yo he conseguido salvarme porque los polacos me han ayudado, aunque nunca he podido hacerles llegar noticias mías.

Degossi padre no le dejó decir nada más:

—¿Qué andas buscando en mi casa?

—Quiero ver a mi mujer.

—Aquí sólo está mi hija y no quiero que la veas. Si quieres hablar con tu mujer, llévatela a tu casa.

Le dieron con la puerta en las narices y se tuvo que ir. Volvió a dejarse ver dos meses más tarde. Con lo que le había dejado una vieja tía al morir, Gianni había conseguido poner casa y venía ahora a llevarse a su mujer.

Los Degossi, antes de soltar a la hija, le hablaron claro:

—Tienes que escoger: nosotros o él. Una vez que hayas salido de aquí, ya no te reconoceremos.

> «Me quedaré con ellos hasta que encuentres una colocación…».

La había buscado desesperadamente durante siete años esa colocación; pero no había dado con ninguna buena. Había conseguido ir tirando adelante durante cinco años, cubriendo el déficit con el dinero de la herencia.

Acabados los cuartos de la reserva, habían empezado los graves problemas.

La mujer, ante las primeras dificultades, había cedido en seguida, recurriendo a sus padres.

Los Degossi esperaban esa eventualidad:

—Él o nosotros. Mientras sigas con él, no te daremos ni un céntimo.

Se dirigió al hermano y obtuvo la misma respuesta.

También ella era una Degossi y, naturalmente, intervino el orgullo: no podía rendirse y no se rindió. Pero a medida que las dificultades pecuniarias iban aumentando, aumentaba en la mujer el resentimiento hacia su marido: «Si los míos no me ayudan —pensaba—, es por culpa suya».

Y el resentimiento se iba haciendo cada vez más intenso y, en un año, llegó a confundirse, a veces, con el odio.

Superado, mal que bien, el obstáculo de las Navidades del 51, la situación se precipitó: Gianni, al sentirse pesar sobre sus hombros la hostilidad de su mujer, perdió la calma. Dejó su normal actividad, que, a pesar de suministrarle modestísimas ganancias, le permitía ir tirando y buscó ganancias más fuertes y rápidas.

Hay gente que vive de los desesperados y por eso, en un momento determinado, Gianni fue a topar con el tipo que le propuso el negocio «formidable».

Pero hacía falta cierto capital líquido: Gianni lo encontró y, al cabo de una semana, había perdido el socio y el dinero.

Naturalmente, los Degossi aprovecharon la ocasión para iniciar la gran ofensiva: escribieron cartas patéticas, enviaron emisarios a viejos amigos hábiles y de confianza.

Las palabras de la nota que Gianni seguía mirando y remirando eran pocas, pero decían todo lo que había que decir.

Decían, entre otras cosas, que los Degossi habían ganado y que Gianni era un hombre acabado.

El «salón» de casa de los Degossi estaba arreglado de fiesta: luces y flores por todas partes y, cerca de la gran mesa puesta fastuosamente y brillante de cristalería, el árbol de Navidad enorme y supercargado de minúsculas maravillas.

El árbol lo habían preparado para Luci, pero Luci, sin dejar de apreciar el amable detalle, no había perdido la cabeza ante aquel esplendor. Y todos se dieron perfectamente cuenta cuando la señora Degossi anunció que había llegado el momento de sentarse a la mesa y, tomando el mando de las operaciones, indicó los sitios a los seis invitados. Seis, puesto que, además de la hija Degossi y Luci, participaban en la ceremonia también el hijo Degossi, pez gordo, con su mujer y, también con su mujer, el hermano de Degossi y socio en los negocios del Degossi padre.

Todos se sentaron en los sitios indicados, pero cuando la señora Degossi acabó las operaciones exclamando: «… y Luci, aquí, al lado de la abuela»,

Luci no se movió de su rincón y contestó con tranquilidad:

—Yo espero que llegue papá.

Nadie esperaba una salida de aquel género y las palabras de Luci fueron acompañadas de un silencio embarazoso.

—El papá —explicó la señora Degossi— llegará más tarde. Lo esperaremos sentados a la mesa.

Luci no encontró nada que objetar y fue a sentarse a la izquierda de la señora Degossi. Pero en cuanto estuvo sentada, miró a su alrededor y se dio cuenta que algo no estaba bien:

—¿Dónde está el sitio de papá? —preguntó.

El padre Degossi tenía unas ganas locas de contestarle que el sitio del papá estaba en el infierno, pero la señora Degossi lo entendió e intervino con prontitud.

Se puso en pie, contó los cubiertos, luego hizo ver que se enfadaba:

—¡Luci tiene razón! ¡Esa liosa de Giustina ha puesto la mesa para ocho en vez de para nueve!

Giustina se llevó una buena reprimenda y trajo lo pertinente para el noveno cubierto.

—¿Dónde lo pongo? —preguntó a la señora Degossi.

—Allí, al lado de mamá —explicó Luci.

—Claro —aprobó la señora Degossi.

Cuando el noveno cubierto estuvo puesto, Luci se escapó al recibidor, donde había dejado la cartera con los libros de la escuela.

Volvió en seguida con un sobre que puso cuidadosamente entre el primer y segundo plato del noveno cubierto.

También ésta era una cosa en la que nadie había pensado; pero Luci no podía olvidarse de algo tan importante.

La carta de Navidad, para una niña de ocho años y medio, es algo esencial, algo básico.

Siguió otro largo y enojoso silencio, y nuevamente tuvo que intervenir la señora Degossi:

—¿Qué te parece, Luci, si mientras esperamos a papá vamos comiendo un poco de entremeses?

A Luci no le interesaban los entremeses: lo que la interesaba era que llegara su padre y encontrara lo que ella había escondido debajo del plato.

Visto que el comensal del noveno cubierto no se decidía a aparecer, los demás pensaron en engañar la espera volviendo a comer algo más después de los entremeses.

Y tampoco a Luci le pareció mal ir picando algo de todo aquello tan bueno. El hecho llenó de legítima satisfacción a la señora Degossi, que, inclinándose hacia la hija, susurró:

—Todo va perfectamente bien. Verás que dentro de cinco minutos ni se acordará de la existencia de aquel sinvergüenza. ¡Conozco bien a los niños!

Efectivamente, Luci, ocupada como estaba en picar las golosinas que la señora Degossi no paraba en ponerle delante, parecía no preocuparse por nada.

Pero, de repente, dijo:

—¿Puedo telefonear a Pinchi?

—¿Pinchi? —exclamó la señora Degossi—. ¿Y quién es Pinchi?

—Es el niño de la portera —explicó la madre de Luci.

La señora Degossi meneó gravemente la cabeza:

—No tiene que permitirse que una niña bien educada se trate con rapaces.

—Han crecido juntos, son compañeros de escuela desde el primer curso de básica —se justificó la madre de Luci.

—¿Puedo llamar por teléfono a Pinchi? —volvió a preguntar Luci.

—¿Y qué tienes que decirle a estas horas? —exclamó la señora Degossi.

—Tengo que darle las instrucciones para el canario —explicó Luci—. Un canario que estamos amaestrando para llevar mensajes.

No había que contrariar a la niña. Lo mejor era que la niña se distrajera.

—Bueno: llama por teléfono a Pinchi —concedió la señora Degossi.

El teléfono estaba allí al lado, encima de una mesita. Luci marcó el número con seguridad:

—¿Pinchi?… Luci… ¿Hapoiipoi vipoistopoi mipoiopoi papoipapoi?…

La niña hablaba de prisa, como si dijera una sola, larguísima, desequilibrada palabra, y Degossi padre levantó la cabeza desconcertado:

—¿Qué diablos está desvariando ésa?

—Son juegos de los chiquillos de hoy día —le explicó la hija—. Tienen una jerga especial que entienden sólo ellos.

—¡Cosas de gentuza! —murmuró sombrío el padre Degossi—. ¡No hay que dejar a una niña a merced de los desechos de la calle!

—Lo que yo le he dicho —exclamó la señora Degossi—. Hay que aislar a la niña de todos. La mandaremos a un colegio particular.

Mientras tanto Luci seguía hablando de prisa.

Pinchi escuchaba atentamente. Los suyos habían acabado de comer y, repantigados alrededor de la mesa en compañía de amigos, estaban bebiendo y hablando en voz alta.

El teléfono estaba en el rincón más apartado de la habitación y Pinchi podía hablar sin que nadie lo escuchara.

—¿Trepoi dupoiepoi otpoitopoi sepoiipoi trepoi? —preguntó de repente.

Recibida confirmación, dijo: «*Okey*!» y colgó el auricular.

Nadie hacía caso de él y Pinchi se deslizó fuera de la portería y se escabulló por la escalera.

Llegó hasta el rellano del séptimo piso con el corazón en la boca. Apoyó el oído contra la puerta de Maloi. Luego se echó al suelo y pegó el oído a las baldosas frías.

El piso de Maloi parecía desierto.

Abrió cautelosamente la ventana que daba al patio y se asomó: la puerta ventana de la cocina de los Maloi quedaba a la derecha, pero, desde allí, no se podía ver porque estaba metida un metro hacia adentro y se abría sobre un balcón que quedaba empotrado en un entrante de la pared.

Observó la balaustrada del balcón y comprobó que brillaba algo de luz sobre las pilastras de cemento.

Lo que venía a significar que la luz de la cocina de los Maloi estaba encendida, aunque no significaba que hubiera alguien en la cocina.

Y además Luci había hablado claro: «Es algo importantísimo… Ve a ver si está y lo que está haciendo y luego telefonéame».

Pinchi, además de ser un hombre, tenía un año más que Luci (había ido a la escuela un año antes y se había parado a esperarla); así que no podía tener miedo.

Desde el borde exterior del antepecho hasta el comienzo de la parte entrante había una gruesa cornisa de cemento que luego servía de borde al parapeto de la balaustrada. Y noventa centímetros más abajo había otra cornisa que continuaba luego en el espesor del piso del balcón. Pinchi no lo dudó.

Se deslizó fuera de la ventana, encontró el apoyo de la cornisa inferior, y, agarrándose con las manos a la cornisa superior, comenzó su terrible viaje.

Cuatro metros que eran como cuatro mil kilómetros porque, abajo, se abría el abismo del patio. El pozo estaba inundado de oscuridad.

A mitad del recorrido, le resbaló un pie y Pinchi pasó un mal rato; pero se recobró y llegó hasta el balcón.

Entonces pudo espiar a través de las persianas y ver con exactitud lo que Luci quería saber.

Reemprendió su sendero aéreo y, cuando el buen Dios lo recondujo al rellano, Pinchi se sintió justamente satisfecho.

Al volver a la planta baja pudo entrar en la portería sin que le vieran. Nadie se dio cuenta de que llamaba por teléfono.

Fue una llamada más bien larga, porque Luci quiso saberlo todo, de la a, a la z, y luego le dio instrucciones muy concretas para una operación delicada y complicada.

Nadie se fijaba en Pinchi, en la portería. Y Pinchi, una vez colgado el auricular, salió sin que nadie le dijera nada y tranquilamente sacó su bicicleta del hueco de debajo de la escalera.

Cinco minutos más tarde pedaleaba por la calle desierta y, de vez en cuando, tenía que levantarse del sillín y echar el cuerpo hacia adelante para pedalear con todo su peso porque el viento crudo no había cesado y le pegaba de pleno, con ráfagas imprevistas y fuertes.

Pinchi conocía bien los parajes y encontró con facilidad el camino. El hotelito de los Degossi se levantaba casi a las afueras, en un barrio señorial, y tenía a su alrededor un hermoso jardín rodeado por una verja.

Le costó una buena hora llegar.

Pinchi no había podido ponerse el abrigo para que no sospecharan nada en su casa, pero cuando se paró delante de villa Degossi, sudaba, un poco por su lucha contra el viento, un poco de miedo.

No había temblado al viajar suspendido sobre el abismo del patio y había sido una empresa arriesgada. Pero ahora el riesgo parecía mayor.

«Rapto de menor», se cita a menudo en los periódicos y se aprende que se trata de un delito grave.

Vaciló un poco, al fin se dijo: «Que Dios me ayude» e imitó el maullido de un gato. Era la especialidad de Pinchi: lo imitaba tan bien que podía hacer palidecer de envidia a los gatos de verdad.

Esperó escondido en la sombra y, tras pocos minutos, una ventanita de la planta baja se iluminó. Lentamente se abrió la hoja de la ventana y algo negro se deslizó por el alféizar.

La verja estaba rematada por largas y puntiagudas puntas; pero Pinchi estaba allí y Luci saltó el obstáculo sin tan siquiera arañarse ni un dedo.

Ahora había que largarse volando: Luci se sentó en la barra, Pinchi se montó en el sillín y partieron pitando.

Pinchi pedaleaba con todo su afán y, a mitad de camino, resoplaba como un fuelle.

—Etapa —dijo entonces Luci.

Se pararon debajo de una farola porque, a decir verdad, aquella oscuridad y aquella soledad los asustaba. Y cuando Pinchi recuperó el aliento se fue a buscar algo que había atado debajo del sillín.

—Toma —dijo Pinchi, ofreciendo la cosa a Luci.

—¿Es para mí? —preguntó Luci.

—Sí.

Luci deshizo el nudo, desenvolvió el papel de florecitas y abrió la caja. Dentro de la caja había la cosa más maravillosa del mundo: la muñequita francesa que Luci había ido tantas veces a mirar con los amigos de la pandilla.

—Es preciosa —exclamó Luci—. Pero no tenías que comprarla: ¡es demasiado cara!

—Estos días he subido a los pisos un montón de telegramas y de paquetes y me han dado muchas propinas.

Luci, tras el primer momento de entusiasmo, se puso triste.

—Yo no he podido comprarte lo que quería. Sólo te he hecho esta nadería.

—Las mujeres —sentenció Pinchi— no tienen que gastarse dinero en hacer regalos a los hombres. Las mujeres basta con que estén contentas con los regalos que reciben de los hombres.

El paquete de Luci era pequeñito y contenía un pañuelo verde en el que Luci había intentado bordar algo en rojo.

—¡El emblema! —exclamó Pinchi—. Me gusta muchísimo… Lo has hecho muy bien…

Pinchi tuvo una duda:

—Luci, ¿se lo has hecho también a Gim, a Gordon o a algún otro?

—No, Pinchi: lo he hecho sólo para ti y no lo haré para nadie más.

Gianni no se había movido: se había quedado allí sentado a la mesa de la cocina pensando.

Una solución, cualquier vía de escape bien tenía que haber. Había que encontrarla. Y tras haberla buscado afanosamente, la solución le saltó a la vista clara y nítida.

«Los Degossi han ganado —se dijo Gianni—. Se me lo han llevado todo. Han recuperado a mi mujer y me han robado a mi hija. Estoy acabado. Toda

lucha es inútil: estoy solo como un perro callejero. Tengo treinta años, pero es como si tuviera setenta, porque el porvenir de los hombres está en los hijos y se me han llevado a Luci y al porvenir. Pongamos, pues, una piedra sobre el pasado».

Se levantó para ir a buscar algo en el fondo del armario del dormitorio y encontró lo que buscaba: la Beretta calibre 9 que milagrosamente había conseguido salvar.

Salvar un arma en un campo de concentración es algo imposible: si Dios había permitido que lo imposible ocurriera, eso significaba algo muy importante.

Gianni verificó el arma; sacó el cargador y lo volvió a meter. Todo estaba en regla: se trataba sólo de reunir el valor suficiente para empuñar la pistola y apretar el gatillo.

«La cobardía suficiente», rectificó mentalmente Gianni.

Se lo pensó un buen rato y, mientras pensaba, la pistola que apretaba entre las dos manos iba perdiendo lentamente la frialdad del acero.

Volvió a sentarse a la mesa de la cocina.

Le pareció que aquél era el mejor sitio para liquidar el asunto. «Los que me encuentren no tendrán que romperse la cabeza para descubrir el porqué y el cómo. Lo entenderán todo por la nota».

Volvió a leer las pocas líneas. «Nada cambiará —concluyó—. Ella se quedará la niña, aunque yo haya encontrado mi puesto en el cañón de esta pistola».

Apoyó el cañón de la pistola contra la sien y le pareció sentirse lo bastante cobarde como para apretar el gatillo.

En aquel instante sonó el timbre.

Fue como si alguien le hubiera sorprendido robando: Gianni se sobresaltó e, instintivamente, se guardó el arma en el bolsillo de la americana.

El timbre volvió a sonar, y Gianni tuvo que levantarse para ir a abrir.

Se encontró delante a Luci.

—¿Cómo es que estás aquí? —balbuceó.

—Me he escapado —explicó con naturalidad la niña.

—¿Y has venido tú sola?

—No, me ha traído Pinchi en bicicleta… Te he esperado, pero como no venías he llamado por teléfono a Pinchi. Así, él ha venido a ver si habías vuelto y luego me ha contado…

Luci ahora andaba husmeando por los cajones del aparador y, mientras, hablaba.

—Pinchi, aunque no lo parezca vale mucho. Ha hecho un reconocimiento maravilloso porque ha salido por la ventana de la escalera, se ha agarrado a las cornisas, ha llegado hasta el balcón y te ha visto mientras estabas pensando.

Gianni se puso de pie de golpe con la frente perlada de sudor frío:

—Pinchi —murmuró—, ¿Pinchi ha hecho eso? ¡Pero si podía resbalar, matarse!

—Pinchi sabe lo que se hace —aseguró Luci.

Gianni se dejó caer abatido en la silla: el horror le atenazaba la garganta y, al pensar en lo que había hecho Pinchi por él, se sentía más vil y despreciable que un gusano.

Luci, tras haber limpiado la mesa, se disponía a ponerla:

—La fuga también ha sido algo extraordinario: me he escapado por la ventana del baño. Pero antes he abierto el grifo para que creyeran que me estaba lavando. Después he saltado por encima de la verja…

—¡Luci! ¡Tú has saltado la verja! —gritó Gianni—. ¡Aquella verja con sus malditas puntas que dan miedo sólo de mirarlas!

Luci encendió el hornillo de gas y puso una cazuelita en la llama.

—Es el arroz de hoy —explicó—. Tu arroz de mediodía. Después hay queso y un huevo duro. Se hace abstinencia la vigilia.

Le puso delante el plato hondo y el llano y Gianni se quedó allí, deslumbrado por su blancura.

—Tienen polvo —le sugirió Luci—. Tendrás que limpiarlos un poco con la servilleta.

Natural, no era agradable; pero en ausencia de la madre, y no habiendo ninguna otra mujer en casa, era a ella a quien tocaba recordarle que los padres, la noche buena, tienen que limpiar el plato con la servilleta[3].

Debajo del plato vio una hoja de cuaderno doblada por la mitad y toda garabateada.

—Es el borrador —explicó Luci—. El limpio lo he puesto debajo de tu plato allí. Cuando me he dado cuenta que no ibas a venir, ya no podía recuperarlo.

Sonó el timbre y Luci se apresuró a abrir.

Era Pinchi y se veía que tenía que hacer comunicaciones reservadas.

Luci salió al rellano.

—Ha telefoneado tu mamá —explicó en voz baja Pinchi—. Quiere saber si estás aquí. ¿Qué tengo que contestarle?

—Que estoy y que me quedo.

—*Okey*, Luci.

La niña volvió a entrar a inspeccionar la cazuela del arroz.

—¿Quién era? —se informó Gianni.

—Pinchi. Cosas nuestras.

La niña siguió hablando y el padre la escuchaba, incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Seguía mirando el borrador de la cartita de Navidad, puesta sobre el plato blanco y brillante.

La niña llevó el arroz a la mesa.

—Ahora come —dijo.

Volvió a sonar el timbre. Un timbrazo largo, feo, imperioso. Y luego golpes en la puerta.

Entonces Gianni se despabiló y fue a abrir: eran los tres Degossi, sombríos y amenazadores.

—Hemos venido a llevarnos a la niña —dijo el padre Degossi.

—Si la niña se quiere quedar aquí, nadie va a poder llevársela —contestó Gianni.

—¿Y qué le vas a dar de comer? —dijo, mofándose, el pez gordo Degossi —. ¿Hojas de plátano?

—Y eso pensando que seas capaz de recoger hojas de plátano —añadió el tío Degossi.

Degossi padre se acercó a la niña, que se había arrinconado al lado del hornillo.

—Ven —le dijo, cogiéndola por un brazo.

Pero Luci se soltó y fue a refugiarse detrás de su padre.

Pero Degossi ya estaba lanzado:

—¡Sal de en medio y deja que me lleve a la niña o te voy a romper los huesos!

Dio un paso hacia adelante con los puños apretados y también los otros dos se movieron.

Gianni sintió el peso en el bolsillo de la calibre 9. Se la encontró en la mano sin darse cuenta.

—Fuera de mi casa o disparo —dijo.

Los tres Degossi retrocedieron, pero, antes de salir, el padre Degossi soltó:

—Te la quitaremos, aunque tenga que gastarme diez millones en abogados. ¡Y te mandaré a la cárcel!

Salida la banda de los Degossi, Gianni se quedó inmóvil, con la pistola apuntando hacia la puerta, con los nervios tensos.

Después del furor le entró de repente el pánico.

«¡Me la quitarán! —pensó—. Se pondrán todos en contra mía. ¡Me harán pasar por loco, por incapacitado y me la quitarán!»

Había que huir.

¡No tenía ni un céntimo en los bolsillos, pero había que huir!

El abrigo y el gorrito de la niña se habían quedado en villa Degossi. Gianni se fue a revolver febrilmente en el armario y en los cajones de la cómoda. Encontró una chaqueta de punto y un chal. Ropa vieja, pingos. Pero lo importante era huir.

Se encontró andando por la gran avenida desierta: el viento crudo había amainado y empezaban a caer copos.

Agarrada a su mano, la niña trotaba a su lado. Estaba contenta. La idea de huir disfrazada le gustaba mucho.

Llegaron al final de circunvalación, al fondo de la avenida; después pasaron por debajo del puente, recorrieron la carretera que discurría a través de los campos, llegaron al canal.

Gianni maquinalmente buscó en los bolsillos un cigarrillo; pero lo que se encontró en las manos fue la pistola.

La tiró al agua oscura y reemprendió el camino.

Siguió el canal hasta el puente, pasó a la otra orilla y, al cabo de medio kilómetro, llegó a una gran carretera asfaltada.

No sabía a dónde conducía aquella carretera. Sólo sabía que tenía que seguir huyendo.

La carretera estaba desierta e iba lentamente cubriéndose de nieve. Gianni se notó los pies empapados y pensó horrorizado que también Luci debía de tener los zapatitos llenos de agua.

La levantó y la puso sobre sus hombros a horcajadas.

Otro medio kilómetro, luego un obstáculo imprevisto le cortó el camino. Un coche grande estaba parado junto al arcén de la carretera. No le interesaba: se desvió y continuó. Después de unos pocos pasos de haber adelantado al coche, se sintió arrollado por la luz imprevista de los faros. Instintivamente se volvió.

—¡Joven! —le llamó una voz recia.

Volvió sobre sus pasos. Ahora la luz interior del coche estaba encendida: los pasajeros eran dos, un distinguido señor y una elegante señora de unos cincuenta y cinco años.

Los dos aún no estaban del todo tranquilos, pero la carita limpia y simpática de Luci los tranquilizó del todo.

—Joven —repitió el señor—. He pinchado una rueda y no puedo hacer nada porque tengo la muñeca dislocada. Si me ayuda, me hará un gran favor que le recompensaré.

Gianni no se lo pensó ni un instante: era el buen Dios quien le mandaba aquel trabajo.

—Mientras trabaja, deje a la niña aquí resguardada con nosotros.

La nieve ahora caía espesa. Gianni no tenía abrigo y el gabán estaba empapado, pero no le importaba.

Era duro trabajar en aquellas condiciones porque se corría el peligro de que el gato resbalara, en el asfalto; pero al cabo de pocos minutos la rueda estaba cambiada.

—Listo —dijo Gianni, acercándose a la ventanilla.

El señor le tendió un billete doblado con varios pliegues. Aunque había poca luz se veía que era un billete de diez mil liras.

—Me ha salvado usted la vida —se le escapó a Gianni.

El calorcillo había hecho quedarse adormilada a Luci, y cuando Gianni la levantó del asiento para volver a ponérsela sobre los hombros, la señora protestó:

—¡Es una locura! Con esta nieve y con este frío. Tiene los piececitos empapados. Va a coger una enfermedad.

—Podemos llevarles —refunfuñó el señor—. ¿Adónde van?

—No lo sé —contestó Gianni—. Pero tengo que irme.

—¿Ha bebido? —se informó la señora.

—No… No he bebido ni comido… Pero es difícil de explicar… Los padres de mi mujer me quieren quitar a la niña… Pero ahora no se preocupen; ya tengo dinero. Todo está arreglado… Buenas noches y feliz Navidad.

Gianni reemprendió el camino con su fardo sobre los hombros. Más que el billete de diez mil, lo había animado el hecho en sí.

El buen Dios lo había ayudado. El hecho de que un coche, conducido por un señor que tenía la muñeca dislocada, se hubiera parado allí, no podía ser más que un milagro.

El coche le adelantó al cabo de cinco minutos, pero Gianni se lo volvió a encontrar, veinte pasos más adelante, parado delante suyo.

—¡Joven!

Gianni se acercó a la ventanilla.

—¿Qué es esa historia de la niña que le quieren quitar? —preguntó, desconfiado, el señor—. No me gustan los cuentos. Además, ¿cómo puede demostrar que esa niña es su hija? ¿Tiene documentos?

—Tengo los míos.

—¿Cómo se llama la niña?

—Luci.

Intervino la señora.

—Luci —dijo—, ¿dónde está tu papá?

—Aquí abajo —explicó la niña.

—Y tu mamá ¿dónde está?

—En casa de los abuelos. Yo también estaba, pero al ver que papá no venía, me he escapado.

—Es una historia que no me convence ni contada por la niña —mascullló el señor—. No me gustaría que le hubieran enseñado la lección… Joven, ¿sabe conducir?

—Sí —contestó Gianni.

—Pase a la niña detrás con mi mujer y usted siéntese al volante. Y no haga ninguna broma porque voy armado.

Gianni pasó la niña a la señora, se sacudió la nieve de encima, se sacó el gabán empapado y se sentó al volante.

Ahora pensaba sólo en conducir. Era un coche maravilloso y llevarlo era una diversión.

El señor no le quitaba el ojo de encima ni un instante. Era un hombre fornido, decidido y, aun con la muñeca dislocada, podía asustar a gente mucho más corpulenta que Gianni.

Al cabo de cinco o seis kilómetros, el señor dijo:

—La primera a la derecha. Despacio porque el firme es malo.

La carretera discurría en medio del campo. Al cabo de cuatro kilómetros se tuvo que volver a girar a la derecha. A quinientos pasos más el coche se encontró ante una gran verja.

Tres bocinazos hicieron que la puerta se abriera.

El señor y la señora bajaron llevando en brazos a la niña dormida.

—Que el jardinero se lo enseñe: ponga el coche en el garaje y luego venga con nosotros a casa.

Gianni se encontró en la gran estancia que era la sala de una villa ochocentista. Una pieza cálida y acogedora.

A Luci le habían quitado los pingos y, ahora, el señor y la señora la estaban mirando asombrados. No se hubieran nunca imaginado que debajo de aquel montón de pingos pudiera ocultarse algo tan bonito.

La compararon con el presunto padre, que, incluso sin gabán y a plena luz, no mejoraba mucho.

—Va descuidado y sin afeitar —susurró la señora al marido, al oído—. Pero no tiene pinta de sirvergüenza. Mirándolo bien… No sé qué tiene… Qué me recuerda.

El señor seguía estando de lo más desconfiado:

—De modo que usted sería el padre de esta preciosa niña —resumió—. ¿Y cómo dice que se llama?

—Maloi… Giovanni Maloi, de treinta años, parado y, ahora, sin domicilio fijo —respondió, sonriendo tristemente, Gianni.

—¿Y cómo se llama su mujer?

—Dejémoslo estar.

—¿Por qué?

—Porque no quisiera que la llamara por teléfono para decirle que estoy aquí.

—Y si, por el contrario, llamara a la policía, ¿qué pasaría?

—Nada. Quedaría muy mal.

La señora seguía mirando a Gianni. Después dijo lo que pensaba. Las mujeres, cuando tienen algo en el cuerpo, no se pueden callar.

—Joven —exclamó—. Yo he visto su cara en alguna parte.

Gianni abrió los brazos.

La señora no insistió.

El señor, en cambio, estaba decidido a llegar hasta el fondo del asunto:

—Esta historia no me convence. Hay por medio una niña y, aunque realmente sea su padre, el hecho de llevar de paseo a su niña bajo la nieve, la noche de Navidad, no es trigo limpio. Sea sincero: ¿ha cometido alguna tontería? ¿Está seguro de no haber hecho daño a su mujer?

—No —confesó Gianni—. Sólo le he hecho el mal servicio de casarme con ella. Bien pensado, hubiera sido mejor que me hubiera quedado en Polonia.

—¿Ha estado en Polonia? —preguntó la señora.

—Sí, como otros muchos que han vuelto y que no han vuelto. Pero no hablemos de cosas tristes, señora.

—¡No es triste para el que ha vuelto!

Gianni sonrió:

—Si usted pudiera leer dentro de mí, se daría cuenta de lo contrario. Aunque no hace falta que lea dentro de mí: usted ya sabe cómo me ha encontrado.

—¿Era usted soldado u oficial? —insistió la señora.

—Alférez de una división motorizada.

—Alférez de división motorizada —murmuró el señor.

A Gianni le pareció notar desconfianza en las palabras del hombre y, sacando la cartera, extrajo de ella una fotografía.

—Esto lo demuestra —explicó, alargándosela—. Es un grupo de oficiales de uniforme. El tercero de la izquierda soy yo.

Ahora la señora miraba con ojos alucinados la fotografía que le había arrancado al marido de las manos.

—¿Y el que le pasa el brazo por el hombro quién es? —preguntó con voz excitada.

Gianni meneó la cabeza:

—Era, señora. Era mi mejor amigo. Habíamos ido juntos al colegio, habíamos hecho juntos el bachillerato, la escuela de alumnos oficiales, habíamos tenido juntos el primer destino. Nos hicieron prisioneros juntos. Era un alocado y no tenía miedo a nada. Me indujo a huir con él, durante un traslado de un campo a otro, en Polonia. Se descubrió la fuga. Dispararon y a él le dieron de pleno una ráfaga. Entonces me volví loco yo también. Le fui a recoger bajo las ráfagas de balas y lo arrastré hasta dentro del bosque. Dios me había condenado a no morir y había condenado a morir a mi amigo. Antes de expirar me reconoció y me sonrió… Murió hablando de duquesas y de comendadores… Deliraba…

—No deliraba —dijo la señora—. ¿No es verdad, comendador?

—Sí, es verdad, duquesa —respondió el marido—. Carlino siempre tenía ganas de bromear y nos llamaba así para tomamos el pelo.

Gianni sintió apretársele, angustiado, un nudo en la garganta.

—Debían de haberme dejado seguir mi camino —dijo, apretando los dientes.

—No —contestó con voz firme la señora—. He hecho bien en insistir para que mi marido le hiciera subir al coche.

La mujer le devolvió la foto.

—Quédesela —dijo Gianni—. Detrás está la dedicatoria escrita de su puño y letra.

—Ya la tengo —explicó la señora—. Y detrás está su dedicatoria: «Gianni a Carlino». Sabía que había visto su cara en alguna parte.

El señor estaba callado, sacando grandes bocanadas de humo del puro.

—Y además lo he presentido en seguida, antes de mirarle a la cara —continuó la señora—. Él, estas cosas no las siente. Nosotros venimos a pasar aquí cada Navidad para estar solos con nuestro Carlino… Yo sentía que alguna vez iba a pasar algo…

El señor rugió.

—Vaya a afeitarse —dijo la señora a Gianni—. Le prepararé un traje decente.

La señora precedió a Gianni por las escaleras y el señor se quedó solo luchando con su gran puro.

Cuando la señora volvió a bajar, Luci, que había sido antes conducida por una camarera, apareció bien arreglada.

—¿Puedo telefonear a Pinchi? —se informó.

—¿Quién es Pinchi? —preguntó la señora.

—Es el subjefe.

—¡Vaya! —gruñó el señor—. ¿Subjefe de qué?

—De nuestra banda. La banda del Zorro Rojo.

—¿Y qué hace esa banda?

—Cosas secretas. Contraespionaje, exploraciones. Estamos buscando un tesoro. Tenemos la contraseña y un lenguaje cifrado para hablar… ¿Puedo telefonear a Pinchi?

—Es tarde —objetó la señora—. Puedes llamarle mañana por la mañana.

—No. Tengo que comunicarle urgentemente todo desplazamiento; así, si pasa algo, él sabe dónde encontrarme para las instrucciones.

—¡Si das instrucciones, significa que eres un pez gordo de la banda! —dedujo el señor.

—Bueno, no tendría que decirlo: yo soy el jefe… ¿Puedo telefonear a Pinchi?

La dejaron telefonear a Pinchi y Luci habló un buen rato sirviéndose del lenguaje cifrado. De repente, se volvió hacia el señor y la señora:

—¿Mañana estaremos aquí?

—Claro. Mañana y pasado mañana. Volveremos juntos a la ciudad —afirmó categórico el señor.

Luci también quiso saber cómo se llamaba la localidad, dónde se encontraba la villa, a qué distancia estaba, etc. Se lo dijeron y Luci siguió hablando en jerga. Cuando hubo colgado el auricular, comunicó oficialmente:

—Pinchi vendrá a informarse mañana por la tarde en bicicleta.

—¿Y cómo se las arreglará para llegar hasta aquí con toda esta nieve? Hay más de diez kilómetros —dijo el señor, asombrado.

—Pinchi es muy espabilado —respondió Luci—. Y además, cuando el jefe manda algo, todos tienen que obedecer sin discutir. Mañana vendrá Pinchi. Tengo que darle el reconocimiento solemne por la operación de esta noche.

Luci explicó al señor y a la señora, aterrorizados, la operación cornisa y la operación rapto.

—Están todos locos —exclamó al final la señora—. No hay que perderlos de vista ni un momento o pueden armar algo gordo. Hay que vigilarlos.

—Yo también lo creo —contestó el señor.

—Yo creo… —empezó la señora, pero se interrumpió porque acababa de ver algo extraordinario del lado de la escalera.

—Mira —dijo al marido, con voz excitada.

Gianni estaba bajando. Recién afeitado, limpio y vestido con un traje de Carlino, parecía otro hombre. Se parecía a Carlino.

El señor sintió en el hombro el apretón desesperado de la mano de su mujer:

—Lo sabía, sabía que hacíamos bien en venir a pasar la Navidad aquí. Sentía que iba a pasar algo extraordinario.

Una vieja camarera que andaba como un fantasma vino a decir que la cena estaba servida.

—Nosotros, la noche buena solemos cenar muy tarde —explicó la señora, mientras se dirigía hacia el comedor—. Cada uno tiene sus costumbres.

—En cambio, Pinchi cena a las ocho en punto de la nochebuena —comunicó Luci.

—¡Me parece a mí que te interesas demasiado por ese Pinchi! —observó, severa, la señora.

—Un jefe tiene que saberlo todo de sus hombres —replicó Luci con gran seguridad.

Gianni miró a su hija y volvió a sentirse desesperado.

—Me la quitarán —exclamó—. ¡Conseguirán quitármela también!

—No pueden —estableció, categórica, la señora.

—¡Los Degossi no podrán hacer nada contra alguien como yo! —gritó el señor, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Yo… —balbuceó Gianni.

—Tú a callar y preocúpate en comer —le intimidó el señor.

Y le trató de tú porque le parecía conocerlo desde hacía treinta años y haberle dado coscorrones de pequeño.

La nieve, como en todos los cuentos, caía a remolinos del cielo negro: era la noche de los milagros, la noche de los encuentros.

Nada es imposible en la santa nochebuena.

Mientras estaban acabando de cenar sonó el teléfono. La camarera descolgó el auricular y luego comunicó a los amos:

—Un tal Pinchi pide por una tal Luci.

Luci se precipitó y, cogiendo el teléfono, escuchó con aire grave. Después, tapando el micrófono con la mano, explicó:

—Parece que también mamá se ha escapado de casa de los abuelos. Ahora está arriba, sola, en nuestra casa. Pinchi pregunta qué tiene que hacer.

—¡Que vaya arriba y diga a tu madre que coja un taxi que la traiga aquí! —intimidó el señor—. Que se dé prisa porque, si no, se acumulará la nieve y no será posible.

Luci comunicó en lenguaje cifrado las instrucciones a Pinchi y el señor se molestó:

—¡Porras —gritó—, habla en cristiano! Ya sabemos lo que le tienes que decir.

—También le digo otras cosas —precisó Luci.

Era nochebuena y podía también pasar esto y muchas otras cosas.

Y con esto se quiere decir que el cuento ha terminado:

Y colorín colorado,
este cuento se ha acabado…

Vida con la madre

(CUENTO)

El presidente, una vez leído el mensaje que la secretaria le había dejado bien a la vista, sobre el cristal de su majestuosa mesa de despacho, hizo un gesto de enojo:

«¡Qué desgraciada! ¡Tenía que escoger justo esa tarde para ir al dentista! ¡No se puede uno fiar de nadie! —pensó—. Hasta la que te piensas que es la empleada modelo, resulta que de repente te la hace. Le entra la ocurrencia del dentista y va y te planta en el peor de los momentos».

Por añadidura, el presidente esperaba una carta de la que dependía un importante negocio y, por eso, estaba más bien nervioso.

Telefoneó al conserje:

—En cuanto llegue el correo, entréguemelo directamente a mí.

No tuvo mucho que esperar: pocos minutos después, el conserje depositaba encima de su mesa todo un montón de cartas que el presidente iba pasando una tras otra, preocupado sólo en pescar un sobre gris sin membrete y sin las señas del remitente.

Pero de repente se encontró en la necesidad de tomar en atenta consideración un sobre blanco que llevaba, en el dorso, elegantemente impresos en seco, el nombre de una conocidísima empresa y el cargo del remitente: «El Presidente».

«¡Vaya! —se asombró el presidente—. ¿Una carta mía entre el correo recibido?»

Dando la vuelta al sobre, el misterio resultó, en parte, aclarado: la carta no la había escrito el presidente. Alguien había escrito una carta usando carta con el membrete del presidente y, ahora, la carta estaba allí de vuelta, gracias a la eficacia del servicio postal.

La carta, en realidad, había sido enviada simplemente «Al Niño Jesús».

Y como explicaba el sello estampillado encima del sobre por el diligente burócrata de Correos, la misiva había sido «Devuelta al remitente por señas

insuficientes».

El presidente sintió subírsele una oleada de justificado enfado: ¿cómo habían podido pensar aquellos desgraciados de Correos que el presidente —en realidad el propietario— de un complejo industrial que daba trabajo a mil obreros hubiera podido escribir una carta al Niño Jesús?

Pero, por otra parte, ¿qué otra cosa podían tener en cuenta si no lo que estaba escrito en el dorso del sobre?

El presidente abrió nerviosamente el sobre: ¡quería ver quién había sido el desgraciado que había tenido el atrevimiento de usar el papel de carta personal del presidente!

La carta —se trataba de una larga carta— estaba escrita con una caligrafía más bien chapucera, pero la firma era clara: «Anselmo Degozzi, llamado Selmi».

El presidente renunció a tomar las severas medidas del caso: no podía despedir ni sancionar a su hijo.

«Le daré la lección que se merece —pensó—. ¡Así aprenderá que, bajo ningún concepto, puede escribir utilizando mi papel personal!»

En espera de arreglar el asunto, al presidente le pareció oportuno entrar en conocimiento de la misiva devuelta al remitente por señas insuficientes.

> «Querido Niño Jesús:
>
> »Te escribo con el papel de cartas del presidente porque la pluma se desliza mejor y no se clava como en el de mamá y, además, porque el presidente siempre dice que el papel con membrete da un tono de seriedad a la carta, y como yo no tengo papel con membrete…».

El presidente interrumpió la lectura de la carta e instintivamente apretó, en el surtido cuadro de mandos, el botón rojo. Después se acordó que a la secretaria le había entrado la vena del dentista y tomó nota: «1.000 hojas y sobres con el membrete de Selmi». En eso Selmi tenía razón y al presidente le complació comprobar que Selmi se acordaba de las enseñanzas paternas.

Siguió con mayor serenidad la lectura de la carta.

> «… Soy un niño de ocho años y hago tercer curso por haberme saltado una clase, porque el presidente siempre dice que el tiempo nadie nos lo puede prestar, y que, por tanto, es más importante que el dinero. De modo que los años que se ahorran de niño se encuentran después; aunque, según mamá,

> eso es una tontería: como si uno, para hacer un piso más en la casa, se ahorrara el material de los cimientos…».

El presidente interrumpió la lectura, molesto. «Bien —pensó—. Yo intento encarrilar al niño por buen camino, enseñándole cuáles son los principios básicos del éxito, lo tengo alejado de las promiscuidades peligrosas haciéndole estudiar en una institución privada esmeradísima, hago que lo asista, en las horas libres, una institutriz inglesa diplomada que le enseña la lengua-base y las buenas maneras. ¡No basta! Su madre le confunde las ideas. Tendré que decidirme; como no puedo internar en un colegio a su madre, lo pondré interno a él. En un buen colegio inglés».

Garabateó una nota en el cuaderno: «Selmi. Colegio».

> «… Querido Niño Jesús: hubiera querido escribirte por Navidad el año pasado y, una noche, pregunté a mamá qué sello hacía falta para escribir al Niño Jesús para los regalos. Pero el presidente, que también estaba, dijo que a los niños no se les tenía que llenar la cabeza de fantasías y de cuentos porque luego lo pasan mal con la realidad de la vida. Y explicó que, a los niños, los regalos se los hacen los padres. Pero mamá, luego, me dijo lo que pasa de verdad. O sea, el Niño Jesús, por Navidad, hace un regalo a los niños de todo el mundo. Un regalito porque hay centenares de millones de niños. Los pobres tienen que contentarse con el regalito del Niño Jesús. Los hijos de los ricos, en cambio, tienen más porque antes de Navidad la secretaria del presidente, por ejemplo, dice al presidente: “Señor presidente, me permito recordarle que pronto será Navidad y habrá que pensar en los regalos…”. Y el presidente contesta: “Muy bien, señorita. Ocúpese de ello como siempre”. Entonces la secretaria va de tiendas y compra los regalos del presidente para el hijo y para la mujer del presidente. Vete a saber qué me regalará, por Navidad, la secretaria de mi marido…».

El presidente se horrorizó: «¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! —pensó —. No sólo destruye el trabajo que yo hago para formar espiritualmente a mi hijo, sino que él se burla de mí. Claro que los regalos los compra la secretaria, pues yo tengo sobre mis hombros una organización formidable y sería de locos perder el tiempo yendo de tiendas. Esto, ella lo tendría que comprender.

Y, si no consigue comprenderlo, al menos, tendría que tener el buen gusto de agradecerme el gentil detalle».

En realidad —reconoció en una breve fracción de segundo el presidente —, el detalle de acordarse era siempre de la secretaria. ¿Y qué? La secretaria le recordaba la proximidad de las Navidades, de Pascua, del santo, del cumpleaños de la señora y del señorito, pero, aunque luego fuera la propia secretaria quien iba a elegir los regalos, los regalos era él quien los hacía porque era él quien desembolsaba los cuartos.

¿Qué es, al fin y al cabo, una secretaria en ciertos aspectos?

Es una agenda parlante. Si, en lugar de servirse de la secretaria, el presidente se sirviera de su pequeña agenda de bolsillo para recordar, por ejemplo, las fechas de los regalos, ¿no sería lo mismo?

¿Habría tenido ella el valor de decir: «¡Vete a saber qué me regalará, esta Navidad, la agenda de mi marido!»?

El presidente lo dejó correr porque, honestamente, tuvo que admitir que una agenda de bolsillo, por más eficaz que sea, nunca podría llegar a recordar las fechas de los regalos, ni ir de tiendas a comprar dichos regalos.

Volvió a ponerse a leer porque le interesaba saber cómo se había salido su mujer con lo del Niño Jesús.

> «… Me quedé algo inseguro y dije que, si era así, un niño rico, al recibir tantos regalos no puede saber cuáles son los de la secretaria y cuál el del Niño Jesús. Pero mamá se puso a reír y contestó: "Si el niño rico es tonto, no lo entiende. Pero si es inteligente, al mirar bien los regalos en seguida se dará cuenta de cuál es el del Niño Jesús". Le pregunté si llevaba alguna señal especial y me dijo que no: "No lleva ninguna señal especial: pero, así como los regalos de la secretaria podrían gustar a todos los niños de tu edad, el del Niño Jesús te gustaría sólo a ti".
>
> »Mamá lo sabe todo. Tanto es así que, por Navidad, recibí los regalos y en seguida me di cuenta de cuál era el del Niño Jesús.
>
> »El coche de pedales modelo fuera de serie, el tren eléctrico, el mecano eran preciosos, pero les habrían gustado a todos los niños que conozco. En cambio, lo que a los otros que conozco no les habría gustado es un trineo de madera y uno de esos gorritos de lana que se suben, con la visera hacia afuera y

que luego se bajan hasta el cuello y sólo queda un agujero para la cara…».

El presidente tomó una rápida nota en el cuaderno: «Secretaria: regalos Selmi año pasado».

«¡Veremos si mamá lo sabe todo! —pensó—. ¡Demostraremos que la mamá se echa faroles!»

«… Querido Niño Jesús: te escribo esta carta para pedirte una cosa. Aunque antes te lo tengo que explicar todo para que entiendas lo que te pido. Soy un niño desdichado porque tengo la desgracia de ser rico, como dice mamá, y, por eso, no puedo tener nada de lo que me gustaría.

»Me gustaría ir a las escuelas a las que van todos los demás que, al salir de clase pueden perseguirse corriendo, jugar con bolas de nieve, comprar castañas asadas y cacahuetes. A mí, en cambio, en cuanto acaba el colegio ya me está esperando fuera el chófer con *miss Bacalao* y hay que subir en seguida al coche y volver a casa.

»*Miss Bacalao* no se llama así; es mamá quien la ha bautizado *miss Bacalao*. Su nombre es *miss* Elisabeth, es inglesa y me enseña a hacer los deberes, a hablar en inglés y a comportarme como los caballeros ingleses.

»Es una solterona más seca que un clavo y por eso la llamamos *miss Bacalao*. No se ríe nunca y quiere saber en inglés todo lo que hago, con el contrario. O sea, si me calzo los zapatos tengo que decir en inglés: "En este momento me estoy poniendo los zapatos. Mis zapatos son negros, pero la nieve es blanca".

»O cuando desayuno: "Estoy tomando el chocolate. El chocolate es caliente, pero los reptiles son animales de sangre fría".

»La tal *miss Bacalao* no me deja tranquilo ni un momento. Además de ella están también la profesora de piano, el profesor de equitación, etc. También hay la gobernanta, la cocinera, dos camareras, el chófer, sin contar con que cada dos o tres días el presidente se trae a casa a algunos carcamales y durante toda la comida hablan de negocios, de financiaciones, de producción y otras porquerías. O sea; que la casa siempre está llena de gente,

mientras lo que a mí me gustaría es que estuviéramos solos yo y mamá.

»Las pocas veces que *miss Bacalao* y los demás están fuera, mamá y yo nos divertimos una barbaridad porque jugamos, corremos, rompemos cosas. Pero lo mejor de todo es la merienda a la italiana.

»Comemos entonces cosas maravillosas: salchichón, mortadela, castañas asadas, un queso que pica y apesta a un olor maravilloso, buñuelos y otras cosas.

»Comemos con las manos y bebemos vino tinto, echando la cabeza muy para atrás para que, luego, nos quede bigote debajo de la nariz.

»Mientras comemos, mamá imita a *miss Bacalao*: me hace preguntas con la voz de Oliver Hardy y yo le contesto con la de Stan Laurel: "¿Qué está haciendo en este momento?" "Estoy pescando con el dedo índice la mermelada de ciruelas dentro del bote. El bote es redondo, pero la jirafa es un mamífero".

»Cosas así que, si las supiera el presidente, no sé qué pasaría.

»El presidente es una buena persona, pero hay cosas que no puede entender. El presidente es mayor, mientras que mamá es muy joven. Y, cuando se puede sacar los atuendos de señora, parece una señorita…».

El presidente levantó la cabeza y sintió que se quedaba sin respiración por el asombro y, digámoslo también, por la indignación.

«¿Mayor yo? —se preguntó—. ¿Mayor un hombre de cuarenta y dos años?… ¡Claro que ella parece una señorita! Se lo encuentra todo hecho, no tiene en qué pensar, no se preocupa por nada. ¡Si tuviera mis responsabilidades y mis preocupaciones, la cosa cambiaría bastante!»

El presidente era fundamentalmente honesto; razonándolo, tuvo que admitir que aún, a pesar de tener que cargar con la dirección de la empresa, su mujer seguiría teniendo treinta años. Es decir, doce menos que él.

Innegablemente, esto contribuía a hacer que su mujer pareciera más joven que él. Sin embargo, no autorizaba a Selmi a llamarle mayor.

Selmi. Bueno, pero al fin y al cabo, ¿qué es lo que quería Selmi del Niño Jesús?

«… Querido Niño Jesús: ahora ya lo sabes todo sobre mí y te pido lo que quiero. Ahórrate tu regalo de Navidad. Al contrario, yo te mandaré, donde tú me indiques, también los regalos que me hará la secretaria del presidente; pero querría un regalo especial. Hace tiempo que el presidente se tiene que ir al extranjero por negocios: convéncelo para que se vaya en seguida. Así cerraremos la casa y mamá y yo iremos a pasar las fiestas a Montemoro. ¡Mamá tiene una casita sólo suya, allí arriba! Cerca hay un magnífico bosque: yo he estado con mamá, cuando tuve aquella tos tan mala, y fue algo maravilloso.

»Así podría usar el trineo que me regalaste el año pasado. Por favor, hazlo: mamá necesita divertirse un poco. ¡Está tan triste! Allí están todas sus amigas de cuando era soltera y le haría falta un mes para poder hablar de todas las cosas que le interesan. De vez en cuando se le ocurre una y, entonces, se la anota en un cuaderno. El cuaderno ya se ha acabado.

»Déjanos ir allí, los dos solos; el presidente sólo piensa en sus negocios y hasta los sueña. Por eso, de noche, de vez en cuando, se despierta y habla en un aparato que graba su voz en una cinta. Mamá ha llegado a decirle que por qué no toma también una secretaria nocturna.

»Te ruego que lo hagas en seguida porque *miss Bacalao* se va de vacaciones a Inglaterra, pero vuelve después de Reyes. Sería estupendo que pudieras entretenerla con cualquier excusa en Inglaterra un poco más de tiempo. Lo sé, querido Niño Jesús: será difícil convencer al presidente —él mismo lo suele decir—: cuando se fija algo no cede ni ante Dios. El presidente…».

—¡Basta con el dichoso presidente! —gritó el presidente, dando un puñetazo en el escritorio—. ¡A fin de cuentas soy su padre!…

—¿Decía algo? —susurró la secretaria, asomándose a la puerta.

—¡Nada, nada! —masculló el presidente, guardándose la carta en el bolsillo.

—Le ruego que me excuse, presidente. Pero tenía un diente que me volvía loca…

—Naturalmente —cortó el presidente—. Ha hecho usted muy bien.

—¿Quiere que le seleccione la correspondencia?

—No importa. Ya lo hará luego. Ahora tengo que trabajar.

La secretaria se dirigió hacia la puerta. Tras unos pasos, se volvió:

—Presidente, me permito recordarle que hoy es el quince de enero. El cumpleaños de la señora.

—¡Ah! Gracias.

—¿Quiere que me ocupe?

El presidente sintió hervirle la sangre.

—No, no —respondió—. Ya me encargaré yo.

La secretaria se quedó, dolorosamente extrañada.

—¿Es que, para Navidad, he elegido mal?

—¡Qué va! —contestó el presidente—. Siempre ha elegido usted muy bien. Lo que pasa es que esta vez se trata de una ocasión especial… Sí, un amigo mío que ha venido de Amsterdam tiene unas piedras estupendas… Una ocasión. Ya me entiende. A propósito de Navidad: ¿usted regaló el año pasado a Selmi también el trineo y un gorro de lana?

—No, señor —replicó, casi ofendida por la insinuación, la secretaria—. Yo escogí el coche de pedales, un tren eléctrico y un mecano. Todo objetos de gran clase.

—Muy bien, muy bien.

Cuando se quedó solo, el presidente se quedó meditando arrellanado en el sillón.

«¡Vete a saber qué me regalará, por mi santo, la secretaria de mi marido!…», le susurró alguien al oído. Y eran las palabras de su mujer, pero la voz era la de Selmi.

Se levantó de repente y llamó a la secretaria:

—Bien —dijo—. Páselo todo para mañana por la mañana.

Se dirigió decidido a ver al joyero; mas, al llegar delante del escaparate, tuvo una justificada duda: una joya, está bien. Las joyas gustan a todas las mujeres. Con las joyas, especialmente si son de gran precio, no se falla nunca. Pero de lo que no se trataba era de hacer uno de esos regalos que gustan a todas las mujeres, sino de hacer uno que pudiera gustar sólo a su mujer.

No un regalo a la categoría, sino un regalo personal.

Entonces el presidente tuvo que hacerse una pregunta: «¿Qué le gusta a mi mujer? ¿Qué gustos especiales tiene mi mujer?»

Intentó afanosamente recordar, buscar en el almacén de la memoria, algún detalle que pudiera darle una pista, ayudarle a seleccionar.

«Adoro el helado de fresas». Sí, una vez su mujer había dicho algo así. Pero no podía regalarle un helado de fresas.

Intentó concretar la personalidad de su mujer y se dio cuenta de algo terrible. No sabía nada de su mujer. No había tenido el tiempo de informarse.

Se paró meditabundo delante de treinta escaparates. ¿Una joya? ¿Unas pieles? ¿Un objeto precioso antiguo?

Tuvo la sensación de estar pensando con el cerebro de la secretaria, mientras que lo que tenía que hacer era pensar con el suyo.

«Le regalaré algo que me guste a mí», decidió por fin.

Pero, también ahí, se dio cuenta de una grave laguna: no sabía con exactitud qué era lo que le gustaba.

Ya se estaba haciendo tarde y las tiendas estaban cerrando; pero hay un ángel de la guarda también para los presidentes y, de repente, en el escaparate de un anticuario vio algo que parecía caído del cielo.

Un reloj de péndulo: uno de esos relojes que parecen armaritos, uno de esos viejos relojes rústicos con sus pesas y cadenitas.

El presidente se quedó boquiabierto: si no hubiera estado seguro de que diez años antes se había quemado con todo lo demás, en el incendio de la casa de la calle Indipendenza, el presidente habría jurado que se trataba del famoso reloj de péndulo de la abuela Filomena.

Era lo que más le gustaba a su mujer, y cuando el presidente le había pedido que se casara con él, ella le había contestado: «Sí, con tal de que me dejes llevar a nuestra casa el reloj de la abuela Filomena».

Se habían llevado el reloj de péndulo de la abuela Filomena. Después la casa había sido destruida por un incendio y, del reloj, sólo habían quedado unos montoneros de metal. Las pesas, el mecanismo.

Volvió a casa junto con el mozo que llevaba el reloj y, en cuanto estuvo en el recibidor, llamó a la gobernanta:

—Ahí fuera, en el rellano, encontrará un reloj. Hágase ayudar, quítele el polvo, abrillántelo y, sin que nadie se dé cuenta, póngalo en el saloncito de la señora. Hay que ponerlo en el rincón.

Se encontró a su mujer leyendo, bastante aburrida, una revista, hundida en un sillón del salón. Selmi y *miss Bacalao* estaban confabulando sentados a una mesita, en un rincón.

—¡Basta de estudiar! —dijo bruscamente el presidente—. Los niños también tienen que jugar.

—No estudiaba —respondió con un fiero ceño *miss Bacalao*—. Estábamos haciendo un poco de conversación inglesa.

Miss Bacalao se levantó y se alejó dura, justo como un bacalao, y Selmi se acercó al presidente, saludándolo según la forma prescrita por el reglamento de los *gentlemen* ingleses, ofreciendo la frente para recibir el beso prescrito por las reglas de *miss Bacalao*.

—Este niño no me gusta —mascculló el presidente, dirigiéndose a su mujer—. El estudio le pesa. Quizá haya sido una tontería hacerle saltar una clase. Necesita aire puro, vida activa.

La mujer abrió los brazos y el presidente no pudo por menos de mirarla y notar que, sin los atuendos de señora, su mujer efectivamente parecía una señorita.

—Yo también lo pienso —respondió su mujer—. Pero ¿cómo?

—¡Es bien simple! —estableció el presidente—. Tengo la intención de remozar la casa. Se quedarán aquí la servidumbre para vigilar a los obreros y *miss Ba*… *Miss* Elisabeth para dirigir y tú puedes aprovechar para ir con el chico a Montemoro. Allí conoces hasta los gatos y podrás encontrar la gente que necesites para la casa.

La mujer se quedó desconcertada.

—Sí —susurró—, sería algo magnífico. Pero Selmi no puede perder tantas clases.

—Si no me equivoco —replicó duro el presidente—, cuando me casé contigo hacías de maestra. ¿No te sientes capaz de dar clases a un alumnado compuesto sólo por un niño de tercer curso?

—¡Oh, eso claro que sí! —exclamó, sonrojándose de placer, su mujer—. Es por el inglés. Yo no sé nada de inglés…

—Tampoco lo sé yo y, sin embargo, he montado un complejo industrial que da trabajo a mil obreros. ¡Y todo sólo con mis fuerzas! No tenía cocinera, ni coche, ni chófer, ni camareras, ni institutriz. Sólo tenía las manos, la voluntad y, a pesar de lo que algunos piensen, la cabeza.

Selmi abrió desorbitadamente los ojazos:

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Empecé a trabajar a tu edad, empleando las horas que la escuela me dejaba libre, para ayudar a mi padre en su taller de herrero. Tiraba del fuelle de la forja, limaba, sostenía el martillo para el contragolpe. Así me aficioné al hierro y, luego, a la mecánica…

La vida del presidente había sido dura y aventurera, y Selmi escuchaba arrebatado a su padre.

Y lo escuchó un buen rato, hasta que el presidente concluyó:

—La verdad es que he tenido mucha suerte y me he topado con un montón de buena gente. Me favoreció la guerra y la posguerra; de modo que aquí me tienes, con sólo cuarenta y dos años, y digo cuarenta y dos, o sea jovencísimo, a pesar de mis cabellos grises; aquí me tienes, dueño de un complejo industrial que da trabajo a mil trabajadores. Y a pesar de no saber inglés, consigo dirigir todo el tinglado. Y hasta me queda tiempo para acordarme de que hoy es el cumpleaños de tu madre y de dar vueltas, como un loco, todo el día, para encontrar un regalo que le guste a tu madre.

Ahora el presidente ya se había desahogado: ¡el señorito Selmi y su digna cómplice tenían que tragarse la carta! ¡Toda, de cabo a rabo!

—No tenías por qué darte tantas molestias —le dijo la mujer.

—Pues yo creo que hubiera valido la pena incluso hasta molestarse más —replicó el presidente—. A no ser que esté totalmente equivocado sobre tus gustos y tus debilidades.

En aquel momento, un reloj lejano empezó a dar las ocho y la mujer del presidente se sobresaltó, como si estuviera oyendo la voz de un querido difunto.

También el presidente se sobresaltó, porque la campana tenía el mismo idéntico timbre que la que el incendio había destruido.

La señora se precipitó a su saloncito y, al encontrarse el reloj, se quedó ensimismada.

—¿Me he equivocado al interpretar los *desiderátum* de la señora? —se informó el presidente, reuniéndose con ella.

Dijo *desiderátum* como si, en lugar de dirigirse a su mujer, estuviera dictando una carta para uno de sus jefes de sección.

Pero la señora no estaba en condiciones de apreciar ciertos matices.

La señora dijo simplemente, sin despegar la mirada del reloj:

—¡Es el mismo! —como si se tratara de una persona viva.

Selmi y su madre partieron a la mañana siguiente a Montemoro, y el presidente, cuando llegaron los obreros, hizo la maleta y se marchó a Francia. Fue un viaje fructífero: se quedó en París unos veinte días, luego regresó.

O mejor dicho: se puso en viaje para volver a casa, llegó hasta unos treinta kilómetros de la ciudad, pero al llegar al cruce de Ponte Nuevo, ordenó al chófer:

—A la izquierda. Vamos a inspeccionar el destacamento de Montemoro.

Había nevado, pero hasta Castelbianco se pudo circular bien por la carretera.

En Castelbianco se acabó jauja: en la carreterita tortuosa que trepaba por las laderas de Montemoro, la nieve estaba tal cual la había mandado Dios.

El presidente no se rindió:

—Tú regresa a casa y espera órdenes —ordenó al chófer—. Yo seguiré con mis propios medios.

—Son siete kilómetros —se aventuró a decir el chófer.

—¡Para llegar donde estoy he superado obstáculos mucho más duros! —dijo riéndose el presidente.

Y, cogiendo sus maletas, se puso en camino.

«¡De vez en cuando es conveniente dar a los empleados la sensación de que uno no es un viejo pachucho, sino un joven aguerrido! —pensó el presidente—. Mañana toda la factoría estará al corriente de mi hazaña».

La verdad es que no fue una empresa fácil y el presidente tardó lo suyo y sudó bastante; sin embargo, cuando Dios quiso, llegó a la cima de Montemoro.

La casa estaba aislada, un buen trecho de camino del pueblo y, en lo alto del sendero que llevaba a la casa, había una suave pendiente que conducía suavemente hasta el bosque.

A pocos centenares de metros del objetivo, el presidente quedó parado por un grito largo y modulado que venía del bosque.

¡El grito de Tarzán!

El alarido se repitió, y otro gran alarido, proveniente de la casa, contestó.

La blancura de la nieve lo cegaba un poco, pero aun así el presidente pudo darse cuenta que el alarido de contestación provenía, con exactitud, de una ventana del primer piso.

La historia se repitió por ambas partes, y el presidente, sentándose sobre las maletas, pensó aterrorizado lo que pasaría si, por ejemplo, los miembros del consejo de administración hubieran oído contestar a la mujer del presidente con el grito de Tarzán al grito de Tarzán del hijo del presidente.

El alarido —el tercero— que provenía del bosque sonó de repente detrás suyo, a pocos pasos; así el presidente se encontró delante suyo a un pequeño y rudo montañés, enfundado en «uno de esos gorritos de lana que tienen la visera hacia afuera y que bajan hasta el cuello y sólo queda el agujero para la cara».

El rudo pequeño montaraz arrastraba un trineo cargado de tronquitos de haya y de abedul convenientemente atados con cuerdas.

Al descubrir al presidente, el montañesito se quedó helado como un pedazo de hielo. Imagen barroca e imprecisa porque, por lo que el

pasamontañas dejaba traslucir, el chiquillo tenía una cara blanca y sonrosada de cartel publicitario y daba, sobre todo, una gran sensación de calor.

El chiquillo miró a su alrededor buscando el coche, pero el presidente movió la cabeza:

—He subido a pie desde Castelbianco. Cuatro pasos hacen bien. ¿Y tú de dónde vienes?

—He ido a buscar leña al bosque —respondió, siempre intimidado, Selmi.

En aquel momento, la famosa ventana se volvió a abrir y volvió a resonar el grito de Tarzán.

Selmi se ruborizó y miró al presidente con aire muy compungido.

—¡Contesta! —le sugirió el presidente.

Selmi contestó.

El presidente observó que él no sabría hacer algo semejante. Lo que le molestó un poco.

Cogió las maletas y las ató encima del montón de tronquitos.

—En marcha —dijo—. Tira, que yo empujo y freno a la bajada.

—Lo puedo hacer yo solo —balbuceó Selmi.

—Entre dos va mejor —contestó el presidente.

El trineo se puso en marcha y, por el camino, al presidente se le ocurrió: «Compañía Davide Degozzi e hijo». No sonaba mal.

Después, considerando la situación especial, pensó que sería más exacto decir «Compañía Anselmo Degozzi y padre».

También así sonaba bien.

Llevado el trineo al patio, la empresa Degozzi se disolvió y Selmi, soltando la cuerda, se precipitó hacia la puerta de la casa gritando:

—¡Mamá, ha llegado papá!

Entonces el presidente se sintió mucho menos presidente, pero mucho más joven.

Gracias de las flores

(CUENTO)

Érase una vez el profesor Annibale Tabacci: tenía cuarenta y cuatro años, vivía de enseñar latín a alumnos de bachillerato y, aquella noche, estaba bastante satisfecho porque le habían dejado solo en casa y, así, podía disfrutar en paz del grueso volumen que acababa de sacar de la Biblioteca Circulante Ciencia y Cultura.

Hay que decir inmediatamente que, a pesar de su nombre rimbombante, esa biblioteca consistía en un miserable cajón cuya total dotación consistía en un sello y un tampón; aunque eso bastaba para las exigencias del profesor.

Los libros, en realidad, se los compraba él y, como se trataba de libros especialísimos, vistosísimos y costosísimos, el profesor conseguía introducirlos impunemente en casa con el truco de la falsa biblioteca.

El sello y su correspondiente tampón los guardaba en el único cajón que la señora Erminia no podía registrar, por formar, dicho cajón, parte integrante del escritorio situado en el rincón sudoeste de la sala de profesores del instituto.

Cuando conquistaba un nuevo libro, el profesor le ponía el sello, lo completaba con una etiqueta con su correspondiente número de orden y, después de haber estropeado convenientemente las tapas, se lo llevaba a casa.

Naturalmente, la última parte de la operación no pasaba por alto a la señora Erminia; y cada vez, la señora Erminia se limitaba a observar que el profesor, en lugar de perder el tiempo «con aquellas tonterías», lo emplearía mucho mejor dando lecciones de repaso.

Hacía diecinueve años que el profesor escuchaba aquella monserga (diecinueve porque la señora Erminia, durante todo el primer año de matrimonio, generosamente lo había dejado correr): el profesor estaba ya, pues, acostumbrado y la cosa no lo afectaba.

También unas horas antes, al verlo volver a casa con el abultado volumen bajo el brazo, la señora Erminia no había dejado de zaherir al marido con las

palabras de siempre; pero, de aquellas fieras palabras, el profesor ya ni tan siquiera se acordaba del sentido de las mismas.

Mientras su mujer y su hija rondaban cerca de la puerta, el profesor simplemente había levantado la mirada al cielo:

—Señor, te doy las gracias por no haberme dado la posibilidad de comprar un televisor, y te ruego que no me la des nunca. Te agradezco que, en cambio, se la hayas brindado a nuestro vecino. Lo que permite a Maria Grazia y a su madre seguir fácilmente las más importantes retransmisiones de televisión, y a mí, tener un poco de paz. Amén.

El nuevo libro era fascinante y el profesor, pronto, se olvidó del resto del mundo.

Mas el destino, aquella noche, le había reservado al profesor un duro regreso a la dura realidad.

El profesor había calculado un normal permiso TST (terminación espectáculo teatral). Por eso, contaba con no volver a ver a la señora Erminia antes de las once y media de la noche; pero se le vio aparecer con dos horas de antelación y con un ceño tremendamente agresivo.

—¡Niba! —le comunicó perentoriamente su mujer—. ¡Eres el peor de los inconscientes!

El profesor apenas tenía cuarenta y cuatro años, pero ante ciertas cosas reaccionaba como un viejo de noventa. Se llamaba Annibale, tenía un nombre serio, decoroso, viril y maldita la gracia que le hacía que su mujer le llamara Niba. Por eso se enojó.

—Erminia —contestó—, ya te he explicado…

—Sea lo que sea lo que me hayas explicado —le interrumpió la mujer—, sigues siendo el peor de los inconscientes. Nosotras hacemos mil equilibrios para salir adelante, llevamos una vida de miseria, y tú sigues haraganeando, encerrado en tu sórdido egoísmo.

El profesor se encogió de hombros.

—Erminia —refunfuñó—, ya lo sabes: los hay que han nacido para dar clases de repaso. Yo he nacido para no darlas.

—¡No tienen nada que ver las clases de repaso! —replicó ásperamente la señora Erminia—. Las clases de repaso no solucionan nada. Se trata de ganar cinco millones. Con cinco millones se soluciona todo y se da una dote decente a esta pobrecita que ya tiene casi veinte años y tiene derecho a pensar en casarse. ¡Tú puedes dar un golpe de cinco millones!

El profesor miró con infinito estupor a su mujer.

—Organizar atracos es aún peor que dar clases de repaso a alumnos burros —dijo al fin.

—¡No es momento de hacer bromas! —exclamó indignada su mujer—. Estoy hablando de cosas serias. Y la idea no es mía, es del comendador Scoffini. El comendador Scoffini sabe lo que se dice.

Efectivamente, el comendador Scoffini era un hombre que valía y el profesor esperó con justificada curiosidad que su mujer se explicara con más claridad.

Y la señora Erminia, recobrando el aliento, se explicó:

—Niba, hace veinte años que vivimos juntos y, desde hace veinte años, sólo te he visto preocuparte seriamente por una sola cosa: ¡las flores! Desde hace veinte años todas tus horas libres son para las flores: si coges un libro se trata de un libro que habla de flores. Si no estás en casa o en la escuela, estás en la casucha de tu madre, ocupado en manipular macetas de flores u otras porquerías relacionadas con las flores. ¡Cuando te llamaron a la guerra no estabas preocupado por mí ni por tu hija, sino por tus malditas flores!

—Erminia, eso que dices no es así…

—¡Es verdad! De todos modos, no quiero criticarte. Simplemente quiero decirte que si tú, después de haberte preocupado durante veinte años por las flores, no lo sabes todo sobre las flores, ¡eres tonto!

El profesor no era tonto. Además, no hacía veinte años, sino treinta y seis, que tenía la manía de las flores, porque a los ocho años ya se ocupaba de las flores con su padre.

Pero también tenía muy buen sentido común.

—No es posible saberlo todo —concretó—. Sé muchas cosas sobre las flores. Muchas otras las ignoro, por esto sigo estudiando.

—Ya has estudiado bastante —estableció la señora Erminia—. Ahora sólo has de dar el golpe de cinco millones. Hace diez minutos lo decía el comendador Scoffini: «¡Me extraña que su marido, que es un gran experto en flores, no participe en el concurso!»

—¿El concurso? —balbuceó el profesor—. ¿Qué concurso?

—El concurso de la televisión —le explicó la mujer—. El comendador Scoffini cuenta entre sus amigos con peces gordos de la radio y puede apoyar tu solicitud. Está seguro de que la aceptarán. El tema, además, es nuevo e interesante.

El profesor se sintió desfallecer. No podía aceptar que su mujer estuviera hablando en serio.

—Erminia —exclamó al final—, ¡no digas tonterías! Entonces, la señora Erminia se lanzó:

—¿Tonterías cinco millones? ¿Tú, un miserable chupatintas, tienes la desfachatez de despreciar un montón de dinero que puedes ganar honestamente? Niba, tienes el modo de redimirte, de reconquistar la estima de tu mujer y de tu hija. ¡Está en juego la felicidad de tu familia: si te niegas, eres un cobarde!

No se trataba de cobardía o de valor para el profesor, e intentó explicarlo:

—Erminia, razona: la dignidad…

No lo dejó continuar.

—Dignidad —gritó—. ¿Es quizá un monopolio tuyo personal la dignidad? Profesores, médicos, abogados, condesas, hasta magistrados, participan en el juego. ¿Se trata de gente sin dignidad toda ésa? ¿Te crees más que todos ellos?

El profesor Annibale Tabacci era simplemente el profesor Annibale Tabacci y era y lo quería seguir siendo. No le apetecía salir a relucir en ningún escenario.

Su escenario era su cátedra. Y cuando estaba sentado en su cátedra, las preguntas las hacía él.

Y además, sinceramente, lo que más le repugnaba era exponer en público su pasión oculta. Aquella manía era y tenía que seguir siéndolo, algo suyo personal. No podía servirse de ello para dar un espectáculo.

Intentó expresarse con un ejemplo:

—Erminia, tú tienes una hija que has criado y educado cuidándola con todos tus desvelos durante veinte años. ¿Podrías tú, por el afán de ganar un premio, llevar a tu criatura a un escenario y mostrarla al público para que juzgara sus bellezas?

—¡Deja estar a tu hija, que no tiene nada que ver! —contestó la señora Erminia—. Al escenario tienes que salir tú y bien vestido de la cabeza a los pies. Mañana presentarás la solicitud. El comendador Scoffini se encargará de hacerla llegar.

—¡No haré ninguna solicitud! —gritó furiosamente el profesor.

La hija, que hasta aquel momento no se había metido en el asunto, intervino:

—No vale la pena que pierdas el tiempo, papá: la solicitud ya la he escrito yo. Basta con que la firmes.

—¡Te prohíbo que me faltes al respeto! —le dijo con voz imperiosa el profesor.

Aquella noche el profesor, para truncar toda discusión y dar muestra de energía, en lugar de ir a dormir a la habitación, se acurrucó en el sofá de su despacho.

Y, a la mañana siguiente, se levantó pronto y salió sin ver a nadie.

En clase estuvo bastante severo al hacer preguntas a los alumnos y poco claro en las explicaciones.

Luego, al acabar las clases, en lugar de volver a su casa, se dirigió hacia las afueras.

La ciudad acababa bruscamente a pocos centenares de metros de las vías del tren. Y, en cuanto se pasaba por debajo del paso de peatones, empezaba el campo.

A cincuenta metros del paso inferior comenzaba el sendero que llevaba a la famosa casucha que era, en realidad, una vieja casa de campo que conservaba a su alrededor unas pocas pérticas de tierra.

El profesor había vivido allí hasta que, obtenida la licenciatura, había conseguido encontrar un puesto.

Su padre era hortelano y el chico, en las horas que la escuela le dejaba libre, lo ayudaba en el trabajo normal y, sobre todo, en el especial.

A Tabacci padre no le gustaban las berzas, la lechuga, los guisantes, etc. Se contentaba con trabajar de hortelano lo suficiente y nunca hacía de más. En resumidas cuentas: trataba las hortalizas igual que un consciente zapatero remendón trata los zapatos que le dan para poner suelas nuevas.

Naturalmente, también él tenía su pasión oculta, su manía. Así, poco a poco, se había construido un pequeño invernadero y se había hecho un jardincito. Le gustaban las flores y sus horas de descanso las dedicaba a las flores.

En toda su vida jamás había vendido ni una flor ni una plantita; todo aquello era suyo, para trabajar en ello, no para ganar dinero, sino para quedárselo él, para estudiárselo.

Así el hijo se había aficionado a las flores. Cuando el padre murió, la madre arrendó el huerto, dejando al profesor el jardincito y el invernadero.

Y el profesor, cada vez que tenía algunas horas libres, iba a ver a su anciana madre y las flores.

El invernadero y el jardincito se convirtieron también en su refugio en los momentos difíciles, porque no hay mejor consuelo que una buena y querida criatura que sabe callar y buenos y queridos seres que, aunque mudos, nos saben hablar.

También en aquella ocasión, el profesor fue a callar con la madre y a hablar con sus flores y se quedó allí hasta la noche: se había olvidado de todo y de todos. Pero repentinamente va y llega Nappy en su coche topolino.

Nappy era el novio de la hija del profesor, y el profesor, francamente, no lo tragaba. Era un chico muy majo y tenía la virtud de hablar poco; pero todas las veces que el profesor se lo encontraba, sentía una sensación de hastío.

«¡Nappy —pensaba el profesor—, uno que se hace llamar Nappy y que delante de mi mujer se comporta como un cabo ante el generalísimo, no puede ser más que un tonto!»

A decir verdad, el profesor habría tenido que añadir: «Como yo», pero uno no puede ser completamente sincero consigo mismo. A no ser que quiera, como se suele decir, «hundirse».

De modo que llegó Nappy con el topolino, y el profesor, en cuanto oyó rugir al coche, se fue al encuentro del visitante. No quería de ningún modo que viera el jardín o el invernadero.

—Me manda la señora Erminia —farfulló Nappy.

—¡Hubiera preferido pensar que había hecho algo por iniciativa propia! —contestó el profesor—. ¿Ha pasado algo especial?

—No, señor. Pero la señora Erminia ha dicho que si usted no vuelve a casa, vendrá ella aquí.

El profesor volvió con Nappy, llevando en el corazón un sombrío presentimiento.

Se encontró con la casa llena de gente y todos en seguida le rodearon y le sumergieron en un río de palabras que le dejó sin respiración. Cuando, finalmente, se quedó solo con su mujer, el comendador Scoffini estaba ya a la caza de los peces gordos de la radio y llevaba en el bolsillo una solicitud firmada por el profesor Annibale Tabacci.

La señora Erminia había ganado.

El profesor había renunciado ya a luchar: le llegó la comunicación de que la solicitud había sido aceptada, invitándole a mantener el examen preliminar: encajó el golpe sin rechistar.

Nappy lo llevó como a un saco de patatas a la radio, y el profesor respondió con indiferencia a todo lo que le preguntaron los expertos.

Cuando los periódicos publicaron su nombre y su foto como futuro participante del concurso de la televisión, no dijo esta boca es mía.

Vivió días llenos de angustia y, no sintiéndose con fuerzas para reaccionar, invocó desesperadamente una intervención superior. Cuando el director del instituto lo mandó llamar, el corazón le dio un vuelco de alegría.

Pero el director no lo trató mal, no le impuso, por el decoro del instituto, retirar su candidatura del concurso de televisión; al revés, lo felicitó y lo incitó a mantener alto el buen nombre del instituto.

Llegó así la primera prueba y el profesor, sin saber cómo, se encontró en un escenario y sintió mil ojos clavados en él.

El presentador le hizo las preguntas de ritual: cómo se llamaba, a qué se dedicaba, cómo le había entrado la afición por las flores y otras cosas del género. El profesor balbuceó algunas inconcretas palabras de contestación. No se había preparado y no recordaba bien ni su propio nombre, ni su profesión ni todo lo demás.

Pero cuando le preguntaron sobre flores, el profesor se disparó: aquellas cosas sí que las sabía bien. Cosas elementales, de principiantes.

Cuando se le pidió una aclaración, los sumergió con un alud de nociones y le tuvieron que pedir que parara. Se marchó seguido por una lluvia de aplausos: había ganado trescientas veinte mil liras.

El segundo jueves llegó con una facilidad deslumbrante a las seiscientas cuarenta mil.

El tercer jueves alcanzó triunfalmente la cima del millón doscientas ochenta mil.

Y, a la semana siguiente, dobló victoriosamente.

Había ganado dos millones quinientas sesenta mil liras.

Fue entonces cuando la señora Erminia perdió la calma.

La señora Erminia, aquella noche, volvió a casa excitadísima.

—¡Ha llegado el momento del desquite! —exclamó en cuanto los vecinos que habían venido a felicitar al triunfador se hubieron marchado—. ¡Maria Grazia: tu madre te necesita!

El profesor miró a su hija, la hija miró a Nappy, luego los tres miraron boquiabiertos a la señora Erminia.

—¡Maria Grazia! —declamó la señora Erminia, golpeándose el pecho con la mano—, ¿sabes quién es esta mujer?… ¡No te dejes engañar por el traje de

mal corte, por el cabello mal peinado, por su aspecto descuidado, por la mirada cansada, por el rictus amargo de la boca! Esta mujer es Erminia Felletti de Tabacci, de cuarenta años. Parece vieja, pero es la sordidez de tantos años de vida estulta lo que la ha entristecido. ¡Maria Grazia, esta mujer es tu madre! Y tú vengarás a tu madre. Tú tendrás todo lo que tu madre no ha podido tener nunca. Tu madre ha vivido toda una entera vida gris y oscura; tú, en una sola noche, la vengarás. Estarás guapísima, elegantísima y millones de personas te van a ver. ¡Millones! ¡Un triunfo concentrado en mil triunfos!

El profesor no conseguía comprender qué diablos le estaba pasando por la cabeza a la señora Erminia, y tampoco Nappy, a ser sinceros, llegaba a entenderlo.

Al fin la señora Erminia se expresó:

—Niba —le dijo al profesor—, el jueves que viene te enfrentarás con la última prueba y podrás llevar a un experto contigo a la cabina. ¡El experto será tu hija! Peinada por el mejor peluquero de Milán, vestida por la mejor modista de Milán, maquillada por el mejor maquillador de Milán. Y millones de personas la admirarán. Su fotografía saldrá en todos los periódicos. ¡Niba, ésta es mi venganza!

El profesor se sintió desfallecer; por sí solo no podía recobrarse y miró a su alrededor en busca de ayuda; pero Maria Grazia estaba ya dominada por la misma fiebre que su madre y Nappy la contemplaba sonriendo como un imbécil.

Intentó lo intentable.

—Erminia —balbuceó—, pensémoslo con calma. ¿Y si yo no pasara la última prueba y perdiera? Piensa en qué situación más incómoda se encontraría Maria Grazia.

—¡No habrá ninguna situación incómoda! —gritó la señora Erminia—. Tú vas a ganar y, aunque perdieras, nada cambiaría para Maria Grazia. Estaría lo mismo de guapa, lo mismo de elegante. ¡Lo mismo de admirada! ¡Lo mismo de lanzada!

El profesor no cejó. Se trataba de algo demasiado importante y no podía rendirse:

—He hecho lo que no tenía que haber hecho jamás: mostrarme en un escaparate. No es admisible que ponga también a mi hija en un escaparate. No veo…

—¡No ves porque estás ciego! ¡Pero yo sí que veo bien, y Maria Grazia me vengará! Nappy, mañana a las nueve de la mañana nos llevarás a la modista. No hay ni un minuto que perder.

Siguieron unos días turbulentos constelados de telefonazos y gritos. El profesor se encerró como un caracol en su concha. Además nadie pensaba en él, a nadie le importaba. Iba y venía gente, discutían, la casa parecía haberse convertido en un mercado; pero ni un perro se dignaba dirigir una mirada al profesor.

Era el que menos importaba. Incluso menos que Nappy, porque éste tenía coche y podía ser utilizado para el transporte de materiales y de personas.

Volvieron a acordarse del profesor a primeras horas de la tarde del jueves: todos habían hecho milagros y Maria Grazia estaba lista.

Lo llamaron al salón y se la mostraron emperifollada de pies a cabeza.

En el salón había otras quince o veinte personas y todos estuvieron de acuerdo en afirmar, en voz alta, que Maria Grazia estaba maravillosa.

La señora Erminia padecía incluso como si estuviera gozando de una visión extraterrestre.

Al profesor le entraron ganas de llorar de desesperación. Ahora el profesor ya no podía ni pensar en evitar la derrota.

Porque, para el profesor, se trataba de una derrota total.

Esperó la hora fatal.

Esta vez no podían apiñarse en el topolino de Nappy; Maria Grazia, tal como iba engalanada, tenía necesidad de un coche espacioso. El comendador Scoffini ofreció su potente coche fuera de serie y la señora Erminia subió con la hija.

El profesor, en cambio, siguió con el cochecito de Nappy.

En el primer semáforo, Nappy encontró el valor de decir lo que desde hacía días le quemaba la punta de la lengua:

—Profesor, la señora Erminia me ha hablado de la dote.

—¿La dote? ¿En qué sentido?

—La señora Erminia dice que, de los cinco millones que va usted a ganar, dos y medio serán para la dote de Maria Grazia.

—¿Y qué? —mascculló el profesor.

—Esta noche no doble. Me casaré igual con ella sin dote.

El profesor no esperaba algo semejante y se quedó perplejo.

—Profesor —siguió apremiante Nappy—, comprendo lo que puede pensar. Que a lo mejor luego no me casaré con ella… Tenga la seguridad. Tengo en el bolsillo una declaración en la que, en caso de faltar a mi palabra de casarme, me comprometo a resarcirle dos millones quinientas mil liras… Es un documento hecho ante notario… Tengo un pequeño apartamento mío y sobre el mismo se gravaría una hipoteca a su favor… Profesor, yo no quiero

que Maria Grazia entre en la cabina con usted. No quiero que se le suban los humos a la cabeza… No quiero que se convierta en algo de todos. Intente comprenderme, profesor… Yo no soy un joven moderno. Me comporto como la gente de mi tiempo, pero soy un hombre chapado a la antigua.

Al profesor se le escapó:

—¿Y cómo es que se hace llamar Nappy?

El joven se sonrojó:

—Es Maria Grazia que quiere… No le gusta mi nombre… Me llamo Napoleone.

—¡Es tonta! —exclamó indignado el profesor—. ¡Napoleone es un nombre serio y hermoso!

Tan hermoso como Annibale, naturalmente.

Ya habían llegado. Bajaron del coche y entraron por la puertecita de servicio.

—La señora y Maria Grazia esperaban excitadísimas entre bastidores. El concurso ya había empezado.

La señora miró con profunda indignación al marido, aunque no le pudo decir nada porque ya había llegado el turno del profesor.

Y éste se dirigió con paso decidido.

El gran aplauso de entrada, luego la pregunta ritual del presentador:

—Profesor, ante todo, ha llegado usted a dos millones quinientas sesenta mil liras, una cifra más que respetable. ¿Lo toma o lo deja?

—Soy un pedagogo —respondió tranquilamente el profesor—, y a menudo hablo a mis alumnos de humildad y de discreción. Ésta es una excelente ocasión para explicarme con un ejemplo. Lo tomo.

Saludó con una inclinación y se marchó sin más.

Al salir, no vio a nadie ni habló con nadie. Encontró un taxi que parecía enviado por la divina Providencia, y marchó hacia su refugio.

Durmió en la casucha, en su cama. Y durmió profundamente.

Se levantó pronto por la mañana y se fue al invernadero.

Todo parecía normal en el invernadero; sin embargo, había ocurrido algo extraordinario.

El profesor se dio cuenta de ello mientras avivaba el fuego en la estufita, y el hecho inesperado, milagroso, lo llenó de alegría y de temor.

Hacía diez años que el profesor estaba trabajando en *su* orquídea. Y en diez años la plantita no había llegado nunca a florecer. Nunca había llegado a formarse completamente una flor y a abrirse.

Ahora, allí estaba la flor. Estupenda y distinta de todas las demás.

Su orquídea.

Se quedó allí admirando aquel esplendor conteniendo la respiración; la orquídea brillaba como con luz propia.

Se quedó un montón de tiempo en muda contemplación y la llegada de Nappy lo tomó de sorpresa.

Nappy estaba vivamente emocionado y hablaba con gran exaltación.

—Ha pasado lo que se puede imaginar —dijo al fin—. Algo horrible…

Se secó el sudor de la frente.

—Lo siento —se dolió el profesor—. Lo siento sobre todo por Maria Grazia… ¿Está enfadada conmigo?

—No. Al ver la reacción de su madre, se ha asustado. Está segura de que la señora Erminia nunca le perdonará, profesor, y piensa que vivir en su casa va a ser algo tremendo… No se siente capaz.

—¿Y bien?

—Pues que hemos pensado en casarnos en seguida. Estoy aquí para pedirle la mano de su hija… Aunque me parece una mala jugada abandonarle a su destino después de haberle creado la mar de preocupaciones…

—Ninguna preocupación, joven. Nunca he estado tan tranquilo como en este momento… Naturalmente, vas a tener que echarme una mano. Para volver a casa voy a necesitar un salvoconducto.

Nappy, tras saber cuál era su misión, se puso en seguida manos a la obra. Eran las nueve: a las diez, fotógrafos y periodistas invadían el invernadero.

Eso permitió que todos los periódicos de la tarde pudieran llevar amplios reportajes cuyo contenido era más o menos el siguiente:

> «A pesar de haber rechazado pasar la última prueba, el profesor Annibale Tabacci ha ganado igualmente. La orquídea por la que llevaba penando diez años, finalmente se ha decidido a darle una flor. Es una flor estupenda, resultado de la hibridación, etc., y su creador ha querido darle el nombre de su señora. “Hace diez años que deseo ofrecer una flor a mi mujer —ha dicho sonriendo el profesor Tabacci—. Y ésta es la ocasión”. En la Royal Agricoltural Associating de Londres, la novísima orquídea será, pues, inscrita bajo la denominación de *Cattleya Erminia*. La historia de la *Cattleya Erminia* es larga e interesante. En 1947…».

Fue Nappy quien llevó a la señora Erminia todos los periódicos con los reportajes sobre la *Cattleya Erminia*. Eso sucedió hacia las cinco de la tarde. El profesor llegó una hora después.

La señora Erminia, durante un buen rato, hizo ver que no se daba cuenta de la presencia del profesor. Luego, al cabo de un rato, preguntó malhumorada:

—En las fotos no se ve nada. ¿Es, al menos, una flor bonita?

—Digna de una reina —contestó el profesor.

El alba del comendador

(CUENTO)

Despertándose sobresaltado, el comendador miró el despertador y tomó mentalmente nota: «La bomba ha explotado a las seis cincuenta y dos».

En aquel instante llegó un grito desgarrador de la habitación contigua. «La bomba ha explotado allí —pensó el comendador, horrorizado, mientras saltaba de la cama y se precipitaba hacia la pequeña puerta comunicante—. ¡Con qué me voy a encontrar!»

En la otra habitación encontró a la señora sentada en la cama, con los ojos abiertos desorbitadamente y agarrándose con las manos los cabellos despeinados. En aquellas condiciones, la señora perdía mucho de su habitual atractivo, aunque distaba mucho de dar la imagen de una criatura destrozada por una bomba.

—Debe de haber explotado algo en la cocina —resolló la señora—. La estufa de gas, la nevera, la lavadora eléctrica.

Al comendador no le fue necesario buscar en la cocina la explicación del misterio: la encontró en la biblioteca.

El trasto que había provocado el cataclismo estaba allí, temblando de miedo pegado a la pared.

—¡Bobi! —gritó el comendador, asombrado e indignado.

—Quería volver a poner en su sitio el anteojo grande en el estante de arriba de la librería —balbuceó el llamado Bobi.

La señora acababa de llegar.

—¡Míralo! —gimió tras haber observado desconcertada al pequeño desgraciado—. ¡Mira cómo se ha puesto! ¡Y cómo ha puesto la alfombra! Pero ¿qué has hecho?

La verdad era que la cuestión no estaba clara: a las seis cincuenta de un domingo de febrero había sentido la necesidad de volver a poner en su sitio el anteojo del que, por alguna razón, se había servido. Juntando dos sillas para

que pudieran sostener encima una tercera, el llamado Bobi había montado una pirámide, subiéndose a la cual podía alcanzar la altura deseada.

Una vez allí arriba, la tercera silla le había resbalado de los pies y el temerario, al caer, se había agarrado a un considerable busto de bronce colocado encima de un alto trípode de madera situado junto a la librería. Antes de llegar al suelo, el busto broncíneo había desintegrado una mesita atiborrada de preciosas figuritas.

Hasta aquí todo estaba claro. Lo que era rarísimo, en cambio, es que el llamado Bobi hubiera llevado a cabo la hazaña con el abrigo puesto encima del pijama. Y que hubiera llegado a tiznarse de negro como para ensuciar horriblemente todo lo que había estado en contacto con sus pies, sus manos y su ropa.

—¿Dónde has estado? —preguntó con voz dura el comendador.

—En el terrado —contestó Bobi.

—¿En el terrado? —gritó la señora—. ¿A qué hacer?

—A ver el alba —explicó Bobi—. Por eso me hacía falta el anteojo.

El comendador, cogido desprevenido, optó por una argumentación genérica, por decir algo:

—¡Estas malditas publicaciones de *comics*! —gritó—. Excitan la fantasía de los críos y los impulsan a cometer tonterías.

Se oyó golpear una puerta: alguien se estaba acercando canturreando y la señora reconoció la voz de la camarera más joven.

Así, alterada por el imprevisto despertar, despeinada y con la cara aún no «tratada», la señora demostraba sus cuarenta años; y como no tenía más que cuarenta y dos, la molestaba dejarse ver en aquellas condiciones por una entrometida de veinte años.

—Ahora vete a cambiar y a bañarte —ordenó la señora a Bobi—. Hablaremos de ello en el desayuno.

—Hablaremos de ello en el desayuno —corroboró el comendador, también en pijama, que, aunque llevaba muy bien sus cuarenta y tres años, le molestaba que el servicio le viera vestido así.

Bobi, un par de horas después, se presentó esmeradamente aseado a recibir su parte correspondiente de café con leche, tostadas, mantequilla y mermelada.

Fue recibido con gran frialdad y fue ignorado hasta que la camarera quitó la mesa. El comendador y la señora delante de la servidumbre se abstenían de toda discusión.

—Lo que has hecho esta mañana —reconvino el comendador a Bobi, una vez libre el campo— es injustificable y merece un severo castigo.

—No lo he hecho a propósito —se justificó Bobi—. Cuando cogí el anteojo las sillas no se cayeron. Ha sido una desgracia.

—Se puede perdonar la desgracia —replicó duramente el comendador—. ¡Lo que no se puede perdonar es la estúpida idea de escaparse de casa en plena noche para subir al terrado, al piso dieciséis!

—No era de noche —respondió Bobi—. He subido a las seis.

—¡O sea, que te has quedado casi una hora! —exclamó el comendador—. ¿Y para qué?

—¡Para pescar una pulmonía como una casa y hacer morir del susto a su madre, romper toda una cantidad de objetos buenos, corriendo además el riesgo de romperse la cabeza! —añadió ásperamente la señora.

—Yo quería ver el alba —balbuceó Bobi.

—¡El alba! —gritó el comendador—. ¿Se puede oír una tontería como ésta? ¿De qué te sirve el alba?

—Me servía para los deberes —explicó Bobi—. En la composición del mes tenemos que describir el alba.

El comendador se rió estruendosamente:

—¡Extraordinario! ¡Y tú, para describir el alba, tienes que subir a las seis de la mañana al terrado!

—Desde nuestras ventanas no se ve el alba —murmuró humillado Bobi —. Me he levantado pronto muchas mañanas y he mirado por todas las ventanas, pero no se ven más que casas. Por eso he subido al terrado. Pero al este está el rascacielos. Y la niebla lo cubre todo en lontananza.

Al comendador le costaba dar crédito a lo que oía.

—Giulietta —dijo a la señora—, tenemos un hijo cretino.

Bobi, que había batallado duramente hasta aquel momento, no pudo más y se puso a llorar. Entonces el comendador recobró el dominio de sus sentimientos.

—Bobi, no hay que dramatizar. Hay que razonar. Ya tienes doce años y, por tanto, estás en condiciones de hacerlo. Si el profesor te asigna el tema: «Relatar un hermoso paseo», ¿necesitas dar un hermoso paseo para poderlo describir?

—Paseos he dado muchos —lloriqueó Bobi—. El alba, en cambio, no la he visto nunca.

—¿Y qué tiene que ver? —dijo carcajeándose sarcásticamente el comendador—. ¡El alba es algo obvio!

Bobi lo miró confundido. Evidentemente no comprendía qué significaba «algo obvio».

El comendador intentó explicarse con un ejemplo:

—¿Has visto alguna vez caer a un hombre de tres mil metros?

—No.

—O sea, que no puedes imaginarte lo que le pasa a un individuo si se cae, sin paracaídas, de un avión que viaja a tres mil metros de altitud.

—Se muere.

—Eso es —concluyó satisfecho el comendador—. El hecho de que un hombre, al caer desde tres mil metros muera, es algo obvio. Algo que todos saben, aunque no lo hayan visto nunca.

Bobi no estaba convencido y el comendador se dio cuenta.

—Es inconcebible —exclamó la mar de molesto—. ¡Que con tantas cosas interesantes y útiles como hay para hacer observar a los chicos, haya profesores que aún sigan asignando los famosos «temas de fantasía» que se usaban en tiempos de mi abuelo! ¿Para qué obligar a los niños a escribir cosas para que rellenen páginas de almibarados lugares comunes? «Las estrellas palidecen, el cielo se aclara, se pone rosa, luego el sol se levanta. Brillan las gotitas de rocío, los campesinos van al trabajo» etcétera, etcétera. Eso es lo que quieren.

—El profesor no quiere esas cosas —explicó Bobi—. El tema nos lo da de un mes para otro, para que tengamos tiempo de observar.

—¡Un mes para observar el alba! —se mofó el comendador—. ¡Y menos mal que la escuela ha sido planteada con un enfoque eminentemente práctico!

La señora, que se estaba aburriendo mortalmente, intervino:

—En vez de discutir los sistemas de enseñanza —afirmó—, ¿no sería mejor que tú ayudaras al chico?

—¡Ya, con todo lo que tengo en la cabeza! De todos modos, veamos: ¿cuándo te vence el plazo?

El jueves siguiente era fiesta y Bobi aprovechó para ver si solucionaba el asunto del alba.

Eso se descubrió a las siete cuarenta y cinco, cuando el comendador se disponía a salir.

Bobi no estaba, como creían, en su habitación: la cama estaba vacía y en la mesita de noche había un lacónico mensaje:

«Querida mamá, voy en bicicleta al encuentro del alba. Volveré en seguida».

Pensar que Bobi había salido en bicicleta, en la oscuridad, hacia lo desconocido, aterrorizó a la señora. Y también el comendador se preocupó.

El día era gris, opaco, con una ligera neblina que no presagiaba nada bueno.

La señora en seguida estuvo arreglada y, cuando apareció lista para salir, dijo toda decidida:

—Vamos.

El comendador prescindió del chófer, subió al coche con su mujer y partió.

Luego, tras haber recorrido unos cien metros, le salió espontánea una pregunta:

—¿Por qué lado tomamos?

Milán no es un pueblo y difícilmente puede ser notado un chiquillo que pasa en bicicleta.

Por eso era necesario hacerse la pregunta:

—¿Por dónde habrá tirado Bobi?

—Lo ha dejado escrito en la nota. «Voy en bicicleta al encuentro del alba». Se ha dirigido hacia el este.

No dejaba de «ser algo obvio», mas, inmediatamente, el comendador se formuló una tercera pregunta:

—¿Dónde cae el este?

El comendador, en su vida, se había ocupado y preocupado de mil cosas; pero nunca se había planteado el problema de los puntos cardinales. En una ciudad como Milán, los puntos cardinales tienen muy escasa importancia. La gente no tiene tiempo de ocuparse de las posiciones del sol.

El sol sólo interesa a los viejos que se pasan el día en casa; para ellos sí que un rayo de sol significa algo.

Fuera como fuera, el comendador, al no tener mapas, no podía aceptar la idea de parar a un transeúnte para pedirle informaciones para saber de qué lado nacía el sol.

Un guardia de tráfico le recordó un libro de tercer curso de básica y la famosa figura del chico que, con los brazos extendidos, enseña la regla de los puntos cardinales.

Pensó en la orientación de los mapas geográficos y llegó a la conclusión:

—Si me pongo cara al norte, detrás tengo el sur, a la izquierda el oeste y a la derecha el este.

Todo eso estaba bien, pero necesitaba un punto de referencia.

—Plaza del Duomo, pórticos septentrionales —sugirió la señora.

Fueron a la plaza del Duomo, se orientaron y tomaron el camino del este.

En cuanto salieron de la ciudad les vino encima una fina llovizna que los puso aún más nerviosos. Llegaron hasta Brescia. Desde allí telefonearon y se enteraron de que Bobi acababa de regresar.

El comendador no se enfadó con Bobi; sorprendido por la lluvia, Bobi había tenido que interrumpir su marcha hacia oriente y, tras regresar a la base empapado, lo habían tenido que meter en la cama.

El comendador la tomó con el profesor:

—¡Voy a soltarle cuatro frescas a ese desgraciado! —gritó.

La señora intentó débilmente calmarlo, pero el comendador rechazó toda objeción:

—Que haga lo que le plazca, pero si está loco, no hace falta que vuelva loco a mi hijo. ¿Dónde está la escuela de Bobi?

La señora tenía una vaga idea. Aunque ignoraba totalmente el nombre del profesor de italiano. Sabía, sin embargo, que Bobi iba a segunda clase sección C.

—Me basta —afirmó el comendador, que conocía el alcance de las propinas.

La escuela estaba cerrada, pero el comendador obtuvo con gran facilidad todo lo que le interesaba: nombre, apellido y dirección con la indicación exacta del piso y del color de la puerta. Al cabo de veinte minutos estaba llamando a la puerta del profesor.

El comendador, por el camino, se había preparado un discurso de órdago y se moría de ganas de desahogarse; mas, cuando, después de la vieja y escuchimizada señora que le fue a abrir se encontró ante el profesor, al comendador se le olvidó de golpe todo su discurso, y apenas pudo farfullar su nombre.

—Mi hijo —explicó dificultosamente— está en cama… Tiene un enfriamiento y tendrá que faltar al colegio unos días.

—Lo siento —respondió—. Espero que no sea nada.

—Yo también lo espero —repuso el comendador—. Lo que pasa es que Bobi se preocupa mucho por la composición del mes que tiene que presentar el lunes que viene. Si le puede alargar el plazo se tranquilizaría, lo que redundaría en acelerar su restablecimiento.

El viejo se lo pensó, luego murmuró de mal humor:

—Le concedo una semana de prórroga.

El comendador se dio cuenta que debía considerar terminada la audiencia.

En el coche, a la vuelta, el comendador no hacía más que dar vueltas en las manos a la hojita en que el bedel le había escrito el nombre y la dirección del profesor.

Sí, había leído aquel nombre, antes de llamar a la puerta del profesor, pero la excitación le había impedido evidentemente tomarlo en su debida consideración. Y, por eso, había sido cogido de sorpresa, completamente desapercibido.

«¡Treinta años! —pensó—. Y, al cabo de treinta años, siempre el mismo ceño duro y las mismas maneras groseras de antipático».

Tuvo que reconocer, avergonzado, que él, comendador potentísimo, a sus cuarenta y tres años, ante aquel viejo enclenque, se había encontrado tan atemorizado como cuando tenía doce años. La edad de Bobi.

El comendador era un hombre ordenado y, como sabía navegar en el mar pérfido de los negocios, sabía que nunca hay que tirar ni un trocito de papel escrito, aunque se trate de la nota de la lavandera.

Todo pedazo de papel escrito es un documento y puede servir; su archivo personal era, pues, amplio y perfectamente organizado. En cuanto llegó a casa, se retiró a su despacho y consultó el fichero general. El concepto que le interesaba constaba de cuatro maneras: en la letra A («Adolescencia»), en la letra E («Estudios»), en la letra P («Profesores») y en la letra I («Instituto»).

Dos cajones enteros de uno de los archivadores metálicos estaban reservados al tema en cuestión y contenían todos los documentos escolares del comendador: cuadernos, libros, papeletas, certificados, fotografías de grupos y recuerdos de excursiones.

En la sección del segundo curso, el comendador encontró el famoso cuaderno grande de tapas negras con la etiqueta «Composiciones mensuales para casa».

La cuarta composición tenía como tema: «El alba. Una mañana has asistido al despuntar del día; describe lo que has visto y los pensamientos espontáneos que te ha sugerido».

El comendador no leyó la redacción: aún la recordaba. Volvió las páginas hasta la nota final en tinta roja:

> «Tres. Merecería cero, porque el alumno se ha limitado a reunir, en un infame batiburrillo, todos los más empalagosos y manidos lugares comunes, mostrando una falta total de buen gusto, sentido común y dignidad y honestidad, comportándose como un vendedor de frutas que rescata manzanas podridas de los basureros e intenta venderlas como buenas. Merecería menos que cero: se concede el tres para no impedirle la posibilidad de enmendarse y de rehabilitarse».

El comendador se sonrojó: no había llegado nunca a enmendarse ni a rehabilitarse. Suspendido en el examen de julio, había arrebatado el aprobado gracias a trucos y a maniobras inconfesables.

Un asunto tan sucio que no se había sentido con valor de seguir con el mismo profesor de segundo, y se había hecho cambiar de sección, pasando a la B.

El comendador volvió a leer la nota en tinta roja y se rió:

«Viejo estúpido —pensó—. ¡En el comercio, el vendedor de frutas que sabe vender manzanas podridas por buenas es un as! Tú, con tu palabrería, te encuentras, al cabo de treinta años, a punto de que te echen con cuatro duros de retiro, mientras que yo me encuentro con un capital de dos mil millones de liras, ganadas honradamente».

Al comendador le gustaba la exactitud y, por eso, se sintió en el deber de puntualizar la situación:

«La honradez en sentido absoluto existe sólo teóricamente y funciona sólo en los libros. En cada campo existe una honradez específica: la honradez comercial, la honradez industrial, la honradez política, la honradez científica, etcétera. Una acción quizá llevada a cabo por un ciudadano cualquiera es deshonesta, mientras que si la realiza el Estado es honesta. Para el profesor es falta de honestidad que a un alumno le importe un pito el alba y describa el alba de oídas. Mas, para el alumno que tiene vocación por la actividad comercial, es honesto no perder tiempo y energías preocupándose de cosas que no le interesan y que nunca podrán interesarle».

Pensó en Bobi, que había subido al terrado y que luego se había empapado de lluvia para ir a ver el alba y describirla según el enunciado del tema, pero encontró una satisfactoria justificación:

«Bobi es hijo mío y no puede ser tonto. Se ve que naturalmente no siente vocación por el comercio, sino por otra actividad: literatura, pintura. Actúa así porque le interesa para los fines de su futura actividad».

Le entró, en un segundo tiempo, una sospecha: ¿Y si Bobi no sintiera vocación por ninguna actividad específica y actuara simplemente por honestidad genérica?

Renunció a sacar conclusiones de una hipótesis. Simplemente se propuso vigilar a Bobi. Hasta aquel momento se había preocupado demasiado superficialmente de él.

Pero el comendador sintió un estremecimiento: olvidó que Bobi buscaba estúpidamente el alba, para meditar y centrarse en el Bobi que la buscaba obstinadamente.

Mejor: tenazmente.

«En el fondo —convino el comendador—, bajo cierto punto de vista, hasta podría decirse que Bobi la busca heroicamente».

Aunque era mejor no decirlo.

Volvió a guardar el cuaderno de tapas negras y cerró el cajón del archivador.

Asunto concluido.

Bobi sólo estuvo en cama un par de días. El sábado ya hubiera podido volver a la escuela, pero el comendador no lo permitió. Al contrario, como Bobi ya se había vestido, el comendador salió de casa con un cuarto de hora de retraso porque quiso asegurarse que Bobi volvía a desnudarse y a meterse en la cama.

—Te levantarás a las once —decretó—. Ya has causado bastantes preocupaciones. Mira de no crear más. Estás siguiendo un camino que no me gusta. ¡Y, hoy y mañana, nada de libros!

—La composición del mes… —se atrevió a decir Bobi.

—El profesor te ha concedido una semana de prórroga. Tienes todo el tiempo suficiente para hacer, no una, sino cinco composiciones.

El comendador, aquella mañana, estuvo bastante irascible y trató mal a un montón de gente.

No había, en realidad, ningún motivo especial que justificara su nerviosismo: ¿sería que sentía el tiempo?

El comendador nunca se había preocupado de las estaciones. Su tipo de actividad comercial no dependía de los cambios de estaciones ni nada parecido.

Pero aquel sábado por la mañana la niebla de Milán le ponía nervioso.

—¿Es que no va a lucir nunca el sol en esta maldita ciudad? —le oyó, sorprendido, exclamar el director administrativo.

Y el hecho fue considerado como muy singular.

No tenía ganas de volver a casa y comió en el restaurante.

Volvió a la oficina de peor mal humor que antes y, hasta las cuatro de la tarde, nada cooperó a mejorar la situación.

El milagro ocurrió unos pocos minutos después de las cuatro: la niebla desapareció de repente y apareció un sol de cartel de propaganda turística.

Un rayo de sol hizo brillar el plano de cristal de la mesa de despacho del comendador.

Y el comendador, como si el cerebro se le hubiera iluminado, tuvo una idea fulminante.

Hizo una larga llamada telefónica interurbana y, cuando colgó el aparato, parecía muy satisfecho.

Convocó a todo el estado mayor:

—Veamos de ultimarlo todo. A las cinco tengo que irme.

El comendador regresó a casa a las cinco y cuarto y se encontró con toda una revolución.

Mujeres que iban y venían, mujeres que telefoneaban; mujeres que el comendador no había visto nunca; y todas atareadísimas.

En el salón había la escena madre: la señora, rodeada de un pequeño ejército de mujeres, estaba probándose un fabuloso traje de noche. Estaba excitadísima: de vez en cuando gritaba que sabía que iba a pasar esto y que el defecto del tirante no se iría, y que la arruga de la cadera no iba a desaparecer y cosas del género.

Luego se interrumpía para preguntar si, por Dios, el zapatero había o no mandado los malditos zapatos; y si el joyero, y si la manicura, y si la peluquera, y si la peletera…

El comendador no se esperaba un circo así y preguntó qué pasaba.

—Pasa que son las cinco y veinte y aún estamos en lo más verde. A este paso no sé cómo vamos a poder estar esta noche en la fiesta de los Rodacci… Espero que no me hagas desesperar tú también arreglándote a último momento… ¿Y ha vuelto el coche de la planchistería?

—¿Qué coche?

—El Cadillac. ¿No te acuerdas que lo hemos mandado a la planchistería para repasar el guardabarros?

El comendador no lo recordaba. Por otra parte, detestaba aquel enorme salón sobre ruedas y evitaba escrupulosamente usarlo. Lo que sí recordó es que aquel sábado por la noche tenía que acompañar a su mujer a la fiesta de

los Rodacci. Pensó con harto fastidio que el baile no acabaría antes de las tres de la madrugada.

Intentó lanzar:

—Esta noche tengo mucho que hacer; si pudiera evitar…

La señora lanzó un grito desgarrador que al comendador le heló la sangre:

—Espero no haberte oído bien —exclamó horrorizada la señora—. Espero no haber entendido que puedas pensar en mandarme sola a la fiesta.

—No decía eso —murmuró el comendador.

No añadió que su idea había sido la de convencer a la señora en no ir a la fiesta.

Se retiró discretamente a su despacho y se quedó allí meditando sobre la angustiosa situación; mas no se sentía con valor para enfrentarse a la señora.

A las siete llamó a la vieja camarera, la de toda confianza, que hacía treinta años que estaba en su casa:

—¿Qué está pasando ahora allí?

—Ha llegado el peluquero.

—¿Va a durar mucho?

—Al menos una hora y media.

El comendador le dio unas instrucciones concretas que la mujer aceptó sin discutir.

—Dentro de media hora todo tiene que estar listo —acabó diciendo el comendador.

Media hora más tarde, el comendador salió sin ser visto. Todo se desarrolló según los planes preestablecidos: el taxi le llevó hasta cierta plaza solitaria, casi en el extrarradio. Allí le estaba esperando el chófer con el pequeño descapotable. El comendador se bajó del taxi y, mientras el chófer ocupaba su lugar en el taxi, él se fue a sentar al volante del descapotable.

—¿Todo en orden? —preguntó el comendador poniendo el coche en marcha.

—Sí, papá —contestó Bobi, que estaba allí, al lado del comendador.

Emplearon sus dos buenas horas en llegar a destino; había caído la oscuridad, y ya se sabe cómo son las carreteras de montaña.

Todo estaba bien: todo correspondía a lo que le habían comunicado por teléfono del hotel: un cielo limpio, cuajado de estrellas, dos habitaciones comunicadas magníficas, con grandes ventanas desde las que la vista podía perderse por los montes y la cuenca del lago.

Bobi y el comendador cenaron con apetito y a las nueve ya estaban en la cama.

—Mañana por la mañana despiértenos a las cinco —había ordenado el comendador al conserje.

Pero no hubo necesidad de que los despertaran: a las cinco, Bobi, completamente vestido, estaba con la nariz pegada al cristal del ventanal.

Y esperaba con fe.

El comendador se lo encontró así, y Bobi, en cuanto le vio aparecer, exclamó excitadísimo:

—Mira, papá: el cielo se está poniendo de color de lápiz de tinta. El mar es hermoso, pero da un poco de miedo.

—No es el mar —explicó el comendador—. Parece un mar en borrasca, con las olas rompiendo contra los escollos y convirtiéndose en espuma. Pero eso no es agua: son nubes bajas, que cubren todo el fondo de la cuenca del lago. Y los escollos son las cimas de las montañas entre las que se insinúa el lago.

En realidad el espectáculo iba volviéndose más sugestivo cuanto más iba aclarándose el cielo detrás de la montaña azul espolvoreada de nieve.

Bobi miraba encantado; pero el comendador, a pesar de estar excitado, no había perdido la calma y, mientras hacía notar a Bobi este o aquel detalle, no dejaba de tomar diligentemente apuntes.

La cuenca del lago, hacia el sur, tenía una gran brecha y se veía el océano de niebla que cubría la llanura lombarda.

—Allí abajo está la ciudad sumergida —explicó el comendador—. Y, al fondo, entre los restos del colosal naufragio, yace el nuevo vestido de noche de tu madre.

Bobi miró extrañado al comendador.

—No te preocupes —le tranquilizó—. El vestido de noche de tu madre no tiene nada que ver con el tema. No es pertinente. De todos modos, esta noche te llevaré hasta la puerta de casa. Tú subirás y yo me iré a dormir al hotel. Daré señales de vida el martes o el miércoles. Te daré mi número de teléfono y tú, de vez en cuando, me telefoneas explicándome la situación.

Acabado el espectáculo, el comendador y Bobi se pusieron en seguida a trabajar. El comendador leyó sus apuntes y Bobi tomó diligentemente nota en un cuadernito suyo: el alba ya estaba centrada.

A última hora de la tarde, Bobi fue trasladado a la puerta de su casa. Luego el comendador se dirigió al exilio.

A las diez de la noche, el comendador recibió el primer mensaje telefónico de Bobi:

—Será mejor que no salgas ni del hotel.

—¿El traje?

—Lo ha roto a pedacitos, con los dientes.

—¿La ha tomado contigo?

—Ha dicho que no quiere volver a verme porque ya no soy su hijo.

Las llamadas del lunes, del martes y del miércoles fueron en el mismo tono.

La llamada del jueves resultó menos deprimente:

—Dice que intentará olvidarte. La señora Milly la ha aconsejado que vaya a México a divorciarse. Ella ha contestado que ya lo estaba pensando.

El viernes Bobi estaba angustiado:

—Ha venido el ingeniero Listelli: quería hablar contigo. «¿A quién busca?», le ha preguntado mamá. «Al comendador», ha explicado el ingeniero. «Jamás visto ni conocido —ha respondido mamá—. Usted se ha equivocado de señora».

—De acuerdo —masculló el comendador—. Si ya no me conoce, mañana puedo ir a casa como un extraño.

El comendador volvió a la noche siguiente, a la hora de cenar, aprovechando el factor de que, en presencia del servicio, la señora no admitía discusiones.

Al verlo aparecer, la señora hizo, sin embargo, una excepción:

—¿Es el nuevo chófer? —preguntó a la camarera, que era joven y más bien tonta.

—No, señora; es el señor —contestó la chica.

—¡Lástima! —contestó sarcástica la señora.

El comendador pasó el domingo en la oficina: tenía un montón de asuntos pendientes. Volvió tarde por la noche y se metió en seguida en la cama.

El lunes lo dedicó todo a la oficina; en parte también para olvidar que la señora le ignoraba con tanta intensidad que le hacía angustiosa la existencia.

El martes por la noche regresó animado de una férrea decisión:

«Seré yo el primero en hablar. Que pase lo que Dios quiera».

Al llegar a casa se encontró a Bobi que estaba esperándole. En cuanto lo vio le puso en las manos un cuaderno con tapas negras.

—El profesor —resolló— me ha corregido la composición sobre el alba.

El comendador abrió cautamente el cuaderno y buscó la maldita nota en rojo. La encontró:

«Nueve. Merecería diez por la diligencia y la agudeza de las observaciones, por la naturalidad y la sinceridad de las consideraciones, por la honestidad con la que hace distinciones entre observaciones y pensamientos suyos y observaciones y comentarios del padre. Incluso esta constante referencia a las palabras del padre demuestra la delicadeza de los sentimientos del chico. Es un relato que conmueve hasta a un viejo profesor y que consigue, incluso, hacerle sonreír cuando, por ejemplo, con desarmante naturalidad, el escritor refiere las palabras del padre sobre el nuevo vestido de la madre, que yace en el fondo entre los íntegros escombros de la ciudad sumergida. Se concede nueve porque es imposible merecer el diez en una composición de italiano».

El comendador volvió a leer la nota: tenía algo especial, estaba seguro, pero no acababa de descubrirlo. Por fin lo descubrió: el profesor, al hablar de Bobi, le llamaba «el escritor». Un *lapsus calami*, evidentemente, Pero con cierto significado:

«Se concede nueve…».

«Tres más nueve, doce. Doce dividido por la mitad, seis. ¡Lo he enmendado!», pensó el comendador.

«Lo hemos enmendado», rectificó mentalmente.

«Y también me he rehabilitado», se sintió casi autorizado a añadir, ya que, a sus cuarenta y tres años, por fin había visto un alba y se había dado cuenta que un alba no es «algo obvio».

La señora, desconocedora del asunto, lo esperaba, de pie, en medio de la sala de estar, con la cara estirada, enojada y despectiva, como una emperatriz cruelmente ofendida.

—¡Toma! —soltó, riéndose, el comendador pasando al lado de la señora y propinando un buen azote en aquel trasero de hielo.

La señora se quedó un instante desconcertada, luego abrió las persianas de par en par y, empezando a decir que no debía haberse casado con un descargador, siguió hablando hasta que se le secó la garganta.

—Puedes volver a repetirlo, no te he oído —dijo en ese momento el comendador.

Y no fue una salida jocosa porque, efectivamente, durante todo aquel rato el comendador había seguido pensando en la nota en rojo y no se había enterado de nada en absoluto.

Menos mal, porque la señora, al no sentirse con aliento para repetir su filípica, contestó con voz metálica:

—¡Muy bien, me las pagarás!

Lo que, dicho por una mujer, significa que el asunto ha quedado saldado.

Lo que ha de preocupar son las amenazas que las mujeres se proponen y no dicen.

Tanto es así que, cuando el comendador leyó en voz alta la composición de Bobi y se llegó al punto de la ciudad sumergida y del vestido que yacía en el fondo, a la señora se le escapó la risa.

Asuntos de cartera

(CUENTO)

No habría pasado nada si Celestina un día no hubiera expuesto sus razones.

—Lo que pasa —comunicó a su madre— es que voy a la escuela a disgusto porque no tengo una cartera igual que la que le has regalado a Él por su cumpleaños.

La señora no discutió: aunque casi tenga doce años y ya vaya peinada con «cola de caballo», una estudiante de primer curso de bachillerato no es más que una pobre criatura desorientada.

Como una niña que al traspasar por primera vez el umbral de su casa se encuentra sola en el barullo de la calle.

Por eso, Celestina tuvo una cartera de cuero idéntica a la de su padre, con muchos compartimientos interiores y con dos preciosos bolsillos exteriores. Exactamente igual de forma, color, calidad y precio; pero al mismo tiempo esencialmente distinta, porque Celestina la «personalizó adornando el asa con un gran lazo de lana roja».

Para Celestina, la conquista de la nueva cartera fue un acontecimiento importante. De todo lo relativo directa o indirectamente con el bachillerato, la nueva cartera representaba para Celestina la primera cosa simpática. Y eso tenía su importancia, porque hasta el más miserable pedazo de madera significa, para el náufrago que está debatiéndose en medio del océano, una esperanza.

Para la madre de Celestina, la compra de la nueva cartera significó poco: una pérdida de tiempo; para Él, nada de nada.

Él ni se dio cuenta. Fue Celestina quien se lo dijo:

—Hoy mamá me ha comprado una cartera como la tuya.

Pero Él le hizo sólo el mínimo caso, contestándole:

—Muy bien: esperemos que dentro haya tantas ganas de trabajar como en la mía.

El padre de Celestina no podía ocuparse y preocuparse de disquisiciones familiares: como trabajaba en la industria y en los negocios, cuando estaba en la fábrica pensaba en la industria y, cuando estaba en casa, pensaba en los negocios.

La señora, de vez en cuando, le recordaba que sería muy agradable que pudiera encontrar algún rato para pensar también en su mujer y en su hija; pero él tenía a punto la contestación:

—¿Y por quién lucho? ¿Acaso para mí? ¿Es que no trabajo, acaso, para darte una vida tranquila a ti y un porvenir seguro a nuestra hija?

Entonces la señora lo dejaba correr no porque le faltaran argumentos, sino porque tenía demasiados. Y, en lo referente a la tranquilidad sobre su vida pasada y presente y a las perspectivas de un tranquilizador futuro para Celestina, la señora, además de sus argumentos personales, podía disponer también de los de la señora Maria.

Y la tal señora Maria, a pesar de ser la madre de Él, no razonaba en realidad como una suegra.

—Tu marido —le repetía a la madre de Celestina— es uno de esos trabajadores formidables que, después de haberse matado trabajando durante treinta años, consiguen reunir el dinero suficiente para poner en práctica su sistema infalible de ganar a la ruleta. El padre de tu marido era uno de esos hombres. Creó de la nada una industria y, conquistada una sólida posición, dio el «gran golpe», el que había soñado toda la vida. Lo perdió todo y tu marido tuvo que volver a empezar de cero. Ha conseguido salir adelante porque es un hombre de mucha valía. Pero Celestina no es un hombre de mucha valía.

La madre de Celestina había intentado una vez tratar ese tema con su marido, pero él le contestó de tal modo que se le quitaron las ganas de volver a probarlo:

—He llegado a ser quien soy sin tus consejos. Referente a mi padre, que descanse en paz. Yo razono con mi cabeza, no con la de mi padre. Y, hasta hoy, mi dinero siempre lo he invertido bien.

Eso era la pura verdad: había colocado su dinero magníficamente. Aunque, al actuar así, se había comportado como el famoso formidable trabajador que custodia celosamente sus ahorrillos para llegar a la suma necesaria para desbancar Montecarlo con el famoso sistema infalible.

La obsesión del «gran golpe» la tenía; y era justo esa obsesión lo que le daba fuerzas para luchar.

Se había provisto de escopeta no para llevársela de paseo, sino para disparar a la liebre. Y por eso se preocupaba en llevar siempre consigo la escopeta cargada y la cartuchera llena de buenos cartuchos, y se movía con los ojos bien abiertos, atento a cualquier chasquido, a cualquier movimiento de las hojas, con el arma siempre a punto.

Por lo que fue un gran error por su parte no tomar con la debida consideración el hecho de que Celestina hubiera querido tener una cartera igual que la de papá.

La ocasión del «gran golpe» se presentó. En seguida comprendió que aquella ocasión era el gran golpe. Más que comprenderlo, lo sintió. Lo comprendió después de realizar toda una serie de cálculos en varias hojas.

La sociedad que había construido la presa y que estaba construyendo la central eléctrica era sólida, pero ahora se encontraba en dificultades en lo referente a liquidez. Dinero hubiera podido encontrar el que hubiera querido. Pero los que lo habían ofrecido estaban vinculados a gente que quería controlar la empresa, y los de la nueva sociedad hidroeléctrica, para evitar intromisiones indeseadas, habían preferido recurrir a un particular *limpio*, aunque aquel dinero «independiente» fuera a costar mucho más que el otro.

No lo dudó: la liebre se había puesto a tiro y había que disparar.

Podía entrar en el asunto y decidió no perder el tren que hacía treinta años estaba esperando.

Los acuerdos fueron tomados en gran secreto; la fábrica estaba apartada, en la zona más desierta de las afueras; los de la sociedad se presentaron allí como normales clientes un jueves por la mañana. A mediodía todo estaba concretado; la mañana del sábado siguiente, firma del acuerdo y entrega del dinero.

Para llegar a cubrir la suma necesaria, faltaban sólo cincuenta millones. Un amigo se los prestó, contentándose con un interés módico.

Él no se alteró durante la espera. El Gran Condé durmió profundamente la noche anterior a la batalla de Rocroy: Él, a pesar de sentirse más grande que Condé, no consiguió dormir ni la noche del jueves. Pero se comportó de modo que nadie pudiera darse cuenta. Y en los negocios eso es lo que importa.

La tarde del viernes fue al banco a retirar sus títulos y el dinero para las pagas de los obreros.

Desde que, justo después de la guerra, habían atracado a su cajero, siempre se encargaba Él personalmente de retirar, el viernes por la tarde o el sábado por la mañana, el dinero de la paga de los obreros.

Para ojos indiscretos, todo como siempre.

Del banco se fue directamente a casa y, al llegar, se retiró a su despacho, en espera de la hora de cenar.

Tampoco durmió aquella noche: se quedó adormilado al amanecer, cosa que estuvo mal, porque, cuando se despertó sobresaltado, se dio cuenta que era tarde.

Saltó de la cama malhumorado, con la cabeza confusa. Se lavó y se vistió a toda prisa, se tragó de un sorbo una taza de café que le quemó el paladar, lo que le hizo perder la calma.

Siempre pasa lo mismo: cuando más falta hace el dominio de los propios nervios es cuando surgen muchos de esos pequeños y estúpidos contratiempos que hacen perder el control al hombre más centrado.

Las dos noches sin dormir, la modorra del último momento, el mal despertar, el café hirviendo, el resbalón en el suelo demasiado encerado, el cigarrillo encendido del lado del filtro y otras cosas por el estilo se añadieron a todo lo demás y pusieron a un industrial de nervios de acero como a un hombrecillo cualquiera.

Y Él se comportó como un hombrecillo cualquiera: gritó, trató mal a todos, afirmó que aquélla era la casa peor organizada del mundo y, cuando finalmente hubo salido de casa y llegado al segundo rellano, se dio cuenta que se había dejado el pañuelo, la cartera de bolsillo y la estilográfica.

Volvió a subir, rugiendo, las escaleras, entró en casa como un rayo, dejó la cartera de mano encima del arcón del recibidor y, una vez en su habitación, se puso a buscar el billetero y la pluma, que, naturalmente, no estaban en la mesilla donde los había dejado por la noche, sino en una estantería del cuarto de baño, donde los había llevado consigo por la mañana.

Recuperada la pluma y el billetero, echó una ojeada al espejo, cosa que tampoco le satisfizo.

—¡Doy asco! —se reconvino Él.

Se acordó instintivamente de eso de que «el noventa y tres por ciento de los hombres de negocios deben su éxito a la frescura de su rostro perfectamente afeitado», y decidió afeitarse.

El aspecto tenía efectivamente su peso en los negocios. Él lo sabía por experiencia.

Aunque se emplee la milagrosa máquina de afeitar X y la milagrosa crema Y, para afeitarse, se requiere cierto tiempo. Cuando Él, tras haberse refrescado convenientemente la cara, se fue al recibidor, se encontró con Celestina, que ya estaba preparada para ir a la escuela.

—¿Voy contigo? —preguntó Celestina.

—No —le contestó Él—. Gigi va a llevarme a la fábrica y luego volverá por ti. Hay tiempo. Y aunque llegaras con unos minutos de retraso, no se va a hundir el mundo.

Celestina no era de la opinión de que el mundo fuera a hundirse por tamaña tontería y volvió tranquilamente al comedor a completar el desayuno.

Él, al pasar por el recibidor, cogió al vuelo la valiosísima cartera y, al cabo de pocos instantes, estaba sentado en su Alfa 1.900 y ordenando al chófer:

—¡Vuela!

El chófer puso todo su empeño en hacer volar el coche y entró en el patio de la fábrica justo mientras estaban bajando de un taxi, que acababa de llegar, los del «asunto».

Él se los llevó inmediatamente a su despacho personal y, en cuanto hubo cerrado la puerta acolchada, dijo sonriendo:

—Muy bien, señores: estoy preparado.

—Nosotros, desgraciadamente, no —le contestó uno de los otros—. El ingeniero tardará un cuarto de hora en llegar.

No importaba: mientras tanto se podía echar una ojeada a los documentos del acuerdo. Así se habría ganado tiempo para cuando llegara el ingeniero.

Él telefoneó a la secretaria y le dio la orden terminante de no molestarle bajo ningún concepto.

—Si se prende fuego a la fábrica, limítese a llamar a los bomberos, pidiéndoles que no hagan ruido con sus malditas sirenas —dijo al final para que la secretaria comprendiera exactamente lo que quería decir.

Celestina no se alteró. Acabó tranquilamente su desayuno y, cuando apareció su madre y se extrañó al verla aún en casa, respondió que Él le había ordenado esperar a Gigi.

—Contento Él, contentos todos —observó la señora, dejando de interesarse por el asunto.

El chófer volvió también volando y no tardó mucho en dar señales de vida, telefoneando desde la portería.

Entonces Celestina, acabada la última tostada del suplemento, se fue tranquilamente al recibidor, tomó su abrigo de encima del arcón y, ayudada por la camarera, se lo puso. Luego, cogiendo su magnífica cartera con el flamante lazo rojo anudado al asa, salió.

No le dijo al chófer que volara y llegó a la escuela cuando todas sus compañeras ya estaban en clase.

La profesora recibió la llegada de Celestina a regañadientes.

—Un minuto más y te dejo fuera —la reprendió—. Esto no es un cine, es una escuela.

«¡Lástima!», pensó Celestina mientras iba a sentarse a su banco. No le dio tiempo de sentarse porque la profesora la intimidó:

—El cuaderno con el ejercicio de latín de los deberes.

Celestina tenía aún la cartera encima del banco; la abrió para sacar el cuaderno que interesaba a la profesora y se quedó, allí, pasmada.

—¿Bien? —exclamó la profesora—. ¿Tienes o no tienes el cuaderno?

Celestina alzó la vista.

—Me he equivocado de cartera —balbuceó.

Todas las chiquillas se pusieron a reír: era demasiado divertido como para ser verdad.

—¡Tonterías! —reprobó la profesora—. No has hecho el ejercicio: ésa es la verdad.

¡Ni hablar! Celestina estaba completamente segura de lo que decía y, cogiendo la cartera, salió del banco y se dirigió a la mesa de la profesora.

—Me he equivocado de cartera —explicó—. ¡Mire!

—¡No quiero ver nada! —se exasperó la profesora—. No acepto excusas. ¿No tienes el cuaderno de los deberes? ¡Cero!

—Señora maestra —imploró Celestina con los ojos llenos de lágrimas.

¡Llamar «señora maestra» a una «señora catedrática»!

—¡Afuera, tú y tu cartera, mal educada! —gritó, rabiosa, la profesora, que hacía más de treinta años que había dejado la escuela elemental, mientras que Celestina la había dejado hacía sólo pocos meses—. ¡Volverás a entrar para la clase de matemáticas!… Si la señora catedrática de matemáticas te acepta.

Celestina salió sollozando y fue a refugiarse a los vestidores.

Se consideraba víctima de la peor de las injusticias. Había hecho el deber de latín y aquélla no era su cartera. Bastaba con echar una mirada a las carpetas, a los papeles y a los pliegos para darse cuenta que aquélla era la cartera de su padre.

La volvió a cerrar y luego miró extrañada el lazo de lana rojo anudado al asa.

Era su lazo. ¿Cómo había ido a parar al asa de la cartera de Él? Se trataba de un problema demasiado complicado incluso para una estudiante de primer curso de bachillerato y Celestina decidió dejar el asunto en suspenso, limitándose a observar para sus adentros:

«Si yo tengo su cartera, él debe de haber cogido la mía».

Esta consideración no la preocupó. Es desagradable, pero hay que decir que la idea hizo sonreír a Celestina.

En realidad no había de qué sonreír; allí, en la oficina de la fábrica, todo había sucedido con una regularidad cronométrica. El ingeniero había llegado al cabo de quince minutos, encontrándoselo todo prácticamente listo y, en el momento de firmar el acuerdo, Él había recapitulado:

—Como se dijo el jueves, cubriré la suma con cincuenta millones en efectivo y los títulos al portador que ahora controlar…

Mientras hablaba, había puesto sobre el cristal de la mesa la cartera y la había abierto, perdiendo el uso de la palabra antes de poder acabar la frase.

Los otros lo miraron preocupados.

—¿Algo no funciona? —se informó el ingeniero precavidamente.

No había nada que funcionara y Él lo demostró balbuceando:

—¡Ésta no es mi cartera! Ayer por la tarde retiré personalmente del banco los títulos, un cheque de cincuenta millones y, además, el dinero para los sobres de las pagas. ¡Lo he puesto todo personalmente en la cartera, llevándola luego directamente a casa! ¡No es posible!

No podía comprender cómo alguien hubiera podido hacerle esa jugarreta y empezó a sacar de la cartera los objetos que había dentro, mostrándoselos a los atónitos señores de la sociedad hidroeléctrica y dejándolos caer sobre el cristal de la mesa, después de haberlos calificado, uno a uno, con una voz en la que vibraba el asombro, la incredulidad y el horror:

—Tebeos, una naranja, dos panecillos, un paquete de cromos, una pistola de plástico, un silbato, una caja de lápices de colores, chicles, un peine, un espejito, un puñal…

—Cuchillo de caza —rectificó el ingeniero.

—Cacahuetes —siguió con voz ausente Él—, ¡un pirulí y papelotes!

Mientras decía «papelotes», volcó el contenido de la cartera encima de la mesa y el ingeniero, pescando algo del montón, lo estudió y luego le dijo a Él:

—Ésta parece una foto suya, señor Bozzotti. No conozco a la señora que está con usted.

—¡Es mi mujer! —explicó Él, después de haber mirado la fotografía.

—Le felicito —dijo, alegrándose el ingeniero, mostrándole algo más—. Si no he leído mal, este cuaderno debe pertenecer a Celestina Bozzotti: «Primer curso de bachillerato, Sección B.»

Entonces Él se acordó de repente que conocía a una tal Celestina Bozzotti y, haciendo un esfuerzo, consiguió establecer de quién se trataba exactamente:

—¡Es mi hija! —gritó.

Recordó entonces también el comentario sobre la cartera igual a la suya.

Cogió el teléfono y le contestó la señora en persona:

—¡Celestina! —resolló Él—. ¿Dónde está Celestina?

—Ha ido a la escuela —explicó la señora.

—¿Con la cartera?

—Claro. ¿Con qué quieres que vaya, con un armario? Él cortó:

—Si vuelve, que no se mueva de ahí bajo ningún concepto.

Colgó y dijo a los señores de la sociedad hidroeléctrica:

—Tiene una cartera igual que la mía. Está claro: ha habido un cambiazo. El tiempo de llegarme hasta la escuela y todo se solventará.

Gritó a la secretaria que le pidiera un taxi y, tras haber vuelto a poner en la cartera de Celestina toda la mercancía esparcida por la mesa, se la puso debajo del brazo y salió.

Le quemaba el suelo bajo los pies y se fue a esperar al taxi fuera de la fábrica, delante de la verja de la puerta.

Celestina no había tardado mucho en serenarse. Se sentía con la conciencia tranquila. Había sido Él quien se había equivocado, no ella. Si Él, que había salido antes, hubiera cogido la cartera exacta, ella no se habría equivocado.

Fue a curiosear por la ventana: hacía un bonito día de invierno soleado y con una neblina tan ligera que parecía polvo de sol. La escuela estaba en un viejo edificio de esos de planta cuadrada, con un gran patio en el centro y un portal monumental que comunica directamente la calle con el patio.

Desde la ventana de los vestidores, Celestina podía ver el portal y a los que entraban y salían por él.

Un espectáculo muy modesto, pero que servía la mar de bien para hacer pasar el tiempo. Celestina se olvidó de sus cuitas, pero improvisadamente le volvieron todas a la memoria. Él estaba en el portal. Tenía una cara tremenda. Estaba hablando con el bedel. Se dirigía a la parte de la sección femenina acompañado por el bedel.

Celestina dejó de razonar: tenía allí la cartera de su padre, había tenido un cero en latín y la habían echado de clase por indisciplina.

La ventana no tenía barrotes; Celestina se puso el abrigo, agarró la cartera, abrió la ventana, saltó al patio.

Encontró el camino libre porque el bedel se había ido con Él.

Sacó una ventaja de casi diez minutos, porque Él tuvo que ir a ver al director, luego esperar a que éste enviara a la vigilanta al primero B, etc., etc., con el resultado de enterarse al final que Celestina, expulsada de clase por indisciplina, se había escapado vete a saber dónde.

Él telefoneó a casa:

—En cuanto llegue Celestina, llamadme a la fábrica. No podía ponerse a buscar a Celestina por las calles de la ciudad, haciendo esperar a los de la sociedad hidroeléctrica por culpa suya.

El taxi lo estaba esperando delante del portal de la escuela; se montó con la cartera y dijo al conductor que lo llevara volando a la fábrica.

El sol, de un momento a otro, había desaparecido y la neblina amenazaba con convertirse en una espesa niebla; el conductor tuvo que proceder con precaución y menos mal porque, al llegar al desierto del extrarradio, se encontró el camino interceptado por un coche atravesado.

Evitó el choque y el taxi paró a unos tres buenos metros del obstáculo. Y si no todo acabó bien fue porque de la niebla surgieron cuatro facinerosos con la cara medio tapada con pañuelos que llevaban pistolas automáticas.

Aunque a los bandidos sólo se les veía los ojos, se notaba que estaban satisfechos: el «primo» que habían visto salir hacía poco, volvía, tal como estaba previsto, con la cartera llena de dinero para pagar la nómina. ¡Buen golpe!

Él no tuvo tiempo de decir nada: le arrancaron la cartera de la mano y le aconsejaron que se estuviera quieto si no quería arriesgar el pellejo.

Como uno de los cuatro había levantado el capó del taxi y había cortado los cables de las bujías, la banda pudo escaparse tranquilamente.

Él se tuvo que tragar casi un kilómetro a pie hasta llegar a la fábrica; y cuando se encontró ante los señores de la sociedad hidroeléctrica, a pesar de haberse afeitado con la máquina de afeitar X y con la crema Y, no tenía aquella fresca apariencia que es el secreto del éxito del noventa y tres por ciento de los hombres de negocios.

—¿Le ha pasado algo? —se informaron.

—Atracadores —jadeó él—. En la avenida, a novecientos metros de aquí. Cuatro, con pistolas. Me han robado la cartera.

Aquéllos eran hombres de negocios, gente positiva, los que no les gustan las novelas de aventuras. No tenían, además, tiempo que perder.

Dijeron con cierta sonrisa:

—Hemos entendido perfectamente, señor Bozzotti. Trataremos con otro.

Rompieron los contratos y se fueron.

Él los dejó irse sin tener ni fuerzas de explicar lo que había sucedido exactamente. Se daba cuenta que si hubiera dicho que los atracadores se le habían llevado la cartera que no era de él, sino de Celestina, o se le habrían reído en la cara o le habrían insultado.

La verdad es la que es, pero no se admite que la verdad sea distinta a lo que debiera ser según la lógica corriente.

Él estuvo ocupado hasta mediodía con la policía, que, avisada por el taxista, fue a la fábrica y quiso saberlo todo, de la a, a la z.

—¿Qué perjuicios denuncia, comendador? —le preguntó al final el comisario.

—Nada —respondió Él—. La cartera no era la mía, era la de mi niña. Mi cartera, que contenía la paga, se la ha llevado a la escuela mi hija.

—Interesante —observó el comisario—. De todos modos, comendador, piense que nosotros somos agentes de seguridad pública, no somos del fisco. Puede hablar con toda tranquilidad.

—Es la verdad —insistió Él—. La pura verdad.

—Como quiera —murmuró sonriendo el comisario.

No salió ni para almorzar: comió cualquier cosa en la oficina y, a la una de la tarde, cuando su mujer lo llamó por teléfono para decirle que Celestina había vuelto a casa con la cartera, con «*todo*», no tuvo fuerzas ni de alegrarse de lo cansado que estaba.

Aparte todo, el «gran golpe» se había esfumado. Había perdido el tren.

Volvió a casa a la hora de cenar y se encontró a su mujer muy excitada: los periódicos de la tarde llevaban ampliamente la noticia del atraco con fotos del taxista y del lugar donde había sido cometido el delito. Fotos de archivo, tomadas en un día de sol deslumbrador, que permitían ver, al fondo, la fábrica Bozzotti con la silueta de sus chimeneas recortada sobre el cielo claro.

—¿Te ha pasado todo esto y no me has dicho nada? —se asombró la señora, enseñándole los periódicos.

—No tiene importancia —murmuró Él—. Aquellos imbéciles han cogido la cartera de Celestina.

—Ya —reconoció la señora—. Los periódicos dicen que te han atracado y robado una cartera que contenía «documentos y, se presume, dinero». De todos modos, podría haberte costado la vida.

—¡Y qué! —contestó Él, sombrío.

—¿Te ha salido mal algún negocio? —se informó la señora.

—¡Claro! —gritó Él—. El mejor negocio de toda mi vida. Podía entrar en un asunto extraordinario. Una sociedad hidroeléctrica… Tú no puedes entenderlo.

—Lo entiendo perfectamente —replicó la señora—. He leído el borrador del acuerdo y lo sé todo. Estaba en la cartera junto con los títulos y el cheque de cincuenta millones. Querías dar el gran golpe, ¿verdad? ¡Cuánta razón tenía tu madre!

—Mi madre entiende tanto de negocios como tú. ¡Nada!

—Me valoras poco —respondió sonriendo la señora.

Él hubiera querido decir todo un montón de cosas, pero, al final, sólo consiguió simplemente murmurar:

—Dejémoslo estar. ¿Dónde está la maldita cartera? Dentro están también las pagas de los obreros.

—El dinero de las pagas está en el cajón de tu escritorio. El sobre con los documentos está en el armario. Los títulos y el cheque de cincuenta millones están a buen recaudo, en la caja fuerte.

A Él le entró una horrible sospecha:

—¿Tú sabes el número de mi caja fuerte?

—No. Por eso los he tenido que guardar en la caja fuerte de un banco. Tratándose de títulos al portador pueden aceptarse también de una portadora. El cheque ya lo habías firmado y lo he ingresado en mi cuenta corriente.

Él estaba a punto de empezar a decir algo difícil cuando entró Celestina.

—¡Aquí está! —gritó él—. ¡Aquí está la señorita que hace que la echen por indisciplina y que luego se escapa!

—Si no se hubiera escapado —concretó tranquila la señora—, habrías recuperado tu cartera y los atracadores se te lo habrían llevado todo.

—¡Hablo de una cuestión de principio! —gritó Él—. Además, si ella no hubiera cogido mi cartera, los atracadores no habrían conseguido nada y yo habría conseguido el mejor negocio de toda mi vida.

Celestina se acordó de todo lo que había pensado en los vestuarios:

—No he sido yo quien se ha equivocado —protestó—. Tú has salido antes que yo y has sido tú quien ha cogido la cartera equivocada. Yo he tenido que coger la cartera que había quedado, no podía escoger. Y además había un lazo rojo en la mía. Por eso no he podido presentar los deberes de casa, me han puesto un cero y me han sacado de clase porque quería enseñar a la profesora que aquélla no era mi cartera. Y tú te has dejado robar mi cartera con todos los cuadernos de los apuntes. Todo un trabajo que tendré que volver a hacer porque, si no, me suspenderán…

—No tengo ganas de discutir —la interrumpió Él—. Volveremos a hablar de ello en su momento.

Quería ser duro, pero no lo consiguió: se acordaba de todo lo que había salido de la cartera de Celestina: el silbato, los cacahuetes, la naranja, su foto…

Pero el asunto que Celestina le había hecho perder era demasiado enorme e importante como para poder ser comparado con las chucherías salidas de una cartera escolar.

Para zanjar la discusión puso la radio e hizo ver que se interesaba por las noticias.

Lo de siempre: llegadas y salidas de ministros, conferencias, inauguraciones, daños provocados por el mal tiempo, etcétera.

Etcétera hasta cierto punto porque el locutor, entre las últimas noticias recibidas, dio una muy grave: una presa, al agrietarse la roca sobre la que estaba asentada, había cedido y las aguas habían arrasado, además de la central eléctrica a punto de ser acabada, medio pueblo, evacuado afortunadamente a tiempo.

Él se quedó sin aliento porque se trataba precisamente de «su» presa, y la señora aprovechó para decirle:

—¡El mejor negocio de tu vida! Si no hubiera sido por un milagro, ahora habrías perdido todo lo tuyo y también algo de los demás.

Fue un duro golpe para Él, que lo dejó un buen rato sin habla. Pero, al final, la alegría de haberse librado del peligro lo excitó:

—¡Los títulos! —exclamó—. ¡Necesito verlos, tocarlos!

La señora meneó la cabeza:

—No los tengo, los he depositado en un lugar seguro. Pero, aunque los tuviera, no te los enseñaría ni de lejos.

Él rechinó los dientes:

—¿Qué pretendes decir?

—Que los milagros no se repiten cuando uno quiere. Si estabas dispuesto a empeñar esos títulos, significa que no los necesitas para tu normal trabajo. Me interesa el porvenir de Celestina. Se quedarán donde están.

Él no esperaba encontrarse, al cabo de tantos años, a su mujer así, y perdió la calma.

—¡Ese dinero —gritó— es mío! Todo menos los cincuenta millones que me han prestado. Ésos me los tienes que dar en seguida, porque sería una locura que pagara intereses por un dinero con el que no hago nada. ¡Eso

queda fuera de toda discusión y me los tienes que devolver el lunes! El lunes por la mañana, en cuanto abran los bancos.

Él estaba sudando y le temblaban las manos, la señora no lo había visto nunca así y le dio pena.

—Celestina —preguntó la señora a la niña—, ¿se los damos esos cincuenta millones?

Celestina no sólo era hija de su madre, sino también de su padre, por eso en seguida vio el negocio y pensó en la contrapartida.

—Él ha hecho que me pusieran un cero, ha hecho que me echaran de clase, ha hecho que se perdiera mi cartera con todos los cuadernos: si quiere los cincuenta millones, ¡que pague! Tiene que volverme a copiar todos los apuntes, con los títulos en tinta roja, tal como quiere la profesora; después tiene que darme su cartera y comprarse Él otra diferente. Y además quiero un kilo de chocolatinas.

La señora abrió los brazos:

—Como apoderado de Celestina te paso la propuesta. Él ahora tenía los nervios tensos.

—El lunes por la mañana, en cuanto abran los bancos… —repitió—. ¡Quiero esos cincuenta millones en seguida! ¡En seguida y sin discusiones!

La señora meneó la cabeza y se volvió hacia la hija:

—Celestina —exclamó—. ¡Démoselos, pobrecillo! ¿No ves lo preocupado que está?

Ni se levantó siquiera, abrió una caja que estaba encima de una mesita, allí al lado, y, sacando una hojita, la puso sobre el mueble de la radio.

—Ésos no los he depositado. Cógelos y tranquilízate.

Entonces, Él recobró de repente la calma. Encendió un cigarrillo, aspiró algunas bocanadas, luego dijo tranquilamente:

—Los milagros no pueden ser puestos en una balanza. Administrativamente hablando, los milagros no pueden existir. El asunto de la presa tengo que considerarlo como si lo hubiera cerrado. Por eso lo he perdido todo, títulos y cheque. Pero para recuperarme no necesito aceptar el chantaje de una mocosa ni la conmiseración de una mujercita. Quedaos con los títulos y también con el cheque. ¡Ya os enseñaré quién soy yo!

La señora lo miró con sincera admiración y, aunque no se olvidó de retirar el cheque y de escondérselo en el pecho, lo hizo con ternura, casi como excusándose de ser una pobre mujer.

Celestina, en cambio, se lo tomó de otra manera.

—Yo no soy una mocosa —declaró sollozando—. Yo no hago chantajes. Yo quiero que tú me vuelvas a copiar todos los cuadernos de apuntes, porque tú tienes la culpa de que se hayan perdido.

—La culpa no es mía ni tuya —tuvo que reconocer Él, que no conseguía olvidarse de toda la mercancía que había salido de la cartera de Celestina—. Es el destino que lo ha querido así. Y un padre tiene razón al juzgar severamente a una niña que intenta endosarle una responsabilidad que él no tiene. Yo puedo volver a copiarte los cuadernos; pero me lo tienes que pedir como un favor.

—¡No! —sollozó Celestina—. ¡No necesito favores! Tú me los tienes que volver a copiar a la fuerza o nada. Y también tienes que darme tu cartera a la fuerza y un kilo de chocolatinas de las que llevan cromos.

—¡Aún tiene que nacer la persona que consiga hacerme hacer algo por la fuerza! —respondió con sarcasmo Él.

Pero estaba mal informado y se dio cuenta en su momento: aquella persona había nacido y se llamaba Celestina Bozzotti.

La verdad es que Él volvió a copiar diligentemente los apuntes, imitando la caligrafía de Celestina, cedió su cartera y concedió el kilo de chocolatinas con cromos. Pero lo hizo con alegría: ahora ya no estaba preocupado por la tranquilidad de su mujer y el porvenir de su hija. Ahora sí que podía prepararse para el «gran golpe»: *sólo ahora* iba a poder disponer del dinero que ganara.

En el fondo, todo quedó aclarado. Sólo siguió oscuro un punto de todo el complicado asunto: ¿cómo había podido pasar el lazo rojo del asa de la cartera de Celestina a la de la cartera del padre?

Pueden aventurarse varias hipótesis: para mí, la única digna de consideración es un acuerdo entre el ángel de la guarda de Él y el ángel de la guarda de Celestina.

Amigos, cuando en una historia podáis echarle un toque de poesía, no lo dudéis. No la empobrezcáis, como en las viejas farsas, recurriendo a la astucia de la esposa o a la distracción de una criada.

Tenemos necesidad de creer en un mundo mejor que, a pesar nuestro, no puede ser de este mundo y, por eso, hay que pedirle ayuda al Cielo.

El hombre más rico del mundo

(CUENTO)

El coche de alquiler se paró, por obra y gracia suya, a unos veinte metros de un garito que, a juzgar por la estación de gasolina instalada junto a la puerta y por los escombros oxidados amontonados debajo del pequeño pórtico, parecía ser un taller.

Como si todo hubiera estado organizado por la oficina de turismo, en cuanto bajé del coche, un hombretón con mono de mecánico salió del garito, asomándose a la carretera y así, sólo tuve que tomarme la molestia de gritarle: «*Please!*»

—¿Francés?

—Italiano —contesté.

—¡Ah! —murmuró el hombretón en el mismo tono que significa haberlo entendido todo.

Después fue decidido hacia la parte posterior del Oldsmobile y, abierta la trampilla y sacado el tapón del depósito, con un palito recogido en la cuneta de la carretera verificó el nivel de gasolina.

Aquel «¡Ah!» de antes me había molestado: relacionándolo con lo que el hombre estaba haciendo, aún me molesté más:

—¡En Italia también sabemos —le comuniqué— que, para hacer andar un coche, hay que poner gasolina en el depósito!

El hombrachón tiró el palito, volvió a poner el tapón, cerró la trampilla, y luego, tranquilamente, explicó:

—He combatido en Italia, conozco Italia. Los coches italianos con un galón de gasolina pueden hacer hasta cuarenta y cinco millas, los nuestros hacen diez o doce.

Le habría podido argüir que hasta un soñador italiano puede entender que entre los quinientos centímetros cúbicos de un coche topolino y los cinco mil de un Oldsmobile hay una diferencia de cuatro litros y medio; pero me di cuenta de su buena intención y lo dejé correr.

Empujamos el cochazo hasta la explanada que había delante del taller y el hombre visitó al enfermo.

—Es poca cosa —dijo, cuando emergió de debajo del capó, mostrándome una pieza que había pescado de no sé dónde—. Pero la pieza nueva tengo que mandar a buscarla a Wolkys y no la podré tener hasta la noche.

Miré a mi alrededor espantado: el taller del mecánico parecía aislado del resto del mundo y la gran carretera asfaltada corría a través de un desolado desierto de color verdoso.

—Estamos en una zona alta y no se ve —me consoló el hombretón, indicando hacia el sur—; pero Kribby está cerca de aquí, a diez millas. En Kribby podrá comer y dormir. Ya le llevaré yo y, mañana por la mañana, cuando el coche esté listo, pasaré a buscarle.

Kribby era un pueblo como otro cualquiera de los ciento que había visto, desde que andaba viajando por las carreteras de América: en una especie de bazar, que funcionaba también como bar y restaurante, encontré una cama limpia donde pasar la noche. Pero eran las nueve de la mañana y, por más que mirara a mi alrededor, no encontré nada que pudiera ayudarme a hacerme pasar el día.

Hacía calor y el mecánico aceptó beber algo conmigo.

—Sólo una cerveza —puntualizó—, porque tengo que hacer un montón de cosas.

—¡Qué suerte! —exclamé suspirando—. Yo, en cambio, no sé cómo entretenerme hasta la noche.

El mecánico pareció darse cuenta de mi triste situación y, mientras se tragaba la cerveza, daba la impresión de alguien que está bebiendo cerveza, pero que está pensando en algo que no tiene nada que ver con ella.

—Wolkys —dijo, dejando la jarra encima de la barra de cinc del bar—. A las diez pasa el autobús que en una hora le dejará en Wolkys. Wolkys es una gran ciudad de un millón y medio de habitantes y allí encontrará mil maneras para pasar el tiempo. Luego, esta tarde, a las siete, el autobús le traerá aquí con la pieza de recambio.

—¡Wolkys, cochina ciudad! —exclamó, como si hablara para sus adentros, un tipo que estaba bebiendo algo, apoyado pesadamente en la barra.

El mecánico lo miró, luego se encogió de hombros y se marchó sin decir nada.

Miré de soslayo al tipo: era un hombre de unos cincuenta y cinco años, ancho de osamenta, pero seco. Estaba observando el contenido de su vaso a

contraluz y aquella mano morena, descarnada y robusta, me resultó familiar. Debía ser la mano de un campesino.

—Wolkys —repitió el hombre sin dejar de interesarse por su vaso—. ¡Cochina ciudad! Y cochino sea el que no comparta mi opinión.

Francamente, Wolkys me importaba un pito, y la idea de haber atravesado el océano por el gusto de ser apaleado por un agricultor de Michigan, no me complacía. Y como el tipo, al final de su última frase, se había vuelto hacia mí, mirándome con aire de desafío, consideré oportuno aclarar mi situación.

—Soy extranjero —le dije— y, para mí, todas las ciudades de Estados Unidos son igual de respetables.

El hombre aprobó moviendo la cabeza.

—Bien dicho —contestó—. Si quiere, le llevo. Yo vivo en Wolkys.

Se puso en marcha y lo seguí; el coche del tipo parecía hecho a su medida. Se trataba de un viejísimo vehículo adaptado para furgoneta con la misma gracia con que un sastre, cortando por las rodillas un par de pantalones negros de esmoquin, los hubiera adaptado para ropa de trabajo, añadiéndole a la parte inferior un par de calzones de tela azul de mono.

En la cabina, sin embargo, se iba bastante cómodo y el viaje comenzó con una salida enérgica.

Al cabo de unos diez minutos de silencio absoluto, el hombre dijo al parabrisas:

—Wolkys, ¡cochina ciudad!, habitada por un millón trescientos setenta y siete mil cuatrocientos veinte desgraciados, más cuatro personas normales: yo, mi mujer, mi hijo y el hijo de mi hijo.

Debió de darse cuenta de no haber aclarado suficientemente la situación familiar, porque añadió:

—La mujer de mi hijo forma parte del millón trescientos setenta y siete mil cuatrocientos veinte desgraciados. También ella se ha dado cuenta que no puede vivir sin esa porquería.

Soltó una mano del volante e indicó, a su espalda, la ventanilla que permitía ver la parte de atrás. Me di cuenta que, atrás, apoyado sobre paja, había un blanco frigorífico.

—He ido esta mañana a comprarlo a Drybourg. Entre ida y vuelta son doscientas millas. Pero vale la pena.

—¿Es más barato que en Wolkys? —pregunté.

—No —contestó—. Es un poco más caro, pero ofrece la gran ventaja de no favorecer a ningún desgraciado de Wolkys.

Siguieron varios kilómetros de silencio; después el hombre volvió a dejar oír su vozarrón:

—Wolkys es una cochina ciudad —reiteró—. Aunque a usted le gustará. Ustedes los extranjeros vienen aquí para ver los rascacielos, las maquinitas automáticas, las fábricas, el progreso y las demás porquerías.

—No —le expliqué—. Yo he venido porque me interesa la vieja América. Con todas las películas que hemos visto y los libros y tebeos que hemos leído de niños, la vieja América, en cierto sentido, forma parte de nuestro pasado, de nuestra vida. Somos unos sentimentales.

El hombre meditó un buen rato el asunto, luego dijo:

—Cuando mi Johnny era aún pequeño y mi mujer no llegaba a recuperarse, un italiano trabajó diez años en casa. Se llamaba Micke, y cuando bebía le entraba añoranza del pasado y se ponía a llorar. A usted le debe pasar algo por el estilo.

—Exactamente —respondí—. Pero sin necesidad de beber ni de llorar.

El hombre meneó la cabeza:

—Era un buen chico y ahora debe de encontrarse bien. Cuando vuelva a su tierra tendría que darle recuerdos míos. Le escribiré el nombre exacto.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé exactamente, pero es de por Cassino. Se fue a combatir a Italia y se quedó. Está en un cementerio norteamericano; en la embajada norteamericana se lo sabrán indicar. Tenía tantas ganas de volver a Italia. Debe de encontrarse bien.

Me entraron ganas de decirle que en Italia uno se encuentra bien sobre todo si está muerto. Pero, como no lo creía, opté por callarme.

—Él tampoco podía tragar a esos desgraciados de Wolkys —gruñó el hombre—. Wolkys era un paraíso y esos desgraciados han transformado la ciudad en un infierno de cemento, de asfalto, de máquinas, de cables eléctricos, de tuberías. No piensan más que en los dólares.

—Pasa lo mismo en todo el mundo —le consolé—. En nuestra tierra, en vez de dólares, piensan en las liras, y están estropeándolo un poco todo; el progreso acaba con la civilización. Por algo de dinero darían el alma, si la tuvieran.

—«Podridos» —dijo en italiano el hombre que tenía que haber aprendido un montón de cosas importantes de Micke.

Wolkys se me presentó de repente como si hubiera surgido de la tierra.

—¿Dónde quiere que le deje? —se informó el hombre.

—Cualquier sitio me va bien.

—¿Qué le interesa ver? ¿La zona industrial?

—No, no —protesté—. Me interesa ver ante todo el centro histórico.

El hombre meneó la cabeza:

—Wolkys no tiene historia. No ha sucedido nada histórico en Wolkys.

—No me he explicado bien: por centro histórico quiero decir la ciudad vieja.

El hombre se rió:

—En este caso, ya hemos llegado. El centro histórico de Wolkys está en las afueras.

Paró el coche y, sin escuchar las gracias que le daba, me dejó y partió.

En efecto, aquél era un trozo de la vieja América y, por eso, se respiraba un poco el aire de la vieja Europa. El tráfico era escaso y, en las callejuelas estrechas, sólo circulaban coches decrépitos.

Barrio pobre sin ser popular: barrio de medias tintas habitado por esa gente que, antes, para darse tono, no pudiendo sacar entrada de butaca de platea y no sintiéndose capaces de ir a general, se conformaban con quedarse de pie detrás de las últimas filas de platea.

Una placita con un banco a la sombra de un árbol antiguo me reconcilió con Wolkys y con la vida. Hasta la máquina distribuidora de Coca-cola, plantada cerca del banco, me resultó simpática, porque hacía un calor sofocante y estaba muerto de sed.

En todas partes cuecen habas y también en América existen, como en Europa, las personas mayores que, al no saber qué hacer, pasean por la ciudad a ver si encuentran gente con quien charlar.

Por eso tienen especial predilección por los sitios en que hay bancos. Allí había uno y, cuando ya había apurado el botellín de Coca-cola, apareció el consabido viejecito.

Vino a sentarse a mi lado, me comunicó que hacía un calor excepcional aquel día y, al cabo de diez minutos, ya lo sabía todo de mí, de mis asuntos y de mi familia.

Se trataba de un viejecito de muy buen aspecto, un profesor de bachillerato jubilado, y cuando le pregunté cómo era que el centro histórico de Wolkys se encontraba en la punta extrema de la ciudad, me lanzó una mirada tan cargada de emoción y de agradecimiento que me enterneció.

Su intención, evidentemente, habría sido la de empezar *ab ovo*, desde Cristóbal Colón, pero debió de leer en mi mirada tanta angustia que me ahorró tres siglos.

Así supe, al cabo de una hora, que Wolkys había sido fundada allí, al principio, pero que los habitantes de Wolkys pronto habían tenido que reconocer que aquél era el peor sitio para fabricar una ciudad. En realidad, el río que atravesaba el núcleo de la población, al encontrar terreno poroso, producía infiltraciones que hacía que las casas fueran inseguras y malsanas. Por eso la ciudad se había desarrollado a las dos orillas del río, en dirección sudeste; o sea, hacia las tierras altas.

Llegó un momento en que, cansados de construir puentes y muros para encauzar el río, los de Wolkys abandonaron la orilla septentrional, ampliando la ciudad sólo a la orilla meridional.

Una historia que me pareció más bien trivial: cosa que el viejo reconoció francamente al final de su detallada exposición:

—La ciudad —contó el viejecito— se agrandó convirtiéndose en un importantísimo centro industrial, como ha pasado en miles y miles de otras ciudades de todo el mundo. Esto, hasta 1906. Cuando fue elegido alcalde el arquitecto Perkinson, en Wolkys empezó su historia.

»Perkinson era un genio —explicó el viejecito— y comprendió que la expansión de Wolkys tenía que ser encarrilada teniendo en cuenta no las exigencias del presente, sino las de los siglos venideros y estudió el gran plan de regulación. Wolkys se extendía desmesuradamente y, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, tendía a alargarse: había que crear no una sola ciudad, sino un conjunto de pequeñas ciudades autosuficientes, cada una de ellas con una característica propia inconfundible. Una vez aprobado el plan general, se inició en seguida la primera realización: la Ciudad del Sol.

El viejecito lo dijo en tono solemne y, levantándose, trazó en la tierra, con la punta del bastón, un gran cuadrado.

—El gran proyecto de Perkinson fue luego abandonado porque intervinieron intereses personales y otros chanchullos —continuó el viejecito —. Pero la Ciudad del Sol es una realidad y es tan hermosa que se ha convertido en el centro de Wolkys, en el corazón de la ciudad.

El viejo completó su dibujo marcando el norte, el sur, el este y el oeste en los márgenes del cuadrado.

—El cuadrado sobre el que surge la Ciudad del Sol es de 1.730 metros por lado —explicó el viejecito, que había vuelto a ponerse a trabajar con la punta del bastón—. Cada lado está dividido en ocho partes para obtener un retículo de sesenta y cuatro cuadraditos. En el centro del gran cuadrado está la plaza del Sol, que ocupa el espacio de cuatro cuadraditos. De la misma parten, en forma de cruz, doce grandes avenidas de un ancho de veinte metros cada una:

tres en dirección norte, tres en dirección sur, tres en dirección este y tres hacia el oeste. Son las doce grandes arterias de los meses y cada una lleva, por eso, el nombre de un mes. Enero, febrero y marzo están en el sector norte; abril, mayo y junio en el sector este; julio, agosto y septiembre, en el sur, y octubre, noviembre y diciembre, en el oeste. ¿Comprende el concepto?

Lo comprendía.

—En el centro de la plaza está el monumento al Sol, con una rosa de los Vientos que orienta automáticamente al que busque alguna localidad de la Ciudad del Sol. Paralelamente a las doce grandes avenidas de los Meses, hay ocho bulevares que, con las doce avenidas, dividen la ciudad en sesenta cuadrados. Haciendo un único bloque de los tres cuadrados de norte-este, de norte-oeste, de sur-este, de sur-oeste, los cuadrados son cincuenta y dos. ¡Doce meses, cincuenta y dos semanas! Mas Perkinson no se quedó ahí. Cada uno de los cincuenta y dos cuadrados fue dividido por siete calles: cuatro en dirección norte-sur y tres en dirección este-oeste. Así, de cada cuadrado normal se obtuvieron veinte manzanas rectangulares de cuarenta metros por cincuenta: la superficie necesaria para un buen edificio. Naturalmente, en los cuatro cuadrados triples, las manzanas resultaron más amplias y sirvieron para la construcción de casas populares económicas. Se obtuvieron así trescientas sesenta y cinco calles: una por cada día del año. Y cada una de estas calles lleva lógicamente el día que le corresponde. La Ciudad del Sol queda delimitada y, a la vez, unida al resto de Wolkys, por cuatro cinturones periféricos, que se llaman Perímetro Norte, Perímetro Sur, Perímetro Este y Perímetro Oeste. ¿Tiene usted que ir a la calle 2 de Enero? Enero está al norte: ¡aquí está la avenida de Enero, y aquí está el cuadrado semanal y la calle del día! ¿No es perfecto?

Me permití argüir una objeción:

—Hay trescientas sesenta y cinco calles. ¿Y en los años bisiestos, cuando hay trescientos sesenta y seis días?

El viejecito sonrió:

—¡Me lo esperaba! Perkinson conocía bien el calendario. En el último cuadrado de febrero hay un pasaje que parte una manzana por la mitad. Se cierra con cadenas y sólo se sacan las cadenas los años bisiestos. El pasaje se llama 29 de Febrero.

El viejecito se sentía legítimamente orgulloso.

—Déjese todo lo demás; lo que tiene que ver es la Ciudad del Sol —me dijo—. La parada de autobús que lleva a la plaza del Sol está a dos pasos de aquí.

Me excusé:

—Sinceramente, puedo prescindir de ello. Mi mentalidad no va acorde con el progreso y, por eso, detesto todo lo que hoy se define como «racional». No hay nada más deprimente para mí que una ciudad o un barrio «modelo».

—Tiene usted que ir a ver la Ciudad del Sol porque, en la plaza del Sol, está el monumento más extraordinario de América, y hasta del mundo, quizá.

El autobús nos permitió apearnos justo en el centro de la plaza del Sol, a los pies de un colosal monumento de bronce dorado, que presentaba un centelleante refrito de alegorías: el Sol, las cuatro Estaciones, los Puntos Cardinales, sin que faltara el Progreso, armado de una lámpara de tres o cuatro mil luces para eliminar las tinieblas del oscurantismo.

—Me lo esperaba —dije melancólicamente.

El viejecito meneó la cabeza:

—El monumento del que le hablaba no es ése: es aquel de allí, entre la avenida de Julio y la avenida de Agosto.

Había aprendido la lección: me volví hacia el sur ayudado por la alegoría de la rosa de los vientos y, entre la avenida de Julio y la avenida de Agosto no vi absolutamente nada. El cuadrado entre la avenida de Julio y la avenida de Septiembre estaba completado por altos edificios, pórticos y estupendas tiendas, como en los otros lados de la plaza; pero el cuadrado de sur-este estaba vacío. Estaba rodeado por una verja, detrás de la cual había un alto y rústico seto.

—El famoso monumento está allí dentro —explicó el viejecito—. Detrás de aquel seto.

Atravesamos la plaza y, acercándome a la verja, intenté curiosear a través de la espesura.

—No veo más que árboles, hierba y una casita —dije al viejecito.

—Eso es: el monumento está dentro de la casita. Se llama Tom Gorth y tiene cincuenta y cinco años. Su bisabuelo compró ese pedazo de tierra en 1856 y enterró en él toda su vida para hacerlo productivo. Lo consiguió y, cincuenta años más tarde, cuando, en 1906 fueron a preguntarle si quería vender su tierra como zona edificable, los echó a cajas destempladas. El viejo murió poco después; y, como la ciudad seguía expandiéndose condenadamente, volvieron a la carga con el hijo. Y siguieron volviendo a la carga con el hijo del hijo, que no es otro que el tal Tom Gorth. Ahora, el cuadrado de Tom Gorth es el único vacío de la Ciudad del Sol y, hoy, la

Ciudad del Sol es el centro de Wolkys. Lo han intentado todo; han sacado a relucir la estética, la utilidad pública, y Tom Gorth ha contestado que la estética de un campo de cereales es mucho mejor que la de un armatoste de cemento armado y que, si los constructores se ponen de acuerdo para hacer edificios, no se puede hablar de utilidad pública porque el público está compuesto por bastante más de cuarenta o cincuenta personas. Antes sólo había un seto: lo obligaron a construir una verja y él se quedó ahogado, pero la construyó.

»Trabajando en su oficio: de agricultor. Son cinco hectáreas y media aproximadamente de tierra fertilísima. La trabaja ayudado por su hijo, su mujer y la mujer de su hijo; tiene alguna buena vaca en el establo, pero ahora se dedica sobre todo a las hortalizas, porque están estudiando la manera de prohibirle tener vacas en el centro urbano.

Tom Gorth me resultó inmediatamente simpático:

—¿Y sale adelante bien?

—Al menos él está contento —contestó el viejecito—. ¿Sabe lo que le ofrecieron por la tierra el año pasado?

—No tengo ni idea.

—Hay exactamente 53.824 metros cuadrados; a unos cuatrocientos sesenta dólares el metro, son veintiséis millones y medio de dólares.

Eché cuentas: trescientas mil liras el metro no es un precio alto. En Milán se han vendido terrenos a un millón de liras el metro. Y veintiséis millones y medio de dólares son diecisiete mil millones de liras.

—¡Imposible! —musité.

—Es la pura verdad —replicó el viejecito—. Y seguirá rechazándola aunque le ofrezcan quinientos y hasta seiscientos dólares por metro. Y su hijo Johnny es de la misma pasta.

Di las gracias al viejecito porque ya era hora de ir a comer y nos despedimos. Pero no fui al restaurante: di vueltas alrededor del gran cuadrado verde hasta encontrar la entrada. Me bastó abrir la manecilla de la puerta para encontrarme ante una normal finquita cultivada estupendamente y con hortalizas dignas de exposición. La casa de campo estaba en medio de la finca y, bajo el pórtico, estaba Tom Gorth.

El tipo que me había traído a Wolkys en la furgoneta.

—Se ha olvidado de darme el nombre de su amigo —le recordé.

Me miró receloso:

—¿Cómo se las ha arreglado para encontrarme? Wolkys es grande.

—Sí, pero tipos como usted, en Wolkys, hay pocos. Aparecieron el hijo y el nieto y parecían dos copias exactas de Tom Gorth.

—Es el tipo que traje de Kribby —explicó Tom Gorth al hijo—. Llevará recuerdos nuestros a Micke.

—Es usted muy amable —murmuró el hijo.

Vino la mujer del hijo a decir qué hora era, y así, a primera vista, me pareció que Tom había exagerado al clasificarla entre el millón trescientos setenta y siete mil cuatrocientos veinte desgraciados de Wolkys, sólo por haber querido un frigorífico.

Al acordarme de ello se me ocurrió decir en voz alta:

—El frío no lo han inventado los de Wolkys y el hielo hace falta; si no, Nuestro Señor no lo habría creado.

Tom me miró.

—Su razonamiento es bueno —rezongó—. Pero Nuestro Señor no hace el hielo a máquina. De todos modos, venga a la mesa con nosotros: también hay para usted.

—Acepto sin hacer cumplidos porque los campesinos de mi tierra hacen lo mismo y yo vivo entre campesinos.

En la mesa hablamos de la tierra y de las cosechas.

—Perdone —dije cuando se presentó la ocasión—: ¿cuánto les rinde esta finca?

—El año pasado me rindió tres mil quinientos dólares netos.

Eché cuentas y exclamé:

—¡Dos millones doscientas cuarenta mil liras por diecisiete fanegas y media! Cuatro o cinco veces más que a nosotros.

—Son las hortalizas las que nos salvan —explicó Tom Gorth—. Además depende también de cómo se trabaje la tierra.

Después de comer fuimos a descansar debajo de un árbol.

Tom Gorth me señaló los grandes edificios que asediaban por el norte, por el este y por el oeste la finquita:

—¡Malditos desgraciados: me están ahogando la finca! ¿En su país permiten estas cosas?

—En nuestro país hacen cosas peores. Allí tendría que pagar los impuestos no sobre la renta de la finca como hace aquí, sino sobre el valor del área edificable.

Tom Gorth no podía creérselo, de imposible que le parecía; después de haberle explicado cómo funcionaban las cosas, le dije sonriendo:

—Antes que vinieran ustedes a enseñarnos la democracia, estas cosas no pasaban.

Tom Gorth meneó unos momentos la cabeza; luego murmuró:

—Y para esto Micke ha ido a hacerse matar allí… Mejor que no lo sepa.

Me quedé allí hasta las cuatro de la tarde. Antes de irme saqué mi Rolleyflex y pregunté a Tom Gorth:

—¿Puedo sacar una foto al hombre más rico del mundo?

Se dejó fotografiar y, antes de dejarle, cogí un ramito de flores del campo.

—Micke estará más contento si le llevo estas flores —expliqué.

El trigo maduraba en un campito de allí al lado y recogí una espiga:

—Ésta es para mí. Quiero llevarme a casa algo verdaderamente hermoso de América.

Me acompañaron todos hasta mitad del camino. Cuando llegué a la puerta, me volví y todos aún estaban allí parados y me parecieron los últimos defensores de una ciudadela asediada.

Alrededor sólo había el cemento ardiente del Progreso y la horrenda lindura de la Ciudad del Sol artificial.

Cárcel de provincia

(FLIK)

El Rubio había sido enviado allí por el juez para pagar, con veinticinco días de arresto, el golpe que había dado en una tienda de alquiler de bicicletas, y *el Sacristán*, que estaba enterado de todo, cuando pasó lo del *Rubio*, me informó con una mueca de desprecio: «¡Menudencias!»

A pesar de ello simpaticé igualmente con el *Rubio*. En el patio de una cárcel es casi imposible encontrar a alguien que no os hable de cárceles, de procesos, de artículos del código, de la injusticia de que es víctima o de las hazañas realizadas o por realizar.

El Rubio había corrido el mundo, leía bastante y, con él, se podía hablar de cosas normales.

Tenía unos cuarenta años, pero demostraba unos treinta. Más bien menudo, aunque bien formado, con su camiseta descolorida, sus pantalones de áspera tela blanquecina, su cara y sus brazos de color del bronce parecía un marinero que, acabado de desembarcar, hubiera ido a parar allí por equivocación.

Además, *el Rubio* sabía sonreír como la gente honrada y su mirada era limpia.

Se lo tomaba todo con mucha tranquilidad.

—Veinticinco días pasan rápido —me dijo alegremente.

Mas, pasada la primera semana, *el Rubio* cambió de tónica: estaba tumbado en el suelo en un rincón del patio, aquella tarde, y cuando me fui a sentar a su lado y le alargué un pitillo, no me sonrió.

—¡Animo! —le dije—. Ya han pasado siete, sólo te quedan dieciocho.

—Dieciocho días son muy largos —murmuró.

—Esta mañana no hablabas así.

—Esta mañana no había recibido la carta de mi hermana —explicó—. Se ha ido a Liguria a casa de los parientes y va a quedarse un mes allí. De modo que no podrá venirme a visitar y no sé qué voy a hacer.

Estaba avezado a ese tipo de maniobras y esperé el sablazo. Me supo mal, sin embargo. No por el sablazo, sino porque al *Rubio* lo había juzgado distinto a los demás.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunté, resignado. Sacudió la cabeza:

—No; yo no tengo nada que ver, sólo mi hermana podía hacer algo por aquel desgraciado… Pero es una larga historia.

—Cuéntamela: tengo aún un año de tiempo.

El Rubio tenía necesidad de soltar el rollo y contó la historia con una condición:

—¡Pero no se burle!

—Estáte tranquilo: yo sólo me burlo de mis cuitas. Siento el máximo respeto por las de los demás.

—Yo vivo de recoger todo lo que tiran los demás —empezó *el Rubio*—. Trapos, papeles, latas, botellas, etcétera. Es un buen oficio porque siempre se está por ahí al aire libre. Los depósitos de desperdicios y de basuras están a las afueras o en los guijarrales de los torrentes. También en los torrentes, en pleno campo, se encuentran cosas. Y también algo en los pueblos y hasta en las eras aisladas. Es un oficio hecho a mi medida. No tengo necesidad de nada: mi guardarropa es todo lo que llevo, más una chaqueta que he dejado en casa.

El Rubio sonrió.

—He dicho casa por decir algo. Pero no tengo casa. Lo mejor de mi oficio es que ni hace falta una casa. Te evitas todas las molestias.

—¿Y dónde duermes? —pregunté—. ¿Dónde te guareces cuando hace mal tiempo y no puedes ir por ahí?

El Rubio vaciló un poco, pero luego lo largó: me habló de cierta localidad justo a las afueras de la ciudad, y cuando vio que me orientaba, explicó:

—El cementerio nuevo está antes del centro habitado, al fondo de la avenida con árboles que sale de la carretera provincial. El cementerio viejo, en cambio, está del lado opuesto, en una carreterita secundaria abandonada, no se ve desde la principal porque lo separa un muro de contención y un bosquecillo de acacias. Pues bien: yo vivo allí.

—¿Dónde, allí?

—En el cementerio viejo. Es un lugar cómodo: la muralla la han dejado intacta y dentro aún hay el habitáculo que servía de cámara mortuoria. El cementerio ha sido vaciado, pero aún ha quedado algo bajo tierra. Con el tiempo lo excavarán todo y el campo podrá servir para otros usos. Por el momento, el campo ha sido arrendado a un campesino que tiene la finca no

muy lejos, sólo con derecho a segar la hierba. El campesino es una buena persona y me deja dormir allí. Hasta tengo la llave de la puerta de la verja. No creía que me fueran a condenar y no dejé nada preparado; por eso, ahora, mientras yo estoy aquí aquel desgraciado está allí atrapado en el cementerio. Cuando me marché había medio saquito de pan seco que había recogido por ahí; pero estoy seguro que se lo debe de haber acabado en tres días. De agua tiene medio bidón y además ahora llueve a menudo… Si mi hermana me hubiera venido a ver, le habría dicho que fuera a dar de comer al perro, sin necesidad de más explicaciones porque ella sabe dónde vivo.

Le dije que no veía que fuera irremediable.

—También lo sabe el campesino. Escríbele.

Se echó a reír:

—¡Y así se entera que estoy en la cárcel y nos echa a patadas a mí y a *Flik*! No puedo escribirle a nadie: aquí todo pasa por censura e infunde sospechas. Si se enteran que tengo una base clandestina en un cementerio, como mínimo mandan allí dos furgones de la policía.

—¿Puede ser que el campesino en todo este tiempo no vaya a echar una ojeada al campo?

Me contestó que en diciembre ningún campesino haría un kilómetro de carretera llena de barro sólo por el gusto de ver qué color tiene la tierra de un campo.

El Rubio estaba profundamente deprimido.

—Ahora que ya lo sabe todo, no se ría —acabó.

—No hay de qué reír —le contesté.

Señaló a los presos que daban vueltas vociferando por el patio:

—Si esos malditos perros lo supieran, se burlarían.

Miró a su alrededor: el patio de la cárcel está cerrado por tres lados por sombríos edificios de piedra gris. A lo largo del cuarto lado se levanta una muralla de cuatro metros de altura, en cuyo centro se abre una puerta de rejas. Además de la puerta de rejas, más allá de una franja de tierra cultivada como huerto, se levanta la gran muralla, detrás de la cual hay uno de los barrios más populares del casco antiguo de la ciudad. En la parte adyacente al patio, la hilera de casuchas adosadas a la muralla se interrumpe para hacer sitio a una plazuela con una fuente en el centro; pero aunque la plazuela rebosa de chiquillos vociferantes, cuando se está en el patio no se oye nada, porque el paredón tiene una altura de doce metros y es tan macizo que su espesor en lo alto es de más de un metro y, noche y día, los guardianes se pasean por aquel sendero aéreo, paseando su aburrimiento y las metralletas del Estado.

El Rubio miró a su alrededor y una sombra de espanto pasó por su mirada:

—*Flik* se encuentra como yo, ahora —dijo—. Aún peor que yo, porque a él nadie le da de comer. ¿Cuántos días puede aguantar un perro sin comer?

No tenía ni idea:

—Muchos —contesté.

Al día siguiente no hablamos del perro. Hablamos de cosas que no tenían nada que ver con perros, y *el Rubio* se acaloraba con lo que decía, aunque se notaba que estaba pensando en otra cosa. Lo mismo pasó los cinco días sucesivos.

Tuve ocasión de volver a hablar de *Flik* al séptimo día, pero no con *el Rubio*.

El Rubio estaba acurrucado en un rincón del patio y yo lo estaba observando desde lejos: se pararon a mi lado dos de los *duros*.

—¡*El Rubio* está en apuros! —me dijo el más facineroso de los dos—. Está triste por su perro. Está en nuestra celda y por la noche duerme mal.

Me contaron la historia de *Flik* tal como *el Rubio* me la había contado a mí. Pero no se burlaron. Estaban muy serios y preocupados, me pidieron que hiciera algo por aquel desgraciado.

Contesté que *el Rubio* no quería que se escribiera sobre el perro por la censura.

—Podrías probar algo tú a través de algún enlace.

—No me fío —dije—. Estoy aún más vigilado que vosotros.

Expliqué mi situación a los dos socios y me miraron con mucho respeto: no se imaginaban que fuera un tipo tan peligroso.

Al día siguiente pesqué al *Rubio* y le hablé claro:

—Si te interesa que el perro no la palme, escribe a la sociedad protectora de animales o a quien mejor creas.

—¿Y la censura?

—Déjate estar la censura: si informa del caso a la Jefatura de Policía y van a husmear entre tus trapos, sólo van a encontrar un perro hambriento. Si pierdes tu refugio, ya encontrarás otro.

—No me gusta que la policía meta la nariz en mis asuntos. No quiero ser fichado como vagabundo. El perro tiene que vivir, pero yo también tengo que vivir.

La argumentación del *Rubio* me hizo sospechar:

—*Rubio*, ¿temes quizá que los polis encuentren algo más que a *Flik*?

El Rubio abrió los brazos:

—Mi oficio es el de recoger lo que tira la gente: pero mucha gente tira cosas que un poli muerto de hambre no tiraría nunca. Los polis juzgan según su mentalidad.

El Rubio me caía bastante mejor que los policías y consideré que su justificación era aceptable.

Durante los días siguientes no volví a tener ocasión de hablar de *Flik* con *el Rubio*. Quizá también en parte porque, a medida que iba pasando el tiempo, aumentaba el número de gente que se interesaba por *Flik*. Tanto es así que llegó un momento en que no había nadie que no se preocupara por la suerte del perro.

Hubo dos días y medio de lluvia y permanecimos encerrados en las celdas: volvimos a salir a airearnos la tarde del tercer día y los compañeros de cuarto del *Rubio* me informaron:

—Ha salido esta mañana. Si encuentra vivo al perro, esta noche, después del toque de silencio, vendrá a la plazuela de la fuente a cantar *La donna è mobile*[4]

Hacía un frío horrible aquella noche, y la celda parecía una nevera; pero a las ocho, en cuanto la campana empezó a tocar la última señal del día, abrí la ventana y me quedé allí esperando.

El eco del último repique se apagó contra la rígida pared de piedra y siguió un silencio profundo.

Oí el ruido lejano de un tranvía y pensé que en una noche como aquélla hasta la voz del *Rubio* habría podido saltar el paredón.

Pasó un tiempo: no recuerdo si fueron minutos o segundos. Sólo sé que de repente se oyó vocear a alguien al otro lado de la cortina de piedra.

La donna è mobile
qual piuma al vento…

Cantaba como un perro, pero era *el Rubio*.

La voz se calló e, inmediatamente, se oyó otra voz: esta vez se trataba de un perro de verdad, y sólo podía ser *Flik*.

A la mañana siguiente, al encontrarse en el patio, todos tenían la gran novedad que contarse: *el Rubio* había venido a cantar debajo de los muros y había hecho ladrar al perro.

Si es que en la cárcel puede haber días buenos y días malos, aquél fue un buen día para todos.

Seis meses después, mientras el barbero estaba afeitándome, me vinieron a decir que preparara el hatillo porque me había sido concedida la libertad

provisional. Fue algo imprevisto, pero al salir me encontré a bastante gente esperándome en la explanada que había delante de la puerta de la cárcel.

Algún periódico escribió que delante de la puerta de la cárcel no había ni un perro esperándome: puedo haberme equivocado en lo referente a las personas y haber confundido sombras con personas, pero, en lo referente al perro, estoy seguro.

Había un perro esperándome y, al no poderme sonreír como hacía *el Rubio*, ladraba.

A lo mejor *el Rubio* no era más que una sombra como todas las demás que había confundido con personas vivas, pero *Flik* era un perro de carne y hueso.

El atropello

Justo al llegar a las afueras, el señor P. se dio cuenta que algo no funcionaba. Por eso, paró el coche junto a la acera, se bajó a mirar y vio que la rueda derecha de atrás había pinchado. Eso significó que le había pasado lo peor que le podía pasar porque, al ir a sacar la rueda de recambio para cambiarla, se acordó que la había llevado a reparar.

Entonces el señor P. se acercó hasta un estanco, desde donde telefoneó al taller, pidiendo que por favor le mandaran inmediatamente la rueda, que, afortunadamente, ya estaba lista. Explicó dónde estaba y se fue a esperar, sentado dentro del coche. La calle estaba desierta y hacía más bien calor; así pues, el señor P. no tardó mucho en dormirse y se quedó traspuesto un cuarto de hora.

Lo despertó un horrible estruendo, una especie de terremoto; aunque sólo se trataba de un chico de unos doce años que, al salir de una calle lateral, se había equivocado al calcular la curva y había ido a estrellarse, él y su bicicleta, contra el capó del coche del señor P.

Ahora el muchacho yacía en el suelo, exánime, entre los hierros de la bicicleta.

Al señor P. no le dio ni tiempo de bajar: ya había, voceando, diez personas alrededor del coche.

—¡Corren como condenados esos canallas! —gritó una vieja. Y el señor P. hizo que sí con la cabeza, porque creía de buena fe que aludía al ciclista, cuando un joven añadió:

—¡Se creen que toda la calle es suya porque tienen coche!

El señor P. intentó protestar, pero otras cuatro personas le hicieron callar.

—¡Si hasta querrá tener razón! ¡Cállese y avergüéncese!

El grupo que estaba alrededor del coche ya era casi de unas cuarenta personas; de rodillas junto al chico, uno intentaba reanimarlo.

Se oyó un grito desgarrador y, abriéndose paso a codazos entre el gentío, llegó una mujer que parecía el vivo retrato de la desesperación.

—¡Me lo ha matado! ¡Me lo ha matado! —chillaba, mesándose los cabellos.

Se echó sobre el cuerpo inanimado del chico, gritando:

—¡Mario! ¡Mario!

Era una escena que partía el corazón y el señor P. se la quedó mirando, asustado, sin fuerzas para poder decir nada. Muchos tenían lágrimas en los ojos.

—¡Mario! ¡Mario! —seguía gimoteando la mujer, apretando entre sus brazos el cuerpo inerte—. ¡Mario! ¡Dime que no estás muerto! ¡Dime que ese delincuente no te ha matado!

—¡Sí mamá! ¡Estoy aquí! —contestó la voz de uno de los chicos que estaban en primera fila—. Mario soy yo; ése es Giulio, el hijo del carbonero de la calle Stracca.

La mujer se levantó de repente y, al ver a su hijo, lo abrazó trémula, gritando:

—Vivo, por puro milagro. —Luego se marchó, mas no sin antes volverse al señor P., que seguía bloqueado dentro del coche, para gritarle con odio—: ¡Malditos cerdos tú y los que te dan el dinero para ir en coche!

Luego escupió en uno de los cristales del automóvil.

El señor P. hizo ademán de ir a abrir la portezuela para bajar cuando en aquel momento, llegó jadeando un hombre de unos cuarenta años.

—¡Alto! ¡Aquí no se mueve nadie hasta que no lleguen los guardias! —afirmó, decidido, el hombre que aparentaba cuarenta años.

—¡Matan a la gente y luego se quieren largar! —comentó con desprecio una muchacha.

—¡Yo no he matado a nadie! —protestó el señor P.

—¿Y ése qué es? ¿Una gallina? —le gritaron unos cinco o seis, señalando al chico estirado en el suelo.

Mientras, el chico se había recobrado del porrazo y miraba asombrado a su alrededor. Tenía una herida en la frente y le bajaba un hilillo de sangre.

—¡Mi bicicleta! —exclamó.

—No te preocupes —le tranquilizó el hombre que aparentaba cuarenta años, que ahora estaba anotando en una libreta el número de matrícula—. La bicicleta te la pagará este tunante. Y también deberá pagarte todo lo demás.

El señor P. se agitó dentro del coche.

—¡Cállese! —gritó al hombre que aparentaba cuarenta años—. ¿Qué puede saber usted si acaba de llegar? ¿Qué es lo que ha visto?

Se adelantaron dos jovenzuelos:

—Nosotros sí que lo hemos visto, y muy bien —afirmaron—. La culpa es suya. El chico venía de allí, por su derecha, despacísimo, y usted pasaba a noventa por hora y lo ha atropellado.

Del gentío salió un grito hostil.

—¡Saquémosle y démosle su merecido! —exclamó un mozo carnicero—. Así aprenderá a no correr por la ciudad.

Alguien se acercó con feas intenciones al coche, mas el señor P., por fin, sacó fuerzas para ponerse a gritar. Tenía una voz potente y por eso los demás lo pudieron escuchar.

—¡Y un cuerno, noventa por hora! —gritó—. ¡Yo estaba parado!

La gente se indignó por la desfachatez del señor P.; si al menos hubiera dicho que iba despacio. ¡Pero afirmar que estaba parado significaba querer provocar!

En aquel momento llegó un guardia de tráfico que, tras haber estudiado atentamente el desastre, se dirigió al señor P. y le pidió la documentación.

Luego se dirigió al gentío:

—¿Hay algún testigo?

—¡Todos somos testigos! —gritó una vieja—. ¡Es un canalla que por poco no mata también a Mario, el hijo de la planchadora!

El guardia sacó el cuaderno y fue detrás del coche para ver el número de la matrícula.

—Mire también del lado de la acera —exclamó el señor P.

El guardia miró y vio que la rueda derecha de atrás había sido sacada y que, en lugar de la rueda, había el gato.

—¡Me gustaría saber cómo podía correr con tres ruedas y un gato! —exclamó el señor P.—. Yo estaba parado aquí hacía un cuarto de hora, esperando que me trajeran la rueda de recambio, y el chico, al tomar la curva, ha patinado y ha ido a parar contra mí.

El guardia se volvió para buscar al chico, pero éste había desaparecido. Interrogó a la gente: nadie conocía al chico. Nadie lo había visto nunca.

Mientras tanto había llegado el mecánico del taller y había montado la rueda buena.

El señor P. puso en marcha el coche y se marchó. La gente le dejó paso y le miró hostilmente.

—¡Puercos señores! —gritó uno del grupo—. ¡Ya llegará vuestro turno!

—Ya llegará —murmuraron los demás.

—¡Circulen! —amonestó el guardia.

—¿Tú también defiendes a los señores? —murmuró un joven.

—¡Deje estar! —le aconsejó amistosamente un hombre que iba con mono —. ¡Es toda una camarilla! ¡Mientras el bandido Giuliano campa a sus anchas en Sicilia y mata a la gente, ellos se quedan aquí perdiendo el tiempo y fastidiando al pueblo con los reglamentos de tráfico!

—¡Menuda ganancia hemos hecho al pactar con América! —acabó diciendo uno que pedaleaba un triciclo.

Una cena de señores

El señor Morlai tenía cuarenta y cinco años y era todo un señor; la señora Morlai tenía cuarenta y tres y era toda una señora. El hijo Morlai tenía diecisiete y era todo un señorito.

El señor Morlai no había sido nunca rico ni había sido nunca pobre, porque siempre había observado el rígido principio de gastar exactamente lo que ganaba: ni un duro más, ni un duro menos. La señora Morlai, por su parte, no había gastado nunca ni un duro más ni un duro menos de lo que le pasaba el marido. Y Morlai hijo, ni un duro más ni un duro menos de lo que le pasaba la madre.

El día 5 de noviembre, el señor Morlai se encontró cerrada la empresa en que trabajaba. Le dijeron que, a primeros de febrero, recibiría lo que le correspondía en concepto de pagas y de finiquito. Además, seguramente volvería a ser contratado por la nueva dirección. Así pues, el señor Morlai se vendió el coche, retiró el dinero que le quedaba en el banco, añadió el dinero que llevaba encima, lo puso todo en un sobre y, volviendo a casa en tranvía, entregó el sobre a su mujer, diciéndole:

—Buenos días, querida mía: esto es con lo que hemos de pasar tres meses.

La señora Morlai le alargó sonriendo la bata y el periódico y, retirándose a su habitación, contó el dinero y dividió la cantidad en tres partes. Luego telefoneó al carnicero y anuló el pedido de carne; telefoneó a la modista y le rogó que suspendiera la compostura de su abrigo; despidió a la criada; apagó la radio, desenroscó seis de las ocho bombillas de la araña; añadió agua al caldo y puso la mesa.

Cuando el hijo Morlai regresó, el señor Morlai padre, que mientras tanto había leído y meditado el periódico, habló como siempre de la situación internacional: la señora Morlai encontró que el horizonte era menos sombrío de lo acostumbrado y se alegró. El hijo se negó a dar su parecer. Pero estuvo, como de costumbre, bastante explícito sobre su jornada de estudiante de bachillerato. El señor Morlai confirmó su simpatía por el profesor de latín y de griego, mientras hizo sus reservas sobre el de historia.

—Está bien interpretar la historia —dijo—. Pero me parece a mí que llega a modificar los propios acontecimientos.

Al ser lunes, a Morlai hijo le interesaban los comentarios de los acontecimientos deportivos del domingo.

La señora Morlai le concedió sonriendo que escuchara los comentarios deportivos. Pero, para eso, el señor Morlai se sintió en el deber de advertir que su estado de sobrexcitación no le permitía tomar café.

La señora Morlai, al llegar a la mitad de su habitual cigarrillo, se lo pasó al señor Morlai, pidiéndole que se lo acabara porque su estómago ya no podía tolerar ni una bocanada más de humo. El medio cigarrillo salió de la boquilla de la señora Morlai y fue a parar a la boquilla del señor Morlai.

Al día siguiente, a la hora de comer, el señor Morlai dijo, sintiéndolo, que durante una temporada no iba a poder comer en casa al mediodía.

El muchacho Morlai comió solo con la madre durante unos días, luego dijo que, a causa de un curso especial, tampoco él iba a poder venir a comer durante una temporada a casa.

Lo que supo muy mal a la señora Morlai, que sólo se tranquilizó cuando el chico le explicó que, con un grupo de amigos, habían organizado una especie de comedor colectivo muy simpático que comportaba un gasto irrisorio. Por lo que no valía la pena que le aumentaran su asignación diaria de cien liras.

Por la noche, la familia Morlai se encontraba al completo en la mesa y, como todos habían acumulado muchos temas durante el día, la conversación cada vez era más interesante. El señor Morlai, que finalmente había podido realizar su viejo sueño de pasarse largas horas en la biblioteca, conseguía cautivar tanto al auditorio con sus exposiciones brillantes y sutiles que les hacía olvidar con facilidad la escasa fantasía de un menú compuesto indefectiblemente por sopa, pan, un trozo de queso y agua.

A fines de noviembre, una noche, el chico Morlai volvió a casa muy enfurruñado.

La señora Morlai lo miró preocupada y lo invitó a hablar con toda libertad de lo que le pudiera angustiar.

—Estoy muy irritado con la escuela —explicó el chico—. La escuela continúa siguiendo sistemas antiguos. La escuela atiborra a los jóvenes de teorías y los aísla de la vida práctica. De modo que, cuando los jóvenes salen de la escuela, se sienten desorientados y sus contactos con la realidad son a menudo de lo más doloroso, y las dulces ilusiones cultivadas en los bancos de la escuela se convierten en amargas desilusiones.

—Sin duda, es verdad —aprobó el padre—. Pero no veo cómo pueda remediarse, así de golpe, el inconveniente.

—Pues mira —dijo el hijo—. ¿Por qué no ocupar las horas que deja libres la escuela en un trabajo cualquiera que, además de preparar al joven a la lucha por la conquista de un lugar en el sol, le dé también la satisfacción de producir y la íntima satisfacción de ver, aunque sólo sea a través de una modesta retribución, reconocida la utilidad de su trabajo?

El señor Morlai miró con grande y afectuosa consideración a su hijo:

—A tu madre y a mí nos alegra ver en ti a un muchacho que se preocupa ya por los problemas esenciales. El principio que has mencionado es exacto, pero no ofrece ninguna garantía. Porque, al ponerse en contacto con la vida práctica, atraído por el gusto de producir y de ser remunerado, el chico puede correr el riesgo de despreciar la teoría. El estudio puede llegar a ser considerado por el joven hasta incluso como algo dañino para su actividad práctica y, fácilmente, puede llegar a la conclusión de que es inútil ir a buscar su lugar en el sol entre los áridos volúmenes escolares, porque ya lo tiene, que es donde trabaja y de donde saca un provecho. El problema existe, pero hay que buscarlo y resolverlo en su ámbito adecuado. Tu desasosiego tiene un origen noble, pero tú tienes el deber de continuar serenamente con tus estudios y llevarlos a término del modo más honorable.

—De acuerdo, papá —dijo el chico—. No me gustaría que me hubieras interpretado mal.

—En casa de Morlai no se interpreta nunca mal —lo tranquilizó el padre.

El chico Morlai, al beber, se mojó con un poco de agua la solapa de la chaqueta y se secó con el pañuelo. Entonces el señor Morlai echó una mirada a la chaqueta del hijo y luego abrió los brazos:

—Hijo mío, ¿cómo es posible que te vea siempre con una chaqueta tan deslucida? El decoro no lo es todo, pero no deja de ser algo. Además, en una época como la nuestra, en que entre la juventud de tendencias existencialistas está de moda vestir de forma desaliñada, sería de buen gusto ir siempre de lo más correcto e irreprochable.

El muchacho se encogió de hombros:

—Papá, con esta chaqueta me siento más cómodo, me muevo sin preocuparme, con mayor naturalidad.

Intervino la señora Morlai:

—Querido mío —protestó con dulzura, dirigiéndose al marido—. ¡Tiene diecisiete años! Es un muchacho. Déjale disfrutar de la poca libertad que su

joven edad le permite gozar aún. ¿Por qué quieres hacerle desde ahora esclavo de un traje? A veces eres demasiado exigente con el chico.

El señor Morlai sonrió:

—Reconozco que tienes razón: que lleve si quiere su chaqueta vieja. Si para él esto representa una forma de considerarse libre, que lleve incluso los zapatos rotos y con los tacones comidos.

—Gracias, papá —susurró conmovido el muchacho.

Y cuando se fue a la cama siguió durante un rato mirando su única chaqueta, sus únicos pantalones y sus únicos zapatos. Zapatos gastados y con los tacones comidos del todo. Los miró con ternura y sintió en su corazón el orgullo del hombre libre.

Pasó también una buena parte de diciembre, aproximándose mientras tanto la Navidad. Se acercaba para todas las casas, y también para la de los señores Morlai.

Una noche, el señor Morlai, después de haberse tomado con extrema dignidad su sopa, su pan y su trozo de queso, trató el tema de la Navidad.

—Navidad —dijo— es el día más esperado del año y todos los años llega como de repente, y la gente, al vérselo llegar así, como de sopetón, cada año lo siente y cada año se propone: «Las Navidades que vienen no serán así». Y, sin embargo, a las Navidades siguientes ocurre lo mismo.

—Es verdad —reconoció la señora Morlai—. Aunque, a mi parecer, la causa es esta vida que cada vez se vuelve más complicada y que cada vez esclaviza más al hombre al ritmo frenético de la vida cotidiana y le impide pensar en las cosas que forman parte del bagaje sentimental de todo ser humano.

El señor Morlai miró al hijo:

—¿Y tú qué piensas?

—No estoy de acuerdo con mamá —contestó el chico—. Por ejemplo, yo no estoy, como tú, absorbido por una actividad de un ritmo tan frenético que me impida pensar en las cosas del sentimiento. Al revés: nosotros los jóvenes más bien somos sentimentales. Y, sin embargo, la Navidad también me coge de sorpresa. Creo que la Navidad cada año pasa, así, como algo imprevisto, porque durante el año agotamos la alegría de ese día, pensando continuamente en la alegría que nos aportará ese día.

El señor Morlai meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo con ninguno de los dos —dijo gravemente—. La de tu madre es una justificación demasiado fácil y superficial, y la tuya

demasiado difícil y sutil. La verdad es que todos nosotros pensamos en Navidad como en un día especial. Que queda fuera del calendario y hasta fuera del tiempo. Navidad para nosotros es como un punto de llegada. Y nuestro sueño es el de arrancar todo el año para luego llegar y pararnos un poco. Como si, aquel día, el tiempo tuviera que pararse. Y, sin embargo, no se puede parar nunca, porque el tiempo no se para. Bastaría sólo con que parara un minuto; mas esto no se les concede ni a los vivos ni a los muertos, porque la eternidad es un círculo cerrado que empieza siempre y no acaba nunca. Es algo que continúa sin haber empezado nunca y sin poder acabar nunca. E inconscientemente pensamos en ello cuando llega Navidad: e intentamos explicarnos nuestra inmensa angustia con razones triviales. Pero la verdad es que ese día nos asomamos durante un instante al abismo del infinito y la admiración por la grandeza de Dios no nos basta a nosotros, hombres de poca fe, para hacernos olvidar nuestra infinita insignificancia.

El chico Morlai y la señora Morlai reconocieron que el señor Morlai había dicho algo totalmente exacto.

—Dentro de siete noches será nochebuena —suspiró la señora—. Falta aún una semana, pero parece como si ya hubiera pasado Navidad y estuviéramos pensando en la del año que viene.

El chico Morlai se había levantado y se había acercado a la ventana.

—Será una Navidad clásica —observó—. ¡Si continúa nevando como nieva ahora, tendremos unas Navidades blancas!

Nevaba y eso llenaba de alegría al joven Morlai. Ante todo porque, aunque tuviera diecisiete años, seguía aún siendo un chiquillo. Además, porque el día siguiente iba a ser su primer día de vacaciones. Pero más que nada porque, gracias a la nieve, iba a poder disimular dignamente, cubriéndose los pies con los chanclos de goma, los rotos de sus zapatos de hombre libre.

Nevó hasta las siete de la mañana y el chico salió pronto de casa porque el espectáculo le interesaba y, además, porque tenía un óptimo pretexto para no volver a mediodía.

Dio vueltas por toda la ciudad bloqueada por la nieve: hacía ya un tiempo que su asignación diaria había sido reducida a cincuenta liras, y hacía ya un tiempo que el chico Morlai no gastaba las cincuenta liras y las ahorraba para Navidad.

—Para un Morlai —había dicho un día el señor Morlai—, cada uno de los pequeños incidentes de la vida diaria es una pura cuestión de dignidad. Cuando un Morlai, es decir, un hombre que no se vanagloria de la nobleza de

sus antepasados, sino exclusivamente de la nobleza de su alma, cuando un Morlai considera poco digno tener calor, tener frío, tener sed o tener hambre, no tiene ni calor, ni frío, ni sed, ni hambre.

El chico Morlai hacía ya tiempo que había llegado a la determinación de que para un Morlai no era digno tener hambre, y por eso, si a mediodía se sentía desfallecer el estómago, se avergonzaba tanto como para llegar a sonrojarse por ello.

Y lo que más le angustiaba de todo ello era el temor de que el padre pudiera pensar que el hijo de vez en cuando tenía esa sensación de hambre en el estómago.

Dio vueltas arriba y abajo y estuvo mirando a los obreros que quitaban la nieve. El ejército de hombrecillos negros que había invadido la ciudad. Y, cerca de las afueras, descubrió algo que le dejó casi sin aliento.

Se escondió detrás de las ruinas de una casa derribada para ver sin ser visto, y pronto se convenció que aquel hombre que iba con mono y con una gorra pringada en la cabeza era su padre.

El chico Morlai no había visto nunca un espectáculo tan impresionante, y se quedó hasta la noche mirando cómo su padre sacaba la nieve, sintiendo una terrible sensación de desfallecimiento y no precisamente en el estómago. Probablemente se trataba del corazón y era otro tipo de hambre.

Cuando al anochecer los hombres que sacaban la nieve pararon porque volvió a ponerse a nevar, el chico siguió de lejos a su padre. Vio cómo recibía un sobre de un hombre con una gran cartera, vio cómo dejaba la pala al lado de las de los demás. Lo siguió hasta la estación.

Allí el señor Morlai se fue a retirar de consigna una maletita, compró una ficha de acceso y desapareció detrás de una de las puertas de los retretes. Salió vestido de señor Morlai, se fue a depositar la maleta en la que, evidentemente, había el mono, la gorra y demás.

El chico llegó a casa antes que el padre. Quería verlo todo, no perderse ni un movimiento del padre.

Llegó el padre sin que se advirtiera en él nada distinto. Estaba irreprochable, con su traje, y cordial como siempre. Comió su sopa, su pan y su trozo de queso.

Planteó el grave problema de la decadencia de las artes y las letras. Contó algunas amenas historias de viejos parlamentarios.

Se fue a acostar a la hora de siempre: ni un minuto antes, ni un minuto más tarde.

Nevó toda la noche y, por la mañana, cuando el chico se levantó, el señor Morlai había salido ya. El muchacho se fue corriendo a la estación; y así vio llegar a su padre y cómo retiraba la maleta tras haber sacado una ficha en la máquina automática.

Por la noche el chico llegó después que el padre y fue una velada idéntica a todas las demás, y todos se fueron a dormir a la hora habitual, sin que hubiera la mínima diferencia con las otras noches. Sopa, pan y queso. Cambió sólo la calidad del queso.

—De vez en cuando hay que variar —observó la madre—. Es un consejo que dan incluso los médicos.

Cuando el señor Morlai estuvo en la habitación junto a su mujer, la señora Morlai le pasó el libro que con dos páginas de lectura le hacía conciliar el sueño; luego dijo en voz baja:

—Esta tarde, mientras volvía de visitar a los Francini, he visto al chico quitar la nieve con una pala entre los demás que estaban trabajando. Iba vestido diferente y llevaba gorra, pero estoy segura que era él.

El señor Morlai se puso a reír:

—Es posible que te haya parecido ver a tu hijo sacar nieve a paladas. Pero no es posible que tu hijo lo hiciera. Este tipo de cuentos forma parte de la peor narrativa del más trillado estilo ochocentista. En comparación con ese tipo de literatura, el cuento «El pequeño escribano florentino» es metafísica.

La señora Morlai suspiró:

—No debes hablar así: *Corazón* es un gran libro.

—Sí, querida. Pero la polémica era entre tú y yo, y no entre De Amicis y yo —respondió el señor Morlai.

La señora se puso a reír:

—No pueden haber polémicas entre nosotros dos —dijo—. De todos modos, me fío más de ti que de mis ojos.

Pasaron otros días exactamente iguales y parecía como si hasta los asuntos del cielo estuvieran regulados por el señor Morlai: porque, con ejemplar puntualidad, cada noche volvía a ponerse a nevar y paraba al despuntar el alba. Y durante siete días el señor Morlai sacó nieve a paladas. La noche del último era nochebuena. Al salir de la estación no depositó la maleta. Era una maleta que no valía nada y la dejó en los aseos, junto con el mono y la gorra. Ya no le hacían falta.

Volvió tarde porque era lo que solía hacer y, en cuanto estuvo en casa, se fue directamente a su habitación y, tras haberse afeitado meticulosamente, se puso un irreprochable traje azul oscuro.

Todo se desarrolló como las otras veces.

A las diez y veinte, el señor Morlai entró en el comedor. La señora Morlai había vuelto a enroscar todas las bombillas y había puesto la mesa con gran refinamiento. La radio estaba puesta baja y tocaba musiquillas apropiadas a la circunstancia.

El chico Morlai se había arreglado muy bien y brillaba como un espejo. Gracias a los desfallecimientos de su estómago había conseguido hacerse arreglar un viejo traje azul del padre.

El chico Morlai estaba sentado delante de la chimenea, en la que ardía un buen tronco.

—Feliz Navidad, papá —dijo el chico Morlai, levantándose.

—Feliz Navidad, Carlo —respondió el padre, sonriendo y dándole la mano.

—¿Escuchamos la vieja voz que te cantó la nana de la primera Navidad de tu vida? —preguntó el padre.

El chico Morlai se sonrojó de gusto; apagó la radio, encendió el tocadiscos y, sacando del mueble un álbum encuadernado, tomó el disco que desde hacía diecisiete años, cada Navidad, le cantaba su cancioncilla al chico Morlai.

El himno nacional de Carletto lo llamaban en casa.

El disco empezó a dar vueltas. Comenzaron a sonar las campanas, comenzó a oírse la vieja voz lejana y misteriosa.

En aquel momento, alertada por *El himno nacional de Carletto*, la señora Morlai debía hacer su aparición.

Apareció y entonces el señor Morlai y el hijo se pusieron de pie, con un gritito maravillado.

La señora Morlai estaba maravillosamente guapa y sonriente y hasta su viejo vestido, con la novedad de un gran lazo y alguna otra cosilla, parecía haber rejuvenecido veinte años.

El señor Morlai suspiró con fingido pesar:

—¡Ya ves: tú cada vez más joven y yo cada vez más viejo!

—Carletto, pero ¿qué cosas dices? —exclamó la señora Morlai.

—Mamá, Carletto soy yo —protestó el muchacho Morlai.

—¡Dios mío! —dijo riendo la señora—. Tu padre está tan joven esta noche que lo había confundido contigo.

Se sentaron los tres delante del fuego para tomar un sorbito de Martini. Eso también formaba parte del rito. Aunque, después del Martini, las otras Navidades, se efectuaba el reparto de regalitos.

Hubo un instante de profundo silencio y todos no hacían más que mirar la llama.

Luego el señor Morlai exclamó:

—¡Ah, olvidaba algo!

Sacó del bolsillo de la americana un paquetito y lo alargó a la señora Morlai; dentro había un frasquito de su perfume, de aquel perfume extraordinario que venía de París y que costaba tanto dinero.

La felicidad hizo rejuvenecer aún más a la señora Morlai; entonces, el señor Morlai se sacó del otro bolsillo un segundo envoltorio; dentro había un maravilloso *foulard* y una corbata que sólo el gusto infalible del señor Morlai podía haber descubierto.

—Ya no es tiempo de regalarle golosinas —dijo el señor Morlai, alargando el paquete al chico.

—¡Vigila, que ahora es capaz de subirse a la silla y recitarnos la poesía! —exclamó riendo el señor Morlai, dirigiéndose a su mujer.

Pero el chico Morlai no se subió a la silla: se sacó trabajosamente del bolsillo dos paquetes y dio uno a la madre y el otro al padre.

—¡Magnífico! —gritó la señora Morlai, que al desenvolverlo se había encontrado con una pipa de clase en las manos.

—¡Aún mejor el mío! —gritó el señor Morlai, sacando del paquete un delicioso neceser para retocarse los labios y pintarse las uñas.

—¡Me he hecho un lío! —balbuceó el chico Morlai, ruborizándose aún más.

—¡A la mesa! —ordenó la señora Morlai, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

El señor Morlai y el chico se sentaron y en seguida volvió la señora Morlai con el carrito: tartinas de caviar, una gran langosta, fruta exótica, exquisitos dulces, un queso excepcional, champaña.

Era mucho; pero hacía dos meses que la señora Morlai trabajaba todo el día en algunas casas de ricachos de las afueras y hasta había sacado tiempo para dar clases de inglés a algunos niños atontados por el dinero de los padres.

Fue una dulce y serena cena de Navidad y, al final, saltó el tapón del champaña de gran marca.

El señor Morlai llenó las copas y se puso en pie.

También se levantaron el chico Morlai y la señora Morlai.

El señor Morlai levantó su copa y hubo un instante de silencio gélido, feroz. Luego el señor Morlai miró a los ojos a la señora Morlai; miró a los

ojos al chico Morlai, y en los ojos de los tres Morlai hubo un fugaz destello de acero.

—A la salud de los señores Morlai —dijo el señor Morlai, apretando los dientes.

Las tres copas chocaron entre sí y se mantuvieron firmes, como si en lugar de estar aguantadas por una mano, estuvieran sostenidas por una columna de granito.

Luego todo volvió a funcionar de modo normal y el padre dijo que ya era hora y se dispusieron a salir.

La señora Morlai se retocó los labios con el lápiz de labios del chico Morlai, y se puso en la solapa del abrigo una gota del perfume del señor Morlai. El señor Morlai encendió la pipa del chico Morlai, y el chico Morlai se puso en el cuello el *foulard* del señor Morlai.

Se encaminaron hacia la iglesia para la misa del gallo, y, al llegar allí, a ninguno de los tres Morlai se les pasó por la imaginación pedir perdón a Dios por su desmesurado orgullo.

Aunque Dios los perdonó igualmente.

Claro está: mañana sopa, pan y un trozo de queso. Bueno: ¿y qué? Hasta eso, comido de cierto modo, es toda una cena de señores.

Caballos y mujeres

Sí, empecé en 1922 con un 18 BL y, hoy por hoy, tengo quince *trailers* y cinco camiones cisterna, pero cuando veo un camión se me revuelve el estómago porque yo he nacido carretero.

Nosotros vivíamos al final del pueblo, justo al pie del muro de contención y, a los tres años, cuando veía a mi padre enganchar el caballo al carro, ya no había quien me contuviera.

Patalear era un grave riesgo para los niños de entonces, porque las madres no se preocupaban por los complejos y, por eso, no les costaba nada sacudir el trasero de sus pequeños.

Yo corría aún mayor riesgo, puesto que —como era usanza en aquellos tiempos— iba con faldones, a pesar de ser chico y, como mi tierna edad no ofrecía suficientes garantías, tenía que circular con el borde de los faldones subido hasta la altura de los hombros, donde quedaba sujeto por un gran imperdible.

En esas circunstancias, con todo lo necesario a la vista, listo y dispuesto para su uso y al alcance de la mano, se añadía también una grave provocación y hubiera debido comportarme con extrema prudencia.

Sin embargo, en cuanto mi madre me sacaba del soportal para meterme en casa, yo empezaba a chillar como si me estuvieran matando y, como es lógico, al cabo de pocos instantes comenzaba el temporal.

Pero hasta con el trasero al rojo vivo, yo seguía protestando; al revés, cuando oía que el carro se ponía en camino, mis chillidos se volvían tan agudos y desgarradores que hacían que mi padre acabara por intervenir.

—¡Déjalo! —gritaba mi padre parando el caballo. En cuanto mi madre me soltaba, paraba de llorar y salía disparado como un rayo. En cuanto llegaba junto al carro, me agarraba a los radios de una de las altísimas ruedas y gritaba «¡Arre!» al caballo, porque quería montarme a la brava, haciéndome subir por la misma rueda.

Mi padre me lanzaba toda una retahíla de reconvenciones, pero una vez que, agarrándome al vuelo, me tenía dentro del carro, no decía ni una palabra

más.

En el río, mientras él trabajaba con la pala, yo jugaba por mi cuenta, con el trasero caliente sobre la arena suave, húmeda y fresca.

He nacido carretero y, al hacerme más mayorcito, cuando veía preparar a mi padre la carga del carro para ponerse en camino al día siguiente, me quedaba toda la noche despierto y, a las tres, mientras mi padre, enganchados los caballos, se zampaba su escudilla de leche caliente, a la que añadía vino blanco y polenta[5], me vestía, salía de casa escurriéndome por la ventanita del lado del dique y corría a apostarme debajo de los soportales de la plaza.

En aquellos tiempos, allí, a la Tierra Baja, habían llegado el socialismo, las ligas, las huelgas y otras cosas por el estilo, pero la luz eléctrica no y, de noche, el pueblo estaba sólo iluminado por las lamparitas de aceite que ardían ante las imágenes de las Vírgenes pintadas en las fachadas de las casas, y el silencio parecía aún más profundo.

Lo oía todo, aunque mi casa quedara apartada; cuando mi padre golpeaba la puerta de la cocina, cuando mi padre sin levantar mucho la voz para no despertar a mi madre, hacía poner en marcha a los caballos.

Oía cómo el carro se ponía en marcha, lo oía acercarse. Con el corazón en la boca, seguía mentalmente la marcha del carro: ahora pasa por delante del herrero…, ahora está delante del estanco…, ahora cruza por delante de la barbería… Calculaba con exactitud: sabía que a partir de la rectoría la cosa iba a cambiar y en cuanto me decía: «Ahora está delante de la rectoría», se oía sonar el primer golpe.

Desde allí, siempre, mi padre empezaba a manejar el látigo. Nadie sabía manejarlo como, él: cada chasquido era como un disparo. Pero no disparos tirados estúpidamente, sin ton ni son, no: disparos que tenían un sentido.

Un ritmo, diría ahora. Venían a ser como música.

Una ráfaga de chasquidos, después una segunda y entonces es cuando surgía el carro de la oscuridad; me quedaba allí a disfrutar con la boca abierta del espectáculo.

Estoy seguro de que, al oírme hablar de carro, muchos pensarán en una carretilla cualquiera, sin conseguir llegar a explicarse mi entusiasmo de aquel entonces.

Por eso habrá que concretar que el carro de carga de mi padre era el tipo de vehículo que por su mole vendría a equivaler a los camiones con remolque de hoy día. Con la diferencia que aquél era mil veces más bonito y no apestaba.

Con sus dos inmensas ruedas que sonaban como campanas, pintadas en rojo con perfiles blancos, con un caballo como *Menelik* entre las varas y una yegua como *la Rubia* delante, el carro de mi padre, cuando llevaba cargas tan altas como una casa, era todo un espectáculo, porque no hay que olvidar que lo llevaba mi padre.

Y mi padre era todo un hombretón, con unos hombros así de anchos, con su sombrero echado hacia atrás, su camisa de franela a cuadros, su pañuelo rojo al cuello, su faja de lana verde alrededor de la cintura y su chaleco con su gruesa cadena de plata.

Con las mangas arremangadas y su medio toscano entre los dientes, mi padre caminaba al lado del carro, manejando el látigo de mango corto: ni su majestad el rey habría podido hacerle salir de su camino.

Yo me quedaba allí para ver pasar a mi padre, luego por atajos me adelantaba corriendo para volver a verlo pasar y seguía así hasta que el cielo empezaba a clarear.

Me sentía muy intimidado por mi padre: era un hombre duro, rudo. En casa, cuando se dirigía a mí, no hablaba, más bien voceaba, evitando el mirarme a la cara.

—¡Tú! ¡Dame un vaso! —me ordenaba. Y me lo decía como si me hubiera dicho: «¡Fuera de aquí, truhán!»

Nunca me había puesto la mano encima, pero cuando armaba alguna y mi madre me decía: «¡Se lo voy a decir a tu padre!», me entraban todos los males.

No hubiera tenido nunca el valor de decirle nada y, antes que pedirle un mendrugo de pan, hubiera preferido morirme de hambre, del miedo que me daba con su ceño.

A menudo solía hacer transportes del pueblo a la ciudad. Entonces salía a eso de las tres y media de la mañana y volvía a la noche siguiente. A los once años aún no había estado en la ciudad y tenía unas ganas locas de ir; pero me hubiera muerto antes que pedírselo.

Una mañana, después de haber jugado al escondite, como tantas otras veces, para disfrutar del espectáculo de ver salir a mi padre, fui imprudente. Había ido bastante lejos llegando hasta la carretera principal y el cielo empezaba a clarear. Hubiera tenido que volver atrás, y, sin embargo, se me ocurrió llegar hasta Casello Nuovo y, saltando detrás del seto que corría paralelo a la carretera, continué siguiéndolo, manteniéndome a unos cinco o seis metros más atrás del vehículo. De repente, mi padre, dejando que los caballos siguieran por su cuenta, se detuvo para encender un puro: me di

cuenta sólo cuando me encontré a la altura de mi padre e inmediatamente me paré echándome de bruces al suelo, detrás del seto.

A través de la maleza veía perfectamente bien a mi padre, que estaba a un metro y medio de mí y sentía el corazón en la boca del miedo que tenía que me descubriera.

Me pareció volver a nacer cuando mi padre, encendido el puro, se movió para alcanzar los caballos que ya habían hecho un buen trecho de camino.

Mas de repente, de un brinco imprevisto, mi padre saltó la cuneta y cruzado el seto, llegó a dos pasos de donde yo estaba.

Me arrebujé aún más bajo la maleza.

Mi padre se detuvo y, agarrando el látigo por la punta, gritó:

—¡Sal de ahí!

Me levanté poco a poco; al verme, mi padre pareció tremendamente asombrado.

—¡Ah! —murmuró—. ¡Eres tú!

Las piernas no me sostenían y no tuve aliento ni para contestarle.

Arreó una voz a los caballos y oímos pararse el carro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi padre.

—Quería llegar hasta Casello Nuovo —murmuré—. Luego pensaba volver a casa. Como las otras veces.

Mi padre masticó en silencio su medio toscano, luego exclamó con voz dura:

—Quiero saber por qué has hecho una tontería como ésta.

Juro que no lo sabía. De todos modos, aunque lo hubiera sabido, tal como ahora lo sé, tampoco se lo hubiera dicho, ni aunque me hubiera matado.

En mi vida he sentido tanta vergüenza como aquella vez.

Me dejé caer al suelo sollozando.

—Bueno —refunfuñó mi padre—. Tampoco es como para ponerse a llorar. En el fondo, no te he hecho nada. Si te he asustado es porque creí que se trataba de algún bribón. Levántate y deja de llorar.

Cruzó el seto y volvió a la carretera y yo lo seguí, parándome en la cuneta.

—¡Ven! —me ordenó mi padre.

No esperaba que mi padre, en lugar de hacerme volver a casa, me llevara con él a la ciudad. Y, sin embargo, me llevó, aunque durante el trayecto no chistó ni una palabra.

Llegamos a la ciudad al atardecer y dormimos en las cuadras. Ni entonces ni durante el viaje de regreso mi padre volvió a dirigirme la palabra.

Poco antes de entrar en el patio de nuestra casa, mi padre dijo simplemente:

—Que la historia no se repita.

Me quedé tranquilo durante todo un año; luego, una buena mañana, me volvieron a entrar ganas de ir a la ciudad y decidí llegarme a toda costa.

Debajo de los grandes carros, sujetado con cadenas a cuatro anillas clavadas debajo del vehículo, colgaba una especie de emparrillado de madera que a los carreteros les servía para llevar toldos impermeables, cuerdas y otras cosas del género. Me coloqué allí debajo, mientras mi padre desayunaba, y tuve suerte porque sólo llevaba los cobertores de los caballos, el toldo encerado verde y algunos que otros trapos.

Cuando el carro caminaba, lo de abajo se balanceaba y, a pesar de llevar consigo un tembleque terrible, en cuanto salí del pueblo me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado cuando ya despuntaba el alba y, sacando la nariz de entre los cobertores, me di en seguida cuenta de la situación. Las ruedas se habían hundido en la espesa capa de gravilla de un trozo de la carretera que había sido reparada hacía poco y los caballos se habían detenido.

En estos casos había que contar exclusivamente con *la Rubia*, la yegua de tiro.

Menelik, el caballo que iba entre las varas, era fuerte como un Caterpillar, pero no se le podían pedir prestaciones especiales. *Menelik* se había convertido como en una parte del carro, algo así como el motor de un camión, y funcionaba como un motor que da sólo lo que puede en relación con la cilindrada. *La Rubia*, en cambio, era algo distinto y su rendimiento dependía de otros factores.

La Rubia, en resumidas cuentas, era una yegua que si se la sabía coger como era debido, podía, durante unos minutos, rendir como dos caballos juntos. No lo digo para ufanarme de los animales de mi padre, sino para dar al César lo que es del César y a *la Rubia* lo que es de *la Rubia*.

Menelik era de tiro y más de eso no se le podía pedir, pero *la Rubia* no funcionaba según las necesidades especiales del momento.

Si se hubiera apaleado a *la Rubia* con una barra de hierro o si se le hubiera pegado fuego debajo del vientre, no se le habría sacado ni un gramo de esfuerzo. *La Rubia* era un animal especial, y para hacerla saltar como a un tigre había que vocearle al hocico ciertas palabras.

Yo he hecho de carretero hasta 1922 y, moviéndome en el ambiente de los carreteros, he oído blasfemias e imprecaciones que harían poner los pelos de punta hasta a un calvo; pues bien, todo eso no eran más que piropos

comparado con las palabras que había que gritarle a *la Rubia* para provocar que arrancara con todo el ímpetu.

Con esto no quiero decir que *la Rubia* entendiera el sentido de la frase mágica: más bien creo que se trataba sobre todo de la fuerza con que se cargaban esas palabras.

Si a un tipo se le grita: «¡Salga, mal educado!», no se dará nunca la carga a las palabras que se les daría si se dijera, en cambio: «¡Quítate de en medio, jodido rufián!», o algo así.

La palabra es un vehículo y, como tal, tiene su alcance: una palabra puede tener la carga de diez, otra puede tener la carga de ciento. Si aquel famoso general llamado Napoleón, en lugar de contestarle cierta palabra desagradable al que le intimidaba a rendirse, hubiera contestado, por ejemplo: «¡Jamás!», habría expresado el mismo concepto, pero con una intensidad mil veces inferior.

La Rubia no podía comprender el significado de las palabras de mi padre, pero, evidentemente, sentía su intensidad.

Yo conocía todas aquellas palabras, de la primera a la última, y en su exacta sucesión, y por eso, cuando oí gritar a mi padre la primera de ellas, escondí instintivamente la cabeza debajo de los cobertores.

Pocos instantes después *la Rubia* pegó un bote y el carro, desatascado, reemprendió tranquilo su camino.

Me quedé allí de lo más quieto, y esperaba quedarme así hasta quién sabe cuándo; mas mi padre se encontró sin cerillas y vino a buscarlas justo en la chaqueta que antes de salir de casa había tirado entre los cobertores, entre los que yo había anidado.

Cuando descubrió mi cara, cerré los ojos como si estuviera durmiendo: oí cómo mi padre imprecaba por lo bajo y cómo luego me volvía a tapar bien.

Salí al exterior al cabo de una hora y, al verme aparecer, mi padre no dijo nada.

¡Caramba! ¡Qué diferente se comportaba conmigo cuando estábamos él y yo solos y cuando, en cambio, nos encontrábamos en casa, con mi madre y con los demás! Lo había notado también la vez que me había descubierto detrás del seto y, recordando los tiempos lejanos cuando, con el trasero tan rojo como un tomate, lo seguía dentro del carro hasta el río, también entonces era así.

Cuando él y yo nos encontrábamos solos parecía hasta como si se sintiera cohibido, y me parecía casi imposible que pudiera ser el mismo hombre que en casa me desconcertaba con sus voces.

La carretera que llevaba a la ciudad no acababa nunca y estaba cubierta por una capa de polvo. Se viajaba sentado en el banquillo, pero, cuando se atravesaba alguna población, mi padre se apeaba, se echaba el sombrero hacia atrás, empuñaba el látigo y lo hacía restallar.

Yo también bajaba y, si no hubiera tenido tanto temor a mi padre, también habría hecho restallar mi látigo. Lo había escondido debajo de los cobertores, pero les garantizo que sabía manejarlo.

Aún no podía capturar al vuelo una gallina, de un latigazo, como sabía hacer mi padre; pero en todo lo demás sabía perfectamente arreglármelas.

Nos paramos a mitad de camino en San Severino porque la mitad de la carga tenía que ser entregada allí y el hecho sucedió tan inesperadamente y tan tontamente que parecía imposible.

Mientras estaba arreglando la carga para compensar el peso, mi padre, Dios sabe cómo, se cayó.

No lo vi caerse: yo me había ido a comer una tajada de sandía en un chiringuito al lado del almacén y cuando volví al carro mi padre ya no estaba. Me dijeron que se había hecho daño en un brazo y que habían tenido que llevarlo al hospital.

Al cabo de una hora, un tipo me vino a explicar que no era nada grave. Pero tenían que enyesarle el brazo y eso llevaba su tiempo.

—Hasta mañana no podrá ponerse en camino. Dice que hay que llevar el carro y los caballos a las cuadras y que no pierdas de vista ni a los animales ni a la carga.

Me entregó el dinero suelto que mi padre me había mandado para que comiera algo y me contó que estaba dispuesto a conducir la carga a la cuadra.

—Puedo hacerlo yo solo —le contesté.

Cuando vio que sabía arreglármelas, volvió a lo suyo. La cuadra no estaba a más de ciento cincuenta metros: bastaba con llegar hasta el final de la plaza y luego girar a la izquierda.

Al llegar al final de la plaza giré a la derecha porque, para ir a la ciudad, había que girar a la derecha. La carga tenía que ser entregada antes de la noche. Había oído perfectamente lo que mi padre le había explicado a mi madre. Atrasarse significaba tener problemas: en la cuadra de la ciudad otro carretero esperaba para recibir la carga y llevarla Dios sabe dónde.

En aquellos tiempos viajar era otra cosa: sólo circulaban carros, tílburis y bicicletas por las carreteras de la Tierra Baja y, cuando pasaba un automóvil, la gente corría de todas las eras al puente para contemplar con ojos

desorbitados la gran maravilla, mientras las viejas sacudían la cabeza y decían: «¡Jesús María!»

Al salir de la población fui a recuperar mi látigo y lo hice restallar. No había ningún alma a lo largo de la carretera polvorienta, castigada por el sol. Desde las eras lejanas, perdidas en la planicie verde y amarilla, las gallinas anunciaban que estaba a punto de ser mediodía.

La primera tanda de chasquidos resonó agigantada en aquella inmensa paz.

Justo después de San Severino comenzaba la gran recta que, durante seis o siete kilómetros, discurría en medio de una gran extensión deshabitada; al llegar a la mitad de aquel desierto, oí que me llamaban:

—¡Eh, usted!

Paré e inmediatamente apareció ante mí un hombre de unos cuarenta y cinco años, trajeado de señor: tenía las manos sucias y estaba chorreando sudor.

Había salido de una carretera lateral que yo acababa de pasar y lo seguían una señora y una chica más o menos de mi misma edad.

No esperaba encontrarse a un carretero de mi catadura y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el dueño del carro? —me preguntó.

—Mi padre se ha hecho daño en San Severino —contesté.

—¿Y adónde vas?

—A la ciudad. Tengo que descargar en la cuadra que está cerca de la estación del tranvía.

El señor abrió los brazos y dijo desolado a la señora:

—Después de esperar una hora llega alguien y resulta que es un chiquillo.

La señora no era fea, pero tenía una voz antipática:

—¿Y qué tiene que ver que sea un chiquillo? —exclamó—. No es él quien tiene que sacarlo, sino en todo caso el caballo.

El señor me miró:

—¿Podrías hacerme un favor?

—¿De qué se trata? —contesté.

El accidente había pasado a unos veinte metros de la confluencia de la carretera secundaria con la provincial: no sé por qué habían tenido que ir a hacer una maniobra justo allí, pero el caso es que las dos ruedas de atrás habían ido a parar dentro de la cuneta. Una cuneta de no más de dos palmos de alta, pero llena de fango, de modo que las ruedas no podían sustentarse y giraban en el vacío.

Me fui a desenganchar a *la Rubia* y, sacado el balancín y un trozo de cuerda del cajón de los arneses, volví al lugar del accidente.

Até el balancín a la parte delantera del coche, enganché los dos tirantes de *la Rubia* al balancín.

—¡Arre! ¡Arre!

La Rubia se puso a tirar, pero el coche no se movió.

Ni tampoco se movió la segunda ni la tercera vez, a pesar de que el señor empujaba desesperadamente el coche.

—¡Es imposible! —exclamó con su voz antipática la señora—. Es inútil insistir. Tienes que buscar una yunta de bueyes. Ese pobre animal nunca podría.

Oír llamar «pobre animal» a *la Rubia* fue algo que me revolvió el estómago.

—¡No uno, sino hasta veinte de esos armatostes saca! —exclamé, señalando con desprecio el *bólido* atascado—. Sé muy bien qué es lo que hay que hacer.

—¡Pues volvamos a probar! —gritó desesperado el señor.

Hubiera querido ayudarlo porque me caía simpático y también para dar una lección a la antipática de su mujer: pero me faltaba valor.

—No puedo —murmuré.

—¿Por qué? —insistió el hombre—. Si es por cuestión de dinero, dime cuánto quieres, que te lo doy inmediatamente.

Le contesté que no pretendía nada.

—Lo que pasa es que tengo que decir a la yegua ciertas cosas —expliqué.

El señor miró a su mujer y luego me escudriñó de arriba abajo:

—¡Ésta sí que es buena!

Mi mirada se topó con los ojos de la chica y vi en ellos algo que me hizo subir la sangre a la cabeza.

—Conozco perfectamente a mis caballos y sé cómo hay que tratarlos —dije con corrección—. Éste es un animal que al oír «arre» sabe que no tiene que tirar más de la cuenta.

—Dile lo que haga falta —replicó el señor—. Nadie te lo impide. ¡Vamos!

Me puse tan rojo como un pavo.

—Se trata de palabrotas —confesé bajando la cabeza.

La señora me contempló molesta.

—Son gente tan baja esos carreteros —masculló— que sus caballos no se mueven si no oyen blasfemar.

—Déjate estar —imploró el señor, dirigiéndose a su mujer—. Se trata de salir de este trance.

La antipática mujer apretó contra su pecho a la muchacha, tapándole las orejas con las manos para que no pudiera oír.

—¡Adelante! —me ordenó el señor.

Agarré a *la Rubia* por el bocado, y, con una voz que no me pareció ni la mía, descargué en su hocico las palabras famosas, de la primera a la última.

Se le hincharon todos los nervios, todos los tendones y todos los músculos y se puso tan tensa como si se le fueran a quebrar los huesos.

Un tirón como aquél habría arrancado un pilar: en dos segundos, el automóvil estaba fuera de la cuneta.

Nunca olvidaré el modo en que me miró la señora; ella sí que me había oído y creo que me hubiera sacado los ojos a gusto.

El señor, en cambio, estaba contentísimo y me hizo aceptar a la fuerza dos escudos de plata. Algo como para volverse loco, sobre todo en nuestras circunstancias.

Otra vez me topé con los ojos de la chica; pero ya no había en ellos lo que había visto antes. Había algo distinto.

Volví a enganchar los tirantes de *la Rubia* a las lanzas del carro y reemprendí mi camino, haciendo restallar el látigo.

El *bólido* me alcanzó, y al adelantarme cinco minutos más tarde, sentí sobre mí la mirada iracunda de la mujer.

Me llenaron de polvo y grité:

—¡Así revienten! —Aunque, claro, sólo la tenía tomada contra la mujer.

Llegué a la cuadra aún de día; el que tenía que recibir la carga ya estaba allí.

El dueño de la cuadra conocía bien a mi padre y ya me había visto la otra vez. Me ayudó a desenganchar los caballos y a cargar las cosillas que tenía que llevarme al pueblo.

Estaba tan cansado que ni acabé de comer; después del primer bocado ya me había caído de sueño.

Dormí encima de un montón de paja que el hombre me había preparado en un rincón de la cuadra. A las seis, cuando el hombre me despertó, los caballos ya estaban enganchados al carro, y en cuanto me refresqué la cara no tuve más que decir «Arre» y tomar el camino de regreso.

Las caballerizas estaban cerca de la estación del tranvía de vapor, en la circunvalación exterior, y para alcanzar la carretera provincial había que pasar por una avenida llena de villas señoriales, con jardines repletos de plantas y

de flores. Cuando llegué allí, todo estaba desierto y silencioso y en seguida me puse a restallar con el látigo, en señal de despecho contra los condenados haraganes que dormían mientras el pueblo trabajaba. A mitad de la avenida, salió alguien de la verja de una de las villas más bonitas, haciéndome señal de parar.

Llevaba una bata de flores larga hasta los pies, pero la reconocí en seguida porque era la muchacha del día anterior.

—Le vi pasar ayer cuando llegó al atardecer —me dijo—. Fue muy amable, ayer.

Nunca me había hablado nadie con tanta atención; se me pusieron las orejas más rojas que un pimiento maduro.

Me alargó una caja atada con un gran lazo:

—He pensado que saldría sin poder desayunar y le he preparado algo de comer.

La chica miró a *la Rubia* y a *Menelik*:

—Tiene unos caballos muy bonitos —reconoció sonriendo—. Me gusta sobre todo ese de delante.

—Es una yegua —puntualicé.

—Es preciosa —exclamó la chica—. Y también muy fuerte.

No paró hasta que consiguió mirarme a los ojos.

—También papá ha dicho que ha sido algo fantástico lo que hizo ayer —me comunicó—. Me gustaría tanto saber lo que le dijo a la yegua…

Me sentí apurado: sabía que si no conseguía desprenderme de aquellos malditos ojos, no podría defenderme.

Lo logré.

—Hay cosas que no pueden decirse —contesté rápidamente—. Palabrotas…

—Por favor, señor… —me imploró.

Al oírme llamar «señor», y con una voz como aquélla, me entró miedo:

—¡Arre! —grité—. ¡Arre!…

Volví a ponerme en marcha sin tan siquiera mirarla, pero al cabo de unos quince metros no pude resistir volverme a mirar atrás, y ella aún estaba allí, delante de la puerta de la verja.

Me dijo adiós con el brazo y yo, que he nacido carretero, y que ni de pequeño me dejaba encandilar, le volví la espalda. Luego, para hacerle entender quién era, solté toda una serie de restallidos impresionantes.

En San Severino mi padre me estaba esperando en las cuadras; fui allí seguro de encontrarlo, y así fue. Lo encontré con el brazo enyesado, en

cabestrillo. Se montó al carro sin decirme nada. Al salir del pueblo, yo también me subí al carro y le enseñé a mi padre el recibo de la carga entregada y la nota de la mercancía recogida. Dijo simplemente:

—¿Te ha creado problemas *la Rubia*?

—Sólo un momento. Un señor de ciudad había ido a parar con el coche dentro de la cuneta y *la Rubia* no quería sacarlo.

—¿Y qué?

—Entonces le dije aquellas cosas —murmuré evitando mirarlo—. Aunque antes de decirlas, lo he explicado. Por eso, a la chica, su madre le tapó las orejas para que no pudiera oír nada.

Me saqué del bolsillo los dos escudos y se los alargué.

—Me los ha dado el del coche.

—Quédatelos: son tuyos —respondió, seco.

Me acordé de la caja y, alcanzándola, la abrí: estaba llena de cosas ricas: chocolate, caramelos, frutos secos, peladillas, bombones, quesitos, panecillos rellenos. Se la puse delante y me preguntó de dónde la había sacado.

—Me la ha dado la chica. Vive en la avenida de las villas. Me ha esperado esta mañana… Quería saber a la fuerza qué hay que decirle a *la Rubia* para enardecerla.

—¿Qué le has dicho?

—Nada.

—Bien —aprobó—. Ésas son palabras que sólo hay que decirle a la yegua.

—Pero tú, a veces, también se las dices a mamá —observé estúpidamente.

No se inmutó. Se quedó pensándolo un rato y luego contestó:

—Bueno: cuando me hace rabiar de verdad. Cuando no hay manera de hacerla entrar en razón.

Volvió a recapacitarlo y soltó el discurso más largo de toda su vida:

—A veces hasta las mejores de las mujeres razonan como yeguas y entonces hay que tratarlas como a *la Rubia*.

Le pareció haber aclarado lo suficiente el concepto y no volvió a hablar. Debía de tener fiebre y se tumbó sobre la paja que cubría el fondo del carro.

Cuando llegué al pueblo, me apeé de un salto al pasar por la plaza; estaba tan orgulloso que ni me acordé de mi padre y disparé una salva de restallidos que, sin vanagloriarme, parecía la sinfonía de las *Vísperas sicilianas*.

En la plaza había un montón de gente y todos se giraron.

—¿Has visto ese mocoso? —gritó Gigiotto, que, después de mi padre, era el carretero de más renombre de la zona.

—¡Lo he visto! —contestó mi padre, que se había puesto de pie y que, desde allí arriba, estaba observándome, con su medio toscano entre los dientes y el sombrero medio ladeado.

Me gustaba lo que me estaba contando, arrellanado en un sillón de su hermoso salón, aquel grueso señor con americana cruzada que había empezado con un 18 BL y que ahora tenía quince *trailers* y cinco camiones cisterna, aparte de todo lo demás.

Le pedí que siguiera, pero sacudió la cabeza:

—Es una historia larga y complicada. Otra vez, quizá.

Le pregunté si había vuelto a tener noticias de la famosa chica.

Miró el reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea:

—Las tendré exactamente dentro de siete minutos, porque ahora ha establecido que a las cinco en punto tengo que tomarme cada tarde un maldito zumo de tomate que me revuelve el estómago. Una de estas veces voy a perder la paciencia y le voy a cantar las palabras que hacían saltar a *la Rubia…*

Lanzó un profundo suspiro.

—Siempre y cuando las recuerde —masculló.



GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «*Corriere Emiliano*», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «*Bertoldo*». En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «*Candido*», en la que seguía usando su tono burlón y

crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.

Notas

[1] Militares de un arma del ejército italiano, constituida con misión de policía. En España, su misión sería semejante a la de la Guardia Civil. *(N. de la T.)* <<

[2] Eje Roma-Berlín, nombre que designó la colaboración política entre la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista, desde el comienzo de la guerra italo-abisinia hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la T.)* <<

[3] Antiquísima tradición de las regiones de la cuenca del Po, que viene a tener un sentido de purificación. *(N. de la T.)* **<<**

[4] Título y principio de la estrofa de una famosa romanza de la ópera *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, cuya traducción viene a ser: «La mujer es voluble cual pluma al viento…» *(N. de la T.)* <<

[5] Especie de gachas de maíz. *(N. de la T.)* **<<**